UNIV. OF ARIZONA
mn
861.09 D542
Diaz-Plaja, Fernand/La historia de Espan
3 9001 03794 1211

OBRAS DE LA COLECCION HISTORICA LAYE

I. HISTORIA DE NUMANCIA

A. Schulten.

II. ESPAÑA Y MARRUECOS

J. M.ª Millás Vallicrosa.

III. RUMBOS OCEANICOS

J. Vicens.

IV. LA HISTORIA DE ESPAÑA EN LA POESIA

F. Díaz-Plaja.

OBRAS EN CURSO DE PUBLICACION

LOS PUEBLOS HISPANICOS

J. Caro Baroja.

LA HISTORIA A TRAVES DE LOS TEXTOS

Dirigida por el Dr. Pericot, con la colaboración de los Dres. Bagué, Ballester, Berenguer y Díaz-Plaja.
En 3 grandes volúmenes.

ENSENADA Y SU TIEMPO

R. Bouvier y C. Soldevila.

EDITORIAL
BARNA, S. A.

COLECCIÓN HISTÓRICA LAYE

BAJO LA DIRECCIÓN

DEL

DR. LUIS PERICOT GARCÍA

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

IV

FERNANDO DÍAZ-PLAJA
DOCTOR EN HISTORIA

LA HISTORIA DE ESPAÑA EN LA POESIA

(DESDE EL SIGLO XV)

LAYE

EDITORIAL BARNA, S. A. · BARCELONA

COPYRIGHT BY
EDITORIAL BARNA, S. A.
1946

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

GRÁFICAS MARINA, S. A. - AVDA. DE CARLOS I, 149 - BARCELONA

861.09
D542

LA HISTORIA DE ESPAÑA EN LA POESÍA

Gen/64-G2

PRÓLOGO

Esta no es — como una rápida ojeada a sus páginas pudiese hacer creer — una antología de poesía histórica, sino una historia a través de la poesía. Quiere significarse con ello que la literatura no se utiliza aquí como fin, sino como medio y en su valor documental del proceso histórico. Intentamos aprovechar la exquisita sensibilidad que siempre ha tenido el poeta ante los fenómenos de su tiempo y unir la reacción de todos ellos para dar una idea de la historia moderna de España.

Porque si el poeta está sujeto a un error de apreciación debido en algunos casos a su posición política, éste es defecto en el que incurren también cronistas en prosa y, en cambio, se nos antoja que el sentir poético, sobre todo en tiempos pasados en que la poesía era más viva y estaba enraizada en la sangre del pueblo, responde más estrictamente al sentimiento y a la reacción de la gente de su tiempo, lo que hoy llamaríamos «ambiente» u «opinión».

Sin embargo, debemos aceptar a los poetas como cronistas, pero no como historiadores. De la misma manera que esperamos de ellos veracidad y alma en la descripción de lo que vieron o supieron de fuente directa, desconfiemos fundamentalmente de su relato cuando ha mediado

entre el acontecimiento y su glosa un lapso de tiempo mayor de cincuenta años. Y ello por dos razones: Porque el poeta es impresionable y porque no es amigo de andar rebuscando en archivos para completar una verdad que, a medias, le parezca suficientemente bella. De acuerdo con este principio, no nos sirve Quintana al tratar de Felipe II, pero lo utilizamos muy gustosamente cuando se trata de describir el combate de Trafalgar del que, probablemente, tuvo información de primera mano y ante el cual reaccionó como toda la España de su tiempo.

Esta preocupación por la contemporaneidad de los poetas ha coartado en grado sumo el ánimo del autor. Por de pronto le ha sido imposible iniciar el libro antes del siglo XV, es decir, hasta la aparición de los primeros romances. Porque los pocos romances del siglo XIV que señala Menéndez Pidal, los más antiguos cantares de gesta — el Poema del Cid, el de Fernán González, el de Sancho II, etc. — son esporádicos y dejan entre sí inmensas lagunas de cronología que habría que llenar con la prosa propia, con lo que esta obra no respondería ya a la idea primera, es decir, que sean los poetas los que expliquen lo sucedido.

Desde el siglo XV, pues, en el que la literatura del verso responde ya a todas las cuestiones que sobre la sociedad y la política se puedan plantear, arranca este trabajo. Desde entonces y a través de la poesía, excesiva en algunos momentos, mísera en otros, se forma el esqueleto de nuestro devenir histórico. Cuando la poesía descriptiva ha sido mucha sobre un solo tema, se ha procurado escoger la que más claramente respondiera a las preguntas que el curioso pueda hacer a la historia de España. Cuando no ha habido suficiente material con que reconstruir un hecho, se ha echado mano, sin excesivo remilgo, del cantar popular, de la poesía callejera. *Vox populi, vox Dei*. Más a disgusto hemos tenido que apelar a veces a la voz de un poeta de segundo orden, inferior para los eruditos, y aún demasiado alto para el hombre de la calle.

Ninguna nación tiene vida autóctona y desentendida de problemas exteriores, pero precisamente España vibra muchas veces a lo largo de su vida con pasiones, no ya europeas, sino universales. Valoramos en esta historia, especialmente, la posición hispánica ante el mundo y en las bregas que en el transcurso del tiempo hemos movido. Por eso la hacemos terminar con la última efemérides — triste efemérides — de guerra con un país extranjero. Con el desastre del 98, fin de nuestro período glorioso, termina esta visión poética de la historia de España.

* * *

El carácter heterogéneo y de aluvión con que el material de este libro ha sido recogido al correr de los años, me impiden insertar una Bibliografía completa de su contenido. Daré solamente las fuentes más importantes, que son: *La Biblioteca de Autores españoles* (Rivadeneira); la *Antología de Poetas Líricos,* de Menéndez y Pelayo; el *Cancionero,* de Asenjo Barbieri; las colecciones de *La España Moderna* y de *La Ilustración Española y Americana;* los *Poetas del siglo* XIX, por Blanco; los *Cancioneros,* de Stúñiga y de Baena; la colección de Clásicos *La Lectura;* la antología *Las Trescientas,* de Juan Ramón Masoliver; la *Literatura y arte árabes en España y Sicilia,* de Schalk, traducida por Juan Valera; la *Antología Heroica del Imperio,* de Rosales y Vivanco; la colección *El Correo Erudito;* las *Memorias de un setentón,* de Mesonero Romanos; la *Poesía de los Reyes Católicos,* de Foulché Delbosc; los *Romances de la guerra de Africa,* del marqués de Molins; el *Romancero General,* las *Obras completas del Marqués de Santillana,* las *Obras completas de Quevedo,* etc.

CAPÍTULO I

SIGLO XV. CASTILLA EN TRANCE DE DISOLUCIÓN. JUAN II Y ÁLVARO DE LUNA

Menéndez Pidal divide la Reconquista española en tres períodos bien definidos con una época de enlace; el primero va desde el 720 al 1002. Los cristianos están a la defensiva. El Califato cordobés tiene la supremacía en España; el Islam levanta su espada vencedora en casi todas las partes del mundo conocido. Sólo el imperio carolingio puede ganar una pequeña marca o frontera en Cataluña. El reino astur-leonés se esfuerza, bajo la dirección de Ordoño I, Alfonso III y Ramiro II, en repoblar la cuenca del Duero.

Sigue luego el momento de transición que va desde el 1002 al 1045. Súbita descomposición del Califato. Los cristianos, superiores en las armas, someten a los moros a protectorado y les obligan a pagar tributos. El reino de León envejece, se anquilosa y, en su lugar, otras fuerzas muestran más iniciativa: Castilla y Aragón pujan en la balanza de la Reconquista. Son regiones fronterizas, regiones en las que la lucha es, no sólo apetencia, sino necesidad cotidiana, y como la guerra da al vencedor, inmediata la victoria, una seguridad en sí

mismo, hace crecer en ellas las nuevas individualidades que un día han de regir al país.

Viene luego y a medida que estas nuevas fuerzas van madurando, la fase triunfal de la Reconquista, que va desde 1045 a 1250. Es el momento glorioso de la desbandada del mahometano. Las grandes ciudades, desde Toledo a Sevilla, van cayendo en manos españolas. El antiguo imperio leonés hace un esfuerzo para mantenerse a la cabeza de la organización, titulándose heredero del reino godo, pero aquellos nuevos pueblos que hemos visto antes forjándose en el calor de la lucha, se declaran independientes y adquieren tierras nuevas para sí. Crecen Portugal, Castilla, Aragón... Este último estado no sigue la veloz carrera de sus compañeros hacia el sur, porque la resistencia árabe se hace más encarnizada en el este, que es camino de correrías hacia la dulce Francia, que de cara a los peñascales del Cantábrico, Cantábrico al que llega Castilla, alcanzando de mar a mar, de Santander a Cádiz.

Acontece luego el epílogo granadino, desde 1250 hasta 1492. Por espacio de dos siglos y medio, el último núcleo musulmán resiste los embates cristianos. La proporción entre las victorias de períodos anteriores con pobrísimos medios de combate y esta lentitud en el avance final, puede explicarse, más que por la resistencia encorajinada de los antiguos señores del suelo, por la pobre decisión de que hacen gala los cristianos. El primer siglo de este período con la desaparición del reino de Niebla y la conquista del Estrecho por Alfonso XI, es interesante. Pero, a partir de Pedro I, los cristianos creen más lógico y oportuno mover las armas en luchas civiles; crecen las apetencias personales y la desmoralización va cundiendo lentamente en la grey. Como si, liquidado ya el episodio guerrero, hubiese que repartir el botín entre compadres mal avenidos, la historia de la corona de Castilla en los siglos XIV y XV es la narración de las luchas fratricidas y del esfuerzo baldío. Así pudo el reino granadino, situado al amparo del sistema penibético, en el triángulo

Málaga-Granada-Almería, mantenerse contra una tempestad sólo anunciada en carteles de desafío y casi nunca llevada a cabo por los hidalgos fronterizos que gustaban más de llevar sus mesnadas al interior, a provocar cisma y a levantar parciales, que a entrarse por las vegas musulmanas a talarlas.

Porque, en general, fué este el pecado que la Reconquista tuvo necesariamente al lado de otras virtudes. Los libros que dicen de la historia universal y comentan al tratar el Medioevo que en España no existió el feudalismo en el sentido que lo sufrieron otras naciones europeas olvidan las mil pequeñas contiendas que todos los días tenían que afrontar los monarcas españoles para que su autoridad fuese totalmente reconocida.

Porque si bien es legendaria la fidelidad monárquica del español, no es menos conocido su feroz espíritu de independencia. Trasladémos este sentido libre de la personalidad a un hombre de frontera, a un hidalgo encargado de una plaza fuerte cabe las tierras moras, hagámosle responsable de un castillo cerca de territorio enemigo, desde el cual, con treguas o sin treguas, pueda ver llegar a cada momento contingentes enemigos que dupliquen o cuadrupliquen sus fuerzas; hágasele a este hombre resistir sin ayuda de nadie todas las algaras de los enemigos y se comprenderá que, vencedor o vencido, sienta una suficiencia que le incapacite para aceptar sin discusión una orden llegada de la lejana corte y que él crea menosprecia unos intereses legítimos ganados a punta de espada. Únase a esta independencia frente al monarca, la independencia frente al noble vecino, señor de otra villa, y tendremos una débil imagen del estado de la sociedad de la época.

Porque observemos, además, que la única institución que podría por su prestigio secular detener la catástrofe, la Iglesia, se encuentra tan desprestigiada como el poder secular. Triunfa la simonía, y el clérigo es antes guerrero y hombre que pastor de almas. Nadie sabe a dónde va ni de dónde viene. Menéndez Pelayo ya ha señalado el

siglo XIV como un salto atrás en la carrera de la civilización y un retorno a la barbarie. Reinan la crueldad, la lujuria, la codicia y el medro personal. Los reyes esquilman a sus súbditos o se convierten en monederos falsos. Los campesinos se levantan contra los nobles. Las Ordenes religiosas decaen y el arte es la sátira. Al siglo de San Luis, de San Fernando, de Jaime el Conquistador y Santo Tomás de Aquino ha sucedido el de Felipe el Hermoso, Pedro el Cruel, Carlos el Malo y Juan Wiclef. En vez de *Divina Comedia* se escribe el *Roman du Renard*. Y ha nacido el Cisma de Occidente.

¿Cómo puede vivir así la cristiandad? Pero López de Ayala lo pregunta angustiado en su *Deytado sobre el cisma de Occidente:*

La nave de San Pedro pasa grande tormenta
y no cura ninguno de la ir a acorrer:
de mil trescientos y ocho con setenta
así la veo fuerte padecer:
y quien lo puede no quiere valer
y así está a punto de ser anegada
si Dios no acorre aquesta vegada
por su misericordia según suele hacer.

Explica contristado su símil. La Religión católica está a punto de fenecer si sigue la tremenda división, división a la que, por cierto, contribuye en gran manera la tozudez del llamado antipapa Luna, el aragonés que, en Peñíscola, se considerará Pontífice hasta morir.

La nave es la Iglesia Católica Santa
y el su gobernalle es nuestro prelado:
el mástil hendido que a todos espanta
es el su colegio muy noble y honrado;
de los cardenales que está divisado
por muchos pecados en muchos desmanos:
las áncoras son los reyes cristianos
que la sostienen y la han dejado.

Las tablas recias es la unidad
que todos juntos un cuerpo es nombrado:
los cables fuertes creo por verdad
que son los prelados que han poco cuidado
de aqueste hecho que está, mal pecado,
tan luengo, tan malo, esquivo, tan fuerte,
do muchos cristianos peligran de muerte
en mar de este mundo breve ocasionado.

Es urgente el remedio del cisma :

júntense en uno estos contendientes
en lugar seguro con sus cardenales
y sus argumentos, y hayan en mientes
y dennos un Papa en fin de estos males,
y por los príncipes, señores reales
para esto hacerse sean acuciados,
que veinte de cisma son años pasados
cuales nunca fueron peores ni tales (1).

No hay más que esta solución si no se quiere perecer. Un pastor universal exige la comunidad cristiana, un solo pastor para la grey católica, sea de la nación que sea :

Si quiere ser francés, si quiere de Hungría,
si quiere de España, si quiere alemán,
si quiere inglés o de Lombardía,
si quiere escocés, si quier catalán:
sea cristiano el que nos darán,
en pocos días sea delibrado,
y de allí no salgan sin ser declarado,
a esto los reyes remedio pondrán.

y mientras tanto las armas y las voces callen. Que es sabido que no todos son honrados cuando exigen salga votado su favorito :

En tanto silencio hayan las cuestiones
y los disputadores no hablen más ál,

(1) En general y mientras no perjudique al verso, modernizo el texto.

que Dios ve las sus intenciones,
que cada uno busca provecho tal cual:
uno ser obispo, otro cardenal,
otra dignidad haber gruesa espera
y siquier la nave esté en la ribera
quebrada en piezas de eso no les cal.

Pues si esto ocurre en toda Europa, en todo el mundo de entonces, ¿qué pasa en España? Para su patria tiene también López de Ayala sus más tristes presentimientos de desastre. ¿Dónde están los caballeros de antaño que luchaban contra los moros sin miedo alguno? Ahora la guerra es entre ellos mismos en busca de botín, no por otra cosa :

Codician caballeros las guerras cada día
por llevar muy grandes sueldos y llevar la cuantía
y huelgan cuando ven la tierra en robería
de ladrones y cortones que llevan en compañía.
Olvidado han a los moros las sus guerras hacer
ca en otras tierras llanas así hallan que comer
unos son capitanes, otros envían a correr
sobre los pobres sin culpa se acostumbran mantener:
Los cristianos han las guerras, los moros están holgados
en todos sus reinos ya tenen reyes holgados
y todo aquesto viene por los nuestros pecados,
que somos contra Dios en todos sus estados.

El estado del tiempo que sirve de pórtico al siglo XV no puede estar más claramente expuesto : Los moros holgando, los cristianos cabalgando para servir sus pequeños intereses. Y toda la culpa de la guerra inútil cae sobre el misérrimo, sobre el olvidado, a quien la soldadesca le quita el esfuerzo de su trabajo. Hay miles de reyes en España.

Concretémonos a Castilla. Ha muerto Enrique III, hijo de Juan I. Aunque débil de cuerpo (la historia le llama «el doliente»), ha procurado detener en la medida de sus fuerzas el descenso de las energías patrias. Se em-

pezó el siglo (1402) tomando algunas de las islas Canarias e incorporándolas a la Corona. Al desaparecer él, los nobles a quienes su presencia mantuvo a raya alegran el semblante. Un rey niño, Juan II, y una madre de corto seso, D.ª Catalina de Lancáster. ¡Buen río revuelto para pescadores! Pero quedaba un rabo por desollar. El infante don Fernando, hermano del difunto, se niega a participar en el botín que le ofrecían los nobles y se lanza a la empresa nacional de Castilla. El ataque a la morisma. Toma Antequera y con la plaza el nombre. Cómo fué, lo explica el poeta anónimo.

Primero la bella visión plástica de la corte granadina rica y vanidosa, donde los caballeros exhiben sus más ricos trajes y sus mejores armas...

La mañana de San Juan
al tiempo que alboreaba,
gran fiesta tienen los moros
por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
y jugando de las lanzas
ricos pendones en ellas
bordados por sus amadas.
Ricas marlotas vestidas,
tejidos de oro y grana,
el moro que amores tiene,
señales de ello mostraba,
y el que no tenía amores
allí no escaramuzaba
Las damas moras los miran
de las torres del Alhambra
también se los mira el rey
de dentro de la Alcazaba.

Para que el contraste con la realidad de la derrota, llanto tras la alegría, sea más fuerte:

Dando voces vino un moro
sangrienta toda la cara:

con tu licencia buen rey
diérate una nueva mala:
el infante don Fernando
tiene a Antequera ganada
muchos moros deja muertos,
yo soy quien mejor librara,
y siete lanzadas traigo,
la menos me llega al alma.
¡Los que conmigo escaparon
en Archidona quedaban!
Cuando el rey oyó tal nueva
la color se le mudaba,
mandó tocar sus trompetas
y sonar todas las armas,
mandó juntar a los suyos
para hacer gran cabalgada.

La pérdida de Antequera no fué en la mañana de San Juan, sino en el septiembre de 1410. El cronista poeta finge esa fecha que se celebraba con igual alegría en terreno musulmán que en el cristiano (con gran disgusto de los faquíes o sacerdotes), para que la emoción del hecho sea mayor en un pueblo en fiestas.

Luego caen a su brazo poderoso, Xara, Pruna y Cañete. Orgullosa estaba Castilla del hombre que así seguía la verdadera tradición del reino luchando contra los infieles, pero pronto hubo de perderlo; pues el fallo de Caspe se llevó a Aragón al infante convertido ya en rey Fernando I. En 1412, Castilla de nuevo está acéfala.

Así lo entienden los cortesanos y van al reparto. La reina madre no inculca al hijo sino mezquinas doctrinas de partido y Juan II tiene ante sí, en cuanto empieza a gobernar, el pavoroso espectáculo de su propia nulidad, una nulidad a la que se opone un gigantesco núcleo de personajes encumbrados, nobles de buena prosapia y de mayor orgullo, guerreros de pies a cabeza, que contemplan con cierto aire desdeñoso al joven rey que parece asustarse del ruido de las armas.

Frente a este intranquilizador ambiente, el monarca busca un amigo, un solo amigo en quien confiar. Al príncipe le urge el favorito que todos los reyes sin coraje han necesitado para descargar el peso de una gobernación desagradable.

El hombre surge siempre cuando es buscado. Vedlo ahora. Se llama Alvaro de Luna, y es bastardo como lo será el famoso don Juan de Austria. Hijo de noble, tiene un lejano parentesco con el antipapa Luna a quien citábamos antes. Como su familiar, este joven dará que hablar a la historia.

Por ahora no es más que un joven cortesano. Baila a la perfección, pero también sabe manejar las cañas en los juegos frente a palacio; hombre que todo lo sabe hacer, imponiendo en todo su vigorosa personalidad, no es un cualquiera. El rey don Juan, tímido y sensible sólo a la poesía, necesita ese ser completo que parece adelantarse al Renacimiento cabalgando, escribiendo y haciendo política. Pero en contra de la primacía está la sangre real. Viven los infantes de Aragón, primos del rey e hijos de Fernando de Antequera. Para ellos el valido era poca cosa, baja ralea que había subido por medios tortuosos. No compartían el amor de Miguel Lucas de Iranzo que impulsaba al rey a arrojarse en brazos del nuevo Condestable:

Lealtad, oh lealtad!
lealtad, dime ¿do estás?
Vete, Rey, al Condestable
y en él la fallarás.
Porque en todos tus criados
otro tal no me darás,
y en el regazo de aqueste
el buen sueño dormirás.
Desea la tu venida,
espera cuando vendrás,
con Jahen y con Andújar
tus reinos recobrarás.

Tal caudillo las gobierna,
questo y mucho más farás,
y de los que te han errado
fío en Dios te vengarás.

Este era el sentimiento general de la época y los poetas no hacen sino hacerse ecos del sentir popular. ¡ Allá bajo, hacia el sur, estaba la verdadera guerra ! Allá la tierra irredenta que hay que salvar, allá las almas y los cuerpos que tienen que volver a nuestro lado. Y, por el contrario, «ellos están folgados», como decía López de Ayala, y los nobles luchan entre ellos. Unas veces sube el partido del rey y don Alvaro ; otras, el de sus enemigos. Ambos pasan, de ser prisioneros, a hacer gran alarde de sus lanzas. La incruenta y, a nuestros ojos, curiosa guerra del tiempo favorece la duración y la extraña facilidad del rebelde para aceptar conversaciones de paz. Alzábase el partido y reunía fuerzas. Cada señor aportaba sus mesnadas. Movíase la operación de un sitio para otro y cada uno procuraba apoderarse de plazas fuertes muy consideradas en un tiempo en que la artillería era primaria. Sobrevenía luego un encuentro en el que, generalmente, eran más los ruidos que las nueces ; tras él y, según el resultado, volvían las fórmulas de paz. Se daba y se tomaba. Este título para vuestro hijo y esa villa para mí. La amistad concertada, los caballeros *derramaban,* es decir, licenciaban sus fuerzas y todo volvía a quedar en relativa tranquilidad hasta que una ocasión que parecía buena o un disfavor real volvía a encender la guerra. Esta no era muy perjudicial en cuanto a vidas humanas ; pero, en cambio, producía la ruina del agricultor, la muerte de la pequeña industria local, el desasosiego constante y, sobre todas estas cosas, la que ya hemos llamado obsesión, no sólo de la gente ilustrada, sino también del hombre del pueblo : la eternidad de la guerra con los moros. Los ancianos recordaban hechos gloriosos acometidos por los antecesores del rey don Juan, incluso por su padre, don Enrique, y todos se maravillaban de que

se perdiese tiempo tan precioso en golpear por el fantasma de la primacía política cuando allí, tan cercana, estaba la verdadera honra y logro. Sólo una empresa guerrera contra los mahometanos es llevada a cabo en tiempos de Juan II y repercute en el triunfo de la Higueruela, en la vega de Granada (1431). Alrededor de este hecho principal hubo las típicas algaradas y las talas con las que se acababa con todo vestigio de planta granada donde llegaban las armas cristianas, única forma de acabar con los recursos económicos del enemigo. El gozo de la operación contra el moro vibra en la poesía de Juan de Mena, cordobés, cronista y secretario de letras latinas de Juan II.

Con dos cuarentenas y más de millares
les vimos de gentes armadas a punto,
sin otro más pueblo inerme allí junto,
entrar por la vega talando olivares,
tomando castillos, ganando lugares,
haciendo por miedo de tanta mesnada
con toda su tierra temblar a Granada
temblar las arenas, fondón de los mares.

Éste es lugar donde ganar honra y prez, no en las luchas civiles que no harán más que cubrirnos de oprobio ante los extranjeros.

¡O virtuosa, magnífica guerra,
en ti las querellas volverse devían,
en ti do los nuestros muriendo, vivían
por gloria en los cielos y fama en la tierra,
en ti do la lanza cruel nunca yerra,
ni teme la sangre verter de parientes
revoca concordes a ti nuestras gentes,
de tales cuestiones y tanta desferra.
. . . . . .
Ayan envidia de nuestra vitoria
los reinos vecinos y non tomen gloria
de nuestra discordia mayor que convenga.

Pero no es sólo en la competencia airada donde se nota la desorientación del siglo. La guerra civil representa por sí misma un buen mal en la vida de un país, pero se acompaña además de otras muchas desgracias. La baja en los sentimientos religiosos, por ejemplo, es citada con un realismo muy típico en la literatura española:

¿Quién assimismo decir me podría
de cómo las cosas sagradas se venden
y viles usos en que se desprenden
los diezmos ofertos a Santa María?
con buenos colores de la clerecía
dissipan los malos los justos sudores
de simples y pobres y de labradores
cegando la santa católica vía.

El mismo sentido clamor por el pobre hombre de la gleba que suda y lucha contra malas cosechas, con pérdida casi segura al estar el campo alzado en partidas o con intermediarios interesados. Los dineros de la Iglesia eran saqueados o mal utilizados.

Mientras, lo que interesa es el poder. Y este don Alvaro parece tenerlo bien en la mano. Efectivamente, en Olmedo cargó tan enérgicamente al frente de sus escuadrones, que los enemigos tuvieron que darse a la huída y Alvaro de Luna volvió a quedar señor del campo y del ánimo del monarca.

Pero los dioses ciegan a los que quieren perder; introdujo él mismo su perdición en la casa real en forma de una figura femenina. Se llama Isabel y era infanta de Portugal. Con esta boda don Alvaro pensaba asegurarse el apoyo de la nación lusitana, que bien lo necesitaba, porque entre sus enemigos se contaban no sólo los aristócratas indígenas, es decir, los nobles de Castilla entera, ya cada vez más fuera de sí ante los privilegios que iba obteniendo el bastardo, sino que éstos, además, por sus relaciones familiares con los reinos de Aragón y Navarra,

reforzaban el cerco diplomático y guerrero contra la figura del Condestable.

Quiso curar y agravó su enfermedad con el matrimonio. Isabel tenía genio y carácter. No sufrió desde el primer momento que nadie, fuera de ella, gobernase al Rey, y acabó con la privanza del Maestre de Santiago en seis años, que a ella le parecieron larguísimos, con mimos de esposa y consejos de reina. El fin de sus gestiones fué la prisión y condena de don Alvaro que, tras largas dudas y confusiones, concedió don Juan como prenda de paz a las reiteradas presiones de sus familiares y deudos.

Había gobernado treinta y tres años en nombre y representación de su rey. Cuando murió, se alzó el clamor de alegría que siempre trae en España la desaparición de quien ha gobernado demasiado. No faltó quien lo sintiera, y *Juan Poeta* se angustia ante la muerte de aquel cuya figura humana considera más que la política. Lamenta la afrenta final que sólo se hacía a gente malnacida, siervos, al atar sus manos con un grosero cordel (él lo substituyó por una cinta de seda) antes de descargar el fúnebre golpe...

¡O mundo fallescedor!
¿Qué valió tanto subir
pues que había de venir
a tan vil muerte morir
como un pobre caballero?
"Las mis manos que besadas
fueron de comendadores
y de grandes y menores
mando que sean juntadas
y con un cordón ligadas
de muy fuerte ligadura,
que para esto la ventura
me las hubo así criadas."

Pero otros no sintieron así su muerte. Uno de sus enemigos mayores fué el marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza, que, como muchos otros poetas

que hemos de ver a lo largo de esa historia, fué actor al mismo tiempo que cronista. En su *"Doctrina de Privados"*, finge que habla don Alvaro ya muerto y haciendo pública confesión de sus pecados:

Abrid, abrid vuestros ojos,
gentíos mirad a mí
cuanto visteis, cuanto vi
fantasmas fueros y antojos.
Con trabajos, con enojos
usurpé tal señoría
que si fué non era mía
más indebidos despojos.

Cita sus injustas atribuciones, sus rapiñas...

casa a casa ¡guay de mí!
y campo y campo llegué,
cosa ajena no dejé
tanto quise cuanto vi
agora pues, ved aquí
cuanto valen mis riquezas
tierras, villas, fortalezas
tras quien mi tiempo perdí.

Pero aprovechando su posición privilegiada, el marqués le hace arrepentirse de otros mil pecados. Dirigiéndose a Dios, dice:

De los tus diez mandamientos,
Señor, no guardé ninguno,
nin limosnas, nin ayuno
nin cuaresmas nin advientos
nin de tales documentos
puestos so cristiano yugo
non los hice nin me plugo
mas todos tus vedamientos.

Impiedad de alma, dureza de corazón, enemigo del prójimo:

Los menguados non farté
alguno, si me pidió
de vestir non lo falló,
nin los pobres recepté.
Cautivos non los saqué
nin los enfermos cuitados
fueron por mí visitados
nin los muertos sepultados.

Juan II moría un año después. En rigor, estaba muerto ya cuando hizo degollar a quien había sido el verdadero rey, en Valladolid.

CAPÍTULO II

ENRIQUE IV

Reinó desde 1454 a 1474. Fueron veinte años tan sólo, veinte años que han sido considerados los peores de la historia patria. Su personalidad no existió sino para el mal. Gustaba de lo monstruoso y lo deforme, iba desaseado y apetecía la soledad. Fué un monarca que quiso engañar a todos, cobarde y sin hombría, a quien, como apunta Marañón, su propia inferioridad física le incapacitaba para reaccionar directamente con los peores insultos y las más torvas amenazas. Ante los primeros se encogía esperando la ocasión de vengarse. Ante las segundas se entregaba. Rompía alianzas con la misma facilidad que las firmaba; fué hombre desdichado que tenía que hacer desdichados a los demás.

¿Qué hacía Castilla bajo su gobierno? Recuérdese la situación anárquica anterior y calcúlese cómo sería la misma aumentada por esa facilidad que la ausencia de un poder firme otorgaba a los rebeldes y a todos los que quisiesen servirse del desafuero. Así define Juan Alvarez Gato, poeta madrileño, los tiempos aquellos:

¡O juicios soberanos
y justas persecuciones,
pecados de los humanos,

engaños, vicios mundanos,
þeligrosas ocasiones!
¿Do la fe, do la verdad?
¿do la þaz, do la mesura?
¿que se hizo caridad?
¿do justicia? ¿do cordura?
¿do los reinos bien regidos?
¿do los buenos regidores?
¿a do los sabios sabidos?
¿a do los malos þunidos?
¿a do los buenos señores?
¿a donde los buenos reyes?
¿donde los buenos þrelados?

Antes Castilla tenía grandes riquezas, una administración eficiente garantizaba un fondo de reserva y ahora...

¿a do los dorados techos?
¿a do los grandes tesoros?
¿qué se han hecho grandes hechos?
¿artificios, los þertrechos?

y, por fin, la pregunta relativa a la espina que todos los españoles tenían en la garganta:

¿do las guerras de los moros?

No habrá verdadera y real paz mientras estén los invasores en la península. Porque además del peligro material está el otro, muy grave también, de la difusión de sus doctrinas y de sus costumbres inmorales. El homosexualismo llega a ser como una enfermedad contagiosa y se dice que, incluso el mismo rey, se entrega a prácticas infames. El cristianismo se ve influído por doctrinas ajenas a su pureza. Moros y judíos son enemigos del español y mientras vivan en tierra nuestra, grande será el peligro si el rey los protege. Por eso el Provincial en sus famosas «Coplas», ataca al cantador Diego Arias de Ávila y le acusa de judaizante reprochándole el uso indebido de insignias cristianas en su escudo:

Aguila, castillo y cruz
dime, ¿de dónde te viene?
pues que tu pila, capuz
nunca la tuvo ni tiene?
El águila es de San Juan
el castillo de Emaús
y allí pusiste a Jesús
siendo yo allí, capitán.

¿Y ese otro advenedizo a quien el favor real ha encumbrado y que atiende por Miguel Lucas de Iranzo y es condestable? Tampoco le perdona el Provincial, que finge revisar un convento a sus órdenes.

¡Ah fray Conde sin condado
condestable sin derecho!
¿a cuánto vale el derecho
a ser villano probado?

Mal gobernante, amigo de quien no lo merece, protector de enemigos de la fe católica... Si al menos fuese Enrique hombre leal, con quien sus servidores se sintiesen seguros... Pero, como mezquino, desconfía de todos los que a su vera están y cree ver en cada alma la traición que siempre anida en la suya. Así favorece el atentado de que es víctima su fiel Pedrarias, que se siente dolorosamente humillado cuando sabe quién es el instigador de su herida. Lo explica Alvarez Gato:

Los reyes que eran guardados,
esos son los que recelan
no se fían de sus criados
antes dellos resguardados
ya se rondan, ya se velan.

y el poeta hace sentir la voz del ofendido vasallo que se aleja de un rey que tan mal corresponde a sus desvelos:

No me culpes en que parto
de tu parte,

que tu obra me desparte
si malparto.
Que cosa parece fuerte
de seguir,
quien remunera servir
dando muerte.

y aprovecha la ocasión para insistir en el consejo general para que el monarca no tire el dinero que le legaron sus abuelos en necios gastos :

Mira, mira, rey muy ciego,
y mira tus aparceros,
que las prendas y dineros,
quédanse en los tablajeros.
Acallanta tantos lloros
y recuerda, rey muy saje
como en este tal viaje
tus reynos y tus tesoros
no se vayan en tablaje.

Porque todo se lo llevan los tablajeros, es decir, los que trabajan entre cortinas, los intermediarios que no arriesgan nada. Mientras los bravos caballeros exponen vida y honor en las justas de cañas y lanzas, los hombres que construyeron el tablaje ganan siempre. Esta es la metáfora de Alvarez Gato.

A Mosén Diego de Valera (1412-1486), el estado de su patria en el tiempo no le provoca más que preguntas sin fin. Porque toda Castilla es una constante interrogación, una pregunta angustiada con que se quiere salvar una duda de conciencia. ¿Cómo es posible que todo esté tan fuera de lugar ; cómo puede ser lógica la codicia, la irresponsabilidad en los mandos, la soberbia vana?

¿Por qué anda de vagar
alguno que más solía?
¿Y por qué tan mal seguía

alguna que es muy loada
y por qué ni dan posada
en la corte sin dinero?

miseria y estrechez en todas partes, incluso en la antaño opulenta corte de Castilla

¿y por qué tanto bandolero
dice que es nuestro señor?

el ansia de buscar un jefe, un único y auténtico jefe late en toda la poesía; todos quieren ser señores, aún los menos calificados para ello. Si hubiese un hombre... Y todo será distinto cuando Castilla encuentre este hombre que, cosa curiosa, será mujer.

¿y por qué es tan si sabor
en Castilla la libranza?
¿por qué andan en balanza
algunos que no lo saben.
y por qué los malos caben
donde no debían caber?

La queja contra el mando inepto.

¿Por qué tiene gran poder
quien no sabe ejecutar
y por qué se da lugar
a que siempre desmedremos
y por qué menos valemos
siempre sirviendo mejor?
... ...
¿Por qué no es maravilla
que se pierda cuando vedes
y por qué pescan sin redes
algunos a manos llenas
y por qué dan graves penas
a veces por chico error?

La injusticia social dolorosamente sentida, injusticia que pena pequeñas faltas con penas gravísimas mientras otros aprovechan el turbio estado de la hacienda pública para llenarse los bolsillos...

¿por qué no es maravilla
que se pierda cuando vedes?

...porque de tales causas, tales efectos. Castilla está naufragando. Y el rey parece no saberlo, a pesar de que a voz en grito y recordándole sus peores vicios se lo diga toda la nación.

Ese Rey ofendido continuamente... ¿quién tenía a su lado para consolarle de esta maledicencia pública? Acabamos de ver a una infanta portuguesa, Isabel, hacerse con el corazón maduro de Juan II. A Enrique IV le llega también su esposa de la Lusitania. Tras la desunión con su primera mujer, Blanca de Navarra, separación que mostró ya la impotencia del rey, se convino el nuevo matrimonio con la infanta portuguesa doña Juana. Ésta llegó, y con ella sus damas, bellísimas todas y livianas. Entre las castellanas, en quienes la impiedad y el vicio no hacían tantos estragos como entre los hombres, produjo su llegada un mal ejemplo. Las recién venidas se pintaban escandalosamente no sólo la cara, sino también la parte interior de los muslos para que la blancura de la carne contrastase con la oscuridad de las telas, cuando se apeaban de las mulas en sus viajes con el rey. Porque eran alegres y deportivas. Al poco del matrimonio fueron, con la reina al frente, hasta tierras de moros. Allí, detenidos ante una fortaleza, doña Juana pidió una ballesta y tiró varias flechas al campo contrario en una divertida parodia de la guerra. Luego se volvieron todos como si regresasen de una alegre jira. Los hijosdalgos que guardaban la frontera y que habían visto caer más de un pariente en aquella lucha que ahora se remedaba, no podían contenerse de vergüenza. Y la forma de embadurnarse, sobre todo, impulsaba a la sátira. No desperdicia la ocasión el Provincial atacando a la reina, sin mencionarla directamente:

A ti diosa del deleyte,
gran señora de vasallos,
dícenme que tienes callos
en el rostro del afeite,
y que vuestra señoría
tiene tres dientes postizos,
que sabe mucho de hechizos
y estudia nigromancía.

Hechicera y nigromántica, mujer dada a la frivolidad por un lado, a las ciencias ocultas por otro ; no se requería más para ser odiada por las buenas y sencillas gentes de Castilla, y que de ella se esperase siempre lo peor. Y así, cuando nace la heredera de la corona de Castilla, cuando la reina da a luz una hija, nadie piensa que su padre sea el rey, si no su valido, Beltrán de la Cueva. La inocente niña va a la historia con el nombre-estigma de la «Beltraneja», y los nobles se pasan a bandadas al campo de los enemigos del rey, a pesar de que el comendador Román haga oír su voz poética en favor de la reina ofendida :

Alta Reina y apurada
do la beldad se esclarece;
la canción va sentenciada
y no va tan bien glosada
como su causa merece.
Pero Reina, donde están
virtudes llenas de fe,
en Alba me hallarán
mandad saber de Román
que yo soy el que pequé.

Esfuerzos baldíos que no salvan reputaciones. Toda la segunda parte del reinado de Enrique IV se desarrolla alrededor de este secreto de alcoba : saber si la princesa Juana es realmente hija del rey o no lo es. Si lo es, hay que jurarla como sucesora. Si no, el heredero es el infante don Alfonso, hermano de Enrique y, en su defecto, su hermana doña Isabel, que así se asoma a la historia de España que

tantos triunfos le deberá. Y sobreviene el cabildeo más desagradable de que hay memoria. El rey duda y vacila a cada momento; unas veces cede ante el clamor popular y declara heredero a don Alfonso, negando la paternidad de la princesa. Más tarde anula lo hecho, y en Avila es destronado en efigie. Los partidarios del rey vencen en Olmedo. Muere Alfonso y los suyos ofrecen la corona a Isabel. Ésta se niega a aceptarla mientras su hermano viva. La política logra, sin embargo, que sea reconocida como heredera del trono y así, a través de la anarquía, del crimen y de la derrota, la Providencia va jalonando los pasos decisivos hacia la unidad española.

Pero todavía el cisma quiere dar las últimas coletadas y Enrique, indignado con la boda de Isabel con un príncipe de Aragón que se llama Fernando, revoca el convenio anterior y vuelve a nombrar heredera del trono a la tan traída y llevada doña Juana. Otra vez lucha, otra vez disturbios al socaire de la falsa situación... los nobles se aprovechan y se van apoderando cada vez más de las prerrogativas reales. Los Villena, los Cueva, los Plasencia, los Carrillo actúan por sus conveniencias, piden rehenes reales y se comportan como verdaderos señores de la tierra. La reina, mientras, se lanza a una aventura amorosa con un Pedro de Castilla, biznieto del «Cruel», y el tijereteo de comadres halla nuevos motivos para enturbiar su vida anterior.

Mientras tanto, Enrique IV agoniza en 1474. A todas las falsedades en que se ha desenvuelto su vida opone la única verdad de su muerte. Deja Castilla en trance de dispersión y escándalo. Pero ya está en su trono — a su muerte es proclamada en Segovia — la nueva reina Isabel, y su marido, don Fernando, aparecerá muy pronto a su vera. Sobrevendrán todavía tempestades y muchas veces vacilará el sitial en que ambos se asientan. Pero ya da lo mismo. En el timón hay una mano firme y Castilla ve nuevos mares donde bogar.

CAPÍTULO III

ARAGÓN: FERNANDO I DE ANTEQUERA. ALFONSO V DE ITALIA. JUAN II, EL PRINCIPE DE VIANA Y EL REY FERNANDO

La Reconquista española escindió la unidad peninsular, más o menos auténtica en tiempos visigodos, fraccionando la patria en aquel famoso cantonalismo hispano que, se dice, surge en épocas de crisis nacional. Cada agrupación toma las armas y hace *su* guerra contra los moros. En las buenas épocas se une a sus compañeros de nación y la historia conoce el resultado con el nombre de victorias de las Navas, de Sevilla o del Salado. Otras veces se pelea con ellos y entonces, el musulmán, en lugar de ser el enemigo común, media entre los beligerantes dando y quitando coronas. De todas formas, los estados peninsulares tienen una vida independiente y hay que estudiarlos por separado.

Por ello, al llegar Castilla, como hemos visto, a las puertas de la Unidad española, es forzoso retroceder hasta el mismo año en que iniciamos el estudio anterior para llevar a Aragón hasta la misma altura.

A principios del siglo XV, Aragón nos presenta una fisonomía notablemente distinta de la de Castilla. Iniciada la centuria con la presencia en la corte de la dinastía

castellana en la figura de Fernando de Antequera, rey gracias al compromiso de Caspe, el estado de la monarquía catalano-aragonesa presentaba un aspecto de fuerza y cohesión muy distinto del de la débil y atormentada Castilla. Asomada al mundo de la Reconquista más tarde que el otro reino, sin desgastar todavía, Aragón podía considerarse fuerte y dichosa.

En el siglo XIII había extendido sus conquistas hasta Murcia y Baleares; en el XIV hasta Grecia con la expedición de los Almogávares, que terminó en la fundación de un reino catalano-aragonés en Atenas. En Sicilia había gobernado Pedro IV, y la cadena de islas, Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Malta, Gozo, Gelbes hasta la lejana Chipre, favorecía la expansión comercial catalana y con ella su poderío mercantil y militar. Dominados en gran parte los nobles aragoneses tras los esfuerzos infructuosos de la Unión, el problema aristócrata no ofrecía más encono que el de tener en el país una serie de bravos avezados a la guerra y a quienes la paz molestaba como una ofensa personal. Dar salida a estos instintos guerreros era tarea normal en un rey que supiera su oficio, encaminándolos a un fin grato a la patria como era su expansión allende los mares.

Y realmente, había trabajo para ellos. La política de expansión catalano-aragonesa en el Mediterráneo tuvo obligación de ser, porque, cuando más gustaban los aragoneses y catalanes las mieles de la Reconquista en el siglo XIII con el ataque hacia el sur y el este, con la toma de Valencia y la entrada en Murcia, coincidieron sus fuerzas con las que venían desde el oeste al mando del infante Alfonso el Sabio, hijo de Fernando III. Este rey, ganador de las ciudades de Córdoba y Sevilla, quiso asegurarse el flanco oriental de Castilla y lanzó sus mesnadas que se encontraron con las de Jaime I el Conquistador. Hubo roces a los que siguieron caballerosas explicaciones. Por el tratado de Almizra, Cataluña y Aragón se desentendían de la Reconquista, que pasaba, con Murcia, a manos de Castilla. Esta es la explicación

de porqué hoy se habla en Murcia el castellano y no el catalán, esta es la explicación del avance hacia el Mediterráneo que llega hasta Constantinopla y el Asia Menor, de unos antiguos soldados de la Reconquista que servían a su patria con el mismo tesón bajo soles extraños.

Fernando de Antequera poco hizo porque poco le dejó hacer el tiempo en que reinó en Aragón, que no excedió de cinco años. Sin embargo, pactó una tregua sobre los asuntos de Cerdeña con Génova, nuestra enemiga de «la acera de enfrente». Pero la política italiana en gran escala la tenía que llevar a cabo su hijo y sucesor, Alfonso V, a quien la historia conoce con el nombre de «Magnánimo».

Su objetivo principal se llama Nápoles y éste, junto a la isla siciliana, era una buena presa para un monarca potente. Reinaba en la ciudad del Vesubio la reina Juana II. Pertenecía a la dinastía húngara que había derribado a los Anjou de su trono. Juana, de costumbres licenciosas, tenía enfrente al partido angevino y su impopularidad concedía a éste grandes posibilidades de éxito. En el temor de perder la corona, la reina busca un apoyo fuerte, y ¿cuál mejor que el del joven rey Alfonso de la vecina corona de Aragón? Y así salen las peticiones de auxilio con una reciprocidad: Alfonso será declarado heredero de la corona de Nápoles.

El rey aragonés acepta, y su flota sale hacia la aventura. Primero, disimulando, a Túnez, luego a Italia. Con el entusiasmo de la empresa nacional navega la florida escuadra. El anónimo poeta, que se presume ser Carvajales, no deja de lanzar su voz al viento, y aprovechando el motivo lírico del abandono de la reina María, esposa de Alfonso, que la deja por la gloria, hace una brillante descripción de su rey:

Retraída estaba la reina
la muy casta donna María
mujer de Alfonso el Magno,
hija del rey de Castilla.

Se exalta en la pena y condena metafóricamente a Italia por quien la dejó el rey. Y también a la invocadora que tal culpa tiene :

Oh maldita seas, Italia,
causa de la pena mía!
¿qué te hice reina Joanna
que robaste mi alegría?
y tomásteme por fijo
un marido que tenía
hiciste perdere el fruto
que de mi flor atendía.
Oh madre desconsolada
que fija tal parido había¡
y dióme por marido un César
que en todo el mundo no cabía.
Animoso de coraje,
muy sabio; con valentía,
no nasció por ser regido
mas por regir a quien regía.

La nostalgia es empleada para hacer el panegírico.
La elegía se convierte en conto épico :

Siguiendo el planeta Mars,
dios de la caballería,
dejó sus reinos y tierras,
las ajenas conquería,
dejó a mi desventurada
annos veinte y dos había,
dando leys en Italia,
mandando a quien más podía.
En Africa y en Italia
dos reyes vencido había
que venciste al rey africano
y otro rey nascido en Gallia,
tu venciste por tu mano
al mejor reyno de Italia.

Por la expedición de 1432 a Túnez y contra el rey francés. Pero a su hambre de gloria no le bastaba...

Mas por dos mundos regir,
más quisiste conquerir
por más seguro rescebir
el sumo placer eterno.

La admiración sin límites, sin embargo, no le evitó los peligros. La reina Juana, tan ajena a la ética como al derecho, cambia de idea y nombra heredero a Luis, el angevino que antes era su enemigo. Luego llama de nuevo al rey de Aragón y éste acude con su escuadra y combate a campo raso. Mandando sus ballesteros, cayó en Ceriñola Jaumot de Torres, a quien Carvajales saluda en un elogio fúnebre. Démoslo aquí como un símbolo del soldado catalán que atravesó el Mediterráneo par ir sin una protesta a donde le mandaban :

Encima de un alto puyante corser
con armas flagante, ardido, armado,
vestía una córnea de damasco morado
mostraba de todos, þardios, señor ser,
¡oh quien los viera, þues, armas hacer
allí do ganó la honrada tumba
þor cuyos fechos la fama retumba,
que hacen los buenos envidia crescer:
Quiso sin tiempo con seso ser hombre
el tanto famoso Jaumote nombrado,
del rey don Alfonso querido y criado,
honró su þersona, su causa y su nombre,
dejó en los siglos þor siempre renombre,
þugnó con la muerte su mucha virtud,
þor ende a ninguno tal muerte no asombre.

No todo fueron lauros en la vida de Alfonso. Tras la expedición a Nápoles y como resultas de ella, cuando sitiaba Gaeta, el Papa lanzó contra él a los Genoveses y al duque de Milán. Sobrevino la batalla de Ponza, triste

conmemoración para las armas españolas. El marqués de Santillana nos da cuenta de ella en su *"Comedieta"*. A través de sus evocaciones mitológicas, surge la estampa del combate en el que fué hecho prisionero el rey Alfonso y su hermano el rey de Navarra.

Habla en primer término la reina madre, gozosa de su hijo :

Este deseoso de la duradera
o perpetua fama, non dudó elegir
el alto ejercicio de vida guerrera
que a los militantes aun face vivir.

recuerda, como recordaba su esposa, la atracción que sobre el gran príncipe del Renacimiento ejercía Italia.

Por que me detengo ahora en fablar
y dejo mil otras victorias primeras,
ca este, forzando las olas del mar,
obtuvo de Italia muy grandes riberas.

Invectiva el poeta luego a la batalla que tan malamente se portó con Alfonso :

Y serás tú Ponza, jamás memorada
por esa lid fiera, cruel, sanguinosa,
y habrá tu nombre perpetua durada
e de todas islas serás más famosa.
En ti fué gritada con voz pavorosa
en dos estoles ¡batalla! ¡batalla!

Empieza ésta. El espectáculo es espeluznante...

Viril fué la vista que pudo miralla
sin temor de muerte y más que animosa...

...se preparan los dos contendientes :

aquí las enseñas fueron desplegadas
así de los reyes como de los barones

y todas las naves de fecho entoldadas,
y vistos en punto inmensos pendones
en unos las cruces, en otros bastones,
en los otros pommas, lirios ȝ calderas
en otros las jarras, en otros veneras
en totros castillos y bravos leones.

Los enemigos izan también sus enseñas:

En la parte adversa, bien como señora
o reina de todos, era la bandera
la cual tenía la devoradora,
bixa milanesa, fiera y temedera,
e luego cercana como compañera
era allí la cruz señal genovesa
Aquiles y flores en la gran empresa
ornaban las proas por la delantera.

Empieza el combate. Ruge la primaria artillería del tiempo, cañones gruesos y cortos (bombardas) o de largo perfil (rebabdoquines):

Las gruesas bombardas y rebabdoquines
de nieblas fumosas el aire llenaron
así que las islas y puertos confines
apenas se vía nin se divisaban.

empieza el descalabro ante la fuerte embestida enemiga.

como el granizo que hiere en linera (en línea)
traído del viento aquilonar,
inmensas saetas de aquella manera,
herían los nuestros por cada logar,
allí todas gentes cuidaban llamar
¡Sant Jorge! con furia, como quien desea
traer a victoria la cruda pelea
jamás non pensando poderse fartar.

los gritos de guerra animan a los combatientes...

La gente de España llamaba ¡Aragón!
e todos ¡Navarra! los de su cuadrilla,
y los que guardaban el noble pendón
donde era pintada la famosa silla
llamaban "Mallorca, Cerdeña, Sicilia,
Córcega y Lega, Salerno y Taranto".
Y todos herían por questo el espanto
así virilmente que era maravilla.
Las gentes contrarias llamaban ¡Milán!
e ¡Gênova! muchos con assaz vigor...

Principio del desastre. La nave capitana empieza a hacer aguas:

En el filo estaba la lid espantosa
así como Febo en el medio día
tocando al efetto, dejando la glosa
asaz trabajada la caballería
la principal nave de la Señoría
Real navegaba, rompidos los robles
así receptava las aguas salobres
que era miraglio que non se fondía.

circula el rumor entre los demás buques de la escuadra:

Y *como del fuego la yerba curada* (seca)
veloce se aprende universalmente,
por toda la flota fué divulgada
que el rey se anegava...

con lo que no queda más remedio que rendirse al enemigo...

así, concluyendo, la flota fué presa
con todos los reyes, duques y barones
y puesta en Savona la notable presa
en lo cual se acuerdan las más opiniones.

Así fué hecho prisionero Alfonso V el Magnánimo. Y, sin embargo, su carrera triunfal siguió aún en el cautiverio. Logró hacerse con la benevolencia de su carcelero, el duque de Milán, y éste, tras tratarle como se

merecía, le puso en libertad. Así consiguió el ex cautivo atacar Nápoles de nuevo y acabar allí triunfador sus días, admirado y celebrado como protector de las Letras y de las Artes. Una medalla grabada por el Pisanello muestra su divisa con un águila: *"Liberalitas augusta"*. Y así fué la suya con todo escritor o artista que a sus estados llegara.

* * *

A la muerte de Alfonso V, su hermano Juan II, que ya llevaba la lugartenencia de la corona aragonesa por la ausencia de Alfonso y era además rey de Navarra por su boda con doña Blanca, hereda a Sicilia, Aragón, Cataluña, Mallorca y Cerdeña. El reino de Nápoles pasaba al hijo bastardo de Alfonso, Fernando.

Juan II tenía un hijo, ese hijo intelectual y misterioso que la historia conoce con el nombre de Carlos de Viana. Encargado del gobierno de Navarra por testamento de su madre, gobierna con celo y procura rehuir las guerras. Esta independencia irrita a su padre que quería influir en el gobierno de Castilla. Envenena la cuestión la rivalidad antañona de beamonteses y agramonteses que se hace política al apoyar los primeros al de Viana y los segundos al rey Juan. El príncipe buscó, antes de morir Alfonso V, su protección, pero, fallecido éste, quedó en inferioridad de condiciones ante su rencoroso padre que ya una vez le había encarcelado. Hubo otro arresto. Se levantó Cataluña en peso demandando la libertad del príncipe, a quien sus desgracias y finos modales hacían simpático y lo reciben en triunfo en Barcelona; había sido nombrado heredero cuando murió.

A su muerte quedaron catalanes y rey frente a frente porque ninguno de los dos bandos quiso olvidar. Rebelión en el principado. Ni don Juan ni su esposa Juana Enríquez rehuyen el combate contra los súbditos exasperados y empieza a asolar, al igual que en Castilla, la guerra de partidas y venganzas feroces. Lo político se

mezcla con lo social, y los payeses de la Remensa apoyan a sus reyes contra los nobles, sus señores y enemigos. Los catalanes buscan un rey y se ofrecen a Luis XI de Francia, a Enrique IV de Castilla y al condestable de Portugal don Pedro, que muere. Finalmente es elegido conde de Barcelona, Juan, duque de Lorena e hijo de Renato de Anjou, que parece ha de devolver, apoyado en los catalanes, los golpes recibidos por los angevinos en Nápoles. Pero en todas partes existe una desorientación extraordinaria respecto al partido a seguir y, como sucede muchas veces, entre las dos corrientes apasionadas, existe una gran masa de gente honrada que, si bien no confían ya en el malévolo Juan II, creen en la honradez y buenas dotes de gobierno del príncipe heredero, Fernando de Aragón, en quien se reúne la juventud — esperanza siempre de las naciones en peligro de perecer —, la valentía y la liberalidad. A ese grupo debía pertenecer el poeta que lanza sus jubilosos gritos al aire al enterarse de la boda de Fernando e Isabel, en 1469:

Muy crueles voces dan
catalanes blasfemando.
¡Fuera, fuera duque Johan,
ques casado el rey Fernando!
Torna, torna Barcelona
a tu señor natural;
Francia juega dedos mal,
Sus e mate per la dona.

Es decir, el poeta recela de las apetencias imperialistas de Francia que sólo apoya al duque de Lorena para quedarse con parte de la tierra catalana. Pero ha jugado mal y la «dona» (Isabel) sabe darle jaque mate.

Correos vienen, correos van
por todo'l mundo gritando
¡fuera, fuera duque Johan,
ques casado el rey Fernando!
Rey Enrique de Castilla,

porque así es profetizado,
toma por fijo e cuñado
al nuestro rey de Sicilia.

El versificador comprende que de esta boda puede venir la paz, no sólo para el reino, sino para todo el territorio peninsular :

Huelguen, huelguen los arneses
por todo el reino d'España;
inmortal gloria tamaña
reciban aragoneses;
los cuales diciendo van
la muerte poco estimando,
¡fuera, fuera, duque Johan,
ques casado el rey Fernando!

y termina con una amenaza al intruso.

Si deseas que no muera
tu gente desesperando
señor duque, ¡fuera!, ¡fuera!
Ques casado el rey Fernando.

CAPÍTULO IV

LOS REYES CATÓLICOS Y SUS FAMOSAS ACCIONES

Estamos entrando ya en el reinado de los Reyes Católicos. Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se han dado las manos y, con ello, se ha fundido por fin la diversidad que España presentaba. Desde luego que esta unión todavía no es perfecta. La vemos natural nosotros, pero no la apreciaban del mismo modo los contemporáneos que, todavía y al principio del gobierno de entrambos, andaban recelosos para ver quién impondría su autoridad en las empresas que les eran comunes y cómo lo tomaría cada uno de los países gobernados, orgullosos de las prerrogativas e independencias hasta entonces tenidas. De una manera más explícita tuvieron que fijarse las mil normas que ambos habían de seguir. En el reino de Castilla, por ejemplo, se estableció que firmaría en cabeza el rey Fernando porque, como varón, tenía derecho de preferencia ; pero que, en cambio, el escudo castellano iría en el lugar de honor, o sea a la derecha, por la preeminencia del reino. En general se mantuvo la equiparación de fuerzas que dió el famoso dístico : «Tanto monta monta tanto, Isabel como Fernando».

Los hechos de armas, política y letras de los Reyes Católicos son numerosos. Y, sin embargo, de casi ninguno dejaremos de hallar el verso que lo evoca. Muchos son los poetas del tiempo, pero todos tienen un concepto general idéntico: La exaltación de las figuras reales y de sus empresas. El triste tono de lamentación o sátira que hasta aquí hemos encontrado, ese tono pesimista y agrio con el que parecía desahogarse la musa de un hombre que a su alrededor no encontraba más que miseria, hambre y vilipendio, se trueca, en el reinado de los Reyes Católicos, en una jubilosa comprobación de lo que ocurre. Trátese de leyes de índole social, acontecimientos puramente locales o de guerras exteriores y sangrientas, los poetas ríen y se alborozan tanto como gemían y maldecían sus antecesores. Una breve ojeada a la poesía del tiempo que, como siempre, y no nos cansaremos de repetirlo, es la muestra del sentimiento general de la época, se basa en esa fiesta constante que son las buenas noticias para los buenos españoles. Poco a poco la paz vuelve a los caminos; se castiga al rebelde, el nombre de la patria es respetado allende las fronteras, se termina con la Reconquista...

Concretemos las efemérides con su respectivo comentario y glosa poética. Si establecemos una tabla cronológica de los principales hechos ocurridos en el reinado de Fernando e Isabel, encontraremos:

1. Guerra con Portugal.
2. Sumisión de la nobleza rebelde.
3. La inquisición y el problema judío.
4. Guerra de Granada con sus precedentes políticos y bélicos.
5. Expulsión de los judíos.
6. Descubrimiento de América.
7. Devolución del Rosellón.
8. Guerra con Francia sobre Nápoles. Repercusión en el Rosellón.
9. Muerte del príncipe don Juan.

10. El Gran Capitán y sus campañas de Barletta, Cerinola, Seminara y Gaeta.
11. Muerte de Isabel la Católica.

Guerra con Portugal

Por la guerra triunfante con Portugal, Castilla expulsa de su suelo y además logra, pues era una guerra dinástica amén de nacional, el respeto para su reina Isabel y don Fernando; la lucha principal fué en las cercanías de Toro, ciudad declarada por el rey Alfonso de Portugal y por la Beltraneja; allí fueron a buscar al primero el rey Fernando y sus parciales. Juan del Encina, en el «Triunfo de la Fama», lo explica así:

Estaban encima de su real silla
a los portugueses matando y prendiendo,
lanzándolos fuera de nuestra Castilla;
la fuerte batalla que puso mancilla
en sus corazones cubiertos de lloro:
del todo vencido allá cabe Toro
y en Cantalapiedra dejaron la villa.

Sumisión de la nobleza

Pero no basta vencer a Alfonso de Portugal. Ya hemos dicho que hay un monarca en cada villa y en cada castillo. Aún los nobles que ayudan a la reina y al rey en su empresa no están, sin embargo, dispuestos a ser sus inferiores absolutos y ante cualquier muestra de disfavor real se irían muy gustosos a encerrarse tras la protección de sus almenas. Otros hay que ni siquiera hacen acto de presencia en los campos de batalla y se limitan a ser dueños del territorio que a su alcance está, lugar desde donde saqueaan al mercader que pasa confiado o bien emprenden una lucha feroz y sin cuartel contra su vecino feudal por pequeñas razones de primacía. Contra esto actúan el rey y la reina con un coraje extraordinario. Isabel no vacila en presentarse en León y exigir la entrega

de las torres a su alcaide de quien había sospechas. De la misma y tajante forma, zanja las diferencias entre el marqués de Cádiz y el duque de Medinasidonia, en Sevilla, y a unos rebeldes que se hicieron fuertes en el castillo de Utrera, los mandó ahorcar sin contemplaciones.

Allí vi que estaban pintados
de mil robadores, ladrones, traidores
y de otras maneras otros malhechores
por modos diversos allí ajusticiados.

¿De qué fuerza organizada se sirvieron los Reyes en este lance? La Santa Hermandad cumplió a todo. No era creación de los Reyes, pero éstos le dieron fuerza y vigor nuevo. Los cuadrilleros de esta institución se lanzaron al campo e impusieron allí la justicia a rajatabla contra los infractores de la moral y de las buenas costumbres, fuese el pecador alto o bajo. Para el atemorizado pueblo que atrancaba sus puertas por la noche fué maravilloso que alguien impusiera, por fin, la tranquilidad en los campos de España. Y cuando se oía de madrugada el canto:

¡Dios ayuda! Sancta María val,
a San Juan de Letrán
y San Cristóbal de las aguas pasar
y San Pedro de Ultramar,
y los Reyes nuestros Señores
y a todos los que tienen y sostienen
a la Santa Hermandad
de Toledo e Talavera y Ciudad Real.

con que empezaba el día de la Santa Hermandad y sus justicias, el buen español, labrador, villano o hidalgo de buen sentido, se gozaba ante el instrumento de la tranquilidad pública.

La Inquisición

Una de las medidas más típicas de los Reyes Católicos fué la de la Inquisición encargada de velar por la pureza

de la fe. Creada por Gregorio IV en el siglo XI, los Reyes Católicos no hicieron más que obtener del Papa la facultad de nombrar los inquisidores por su real mano.

En una sociedad como la española de aquella época en que la lucha secular contra el árabe, no sólo se había realizado por un motivo nacional sino por otro religioso, el hecho de que en España hubiera oficialmente doscientos mil judíos, que con conversos oficiales y renegados se acercaban a los tres millones, era para preocupar a un estado. Téngase en cuenta que la comunidad judía vivía en sí y para sí y favorecía a los otros enemigos de la religión, los árabes, de quienes fueron muchas veces emisarios y espías. Que el pueblo español les odiaba, es evidente. Recuérdese las matanzas de judíos que, de una manera periódica, se habían llevado a cabo en la baja Edad media como en tiempos de los visigodos, lo mismo en Barcelona que en Sevilla o Cádiz. Del entusiasmo con que fueron acogidas las primeras medidas contra ellos dan idea los versos de Juan del Encina, glosando el hecho:

Al un cabo estaban herejes quemados
y al otro la fe muy mucho ensalzada,
por un cabo estaba la Santa Cruzada
por otro salían judíos malvados.

Es curioso anotar también el envés de la moneda, es decir, la queja de un judío converso. Se llamaba Antón de Montoro y era sastre de profesión, «ropero» se llama a sí mismo. Fanático de la reina, le dedicó unos versos exaltados comparándola a la Virgen María:

Alta reina soberana
si fuéredes, antes vos
que la hija de Sant Ana
de vos el hijo de Dios
resciviera carne humana.

Ni a los mismos fieles a Isabel les pareció lógica tal comparación y pidieron la hoguera para el poeta irreverente. Tal era la fama que de judío tenía que, con motivo

de una de las persecuciones y matanzas desencadenadas contra sus hermanos de raza, invoca a la reina con aplomo y seguridad, muestra de la confianza que en su gobernante tenían todos los españoles, judíos o cristianos.

Empieza llamándose a sí mismo y lamentándose de su suerte :

¡O Ropero, amargo, triste
que no sientes tu dolor!
setenta años que naciste
y en todos siempre dixiste
"Inviolata permaneciste".

como muestra de cristianismo, porque es sabido que los judíos no reconocían la virginidad de María. Además, come con delectación de los manjares prohibidos por el Talmud :

Nunca juré al Criador,
hice el Credo, y adorar
ollas de tocino grueso
torreznos a medio asar,
santiguar y persignar
¡y nunca pude matar
este rastro de confeso!

¡Siempre le han de tomar por judío! Suplica entonces que la persecución cese porque Jesús perdonó, estando en la cruz, a los mismos enemigos.

Pues Reina de gran estado
hija de angélica madre
aquel Dios crucificado,
muy aliento su costado,
con vituperios bordado
e inclinado
dijo: Perdónalos Padre.
Pues Reyna de autoridad
esta muerte sin sosiego
cese ya por tu piedad
y bondad;

y termina la copla con una broma macabra, una expresión que muestra que si era judío no tenía nada de cobarde. Pues pidiéndole que no se queme a nadie por el momento dice que al menos espere...

...hasta allá por Navidad
cuando sabe bien el fuego.

La guerra de Granada

El jubiloso clamor con que hemos visto hasta ahora glosar las hazañas de los Reyes Católicos, es poco si lo comparamos con el que provocó el solo anuncio de la guerra de Granada. Pero nos ha bastado leer como, en reinados anteriores, los más entristecidos comentaristas exponen la urgencia de acabar, antes que nada, con los enemigos de la fe y de la nación, para comprender con qué alegría se había de propagar la nueva del avance victorioso por tierras islámicas. Pacificado el país, en paz con Portugal que ya ha reconocido a los Reyes y a su derecho, en tranquilidad los caminos, la aristocracia domeñada, no había sino lanzar todo el ímpetu que la Reconquista había puesto en sus venas contra los moros.

El pretexto fué sencillo. La anécdota histórica lo cuenta en su amor a la frase grandilocuente. Abulhasan es requerido para pagar tributo a Castilla conforme a la antigua costumbre de los Naziritas. El rey moro, creyendo hablar con emisarios de Enrique IV, les contesta: «En las fábricas de Granada hoy ya no se labra oro ni plata para pagar las parias, sino lanzas, saetas y alfanjes para impedir se paguen».

Del mismo moro salió el primer golpe. Zahara, escarpada y segura de sus fuerzas se deja sorprender. Con los cautivos regresa Abulhasan convencido de su poderío. «Mahoma siempre es vencedor».

Pero pronto viene la respuesta. Se llama Alhama y su conquista es la réplica exacta de la insospechada toma de Zahara. Igualmente una noche oscura, igualmente la

sorpresa presidieron el esfuerzo. El vencedor se llama ahora Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz; los prisioneros tienen esta vez nombres árabes y en su llanto invocan a Alá.

La impresión producida en Granada es extraordinaria. Alhama estaba bien provista de murallas y bastimentos y sólo a ocho leguas de la capital. El romance explica, sencilla e ingenuamente, el pesar producido en el rey árabe:

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada
desde la puerta de Elvira
hasta la de Bibarrambla.
¡Ay de mi Alhama!

Parece verse el triste y meditabundo paseo de un lado a otro de la ciudad. El pesar se convierte en ira y venganza sobre inocentes:

Cartas le fueron venidas
de que Alhama era tomada,
las cartas echó en el fuego
y al mensajero matara.
¡Ay de mi Alhama!

El rey no puede contener el dolor que se le derrama por los ojos en forma de lágrimas. Manda tocar a llamada y reúne a los vecinos:

Habéis de saber amigos
una nueva desdichada
que cristianos de braveza
ya nos han tomado Alhama.
¡Ay de mi Alhama!

Ante la noticia sobreviene la reprobación de un anciano venerable. Porque el mismo rey había enturbiado la necesaria unidad entre las fuerzas combatientes. Por su amor con Isabel de Solís, cautiva cristiana llamada «Zoraya», se había enemistado sangrientamente con gran

número de nobles granadinos que defendían el partido de su esposa legítima, Aixa, madre de Boabdil el Chico:

¡Bien se te emplea, buen rey!,
¡buen rey, bien se te empleara!
mataste los Abencerrajes
que eran la flor de Granada.

Sólo la unidad salva. Cuando ésta no existe...

...Por eso mereces rey
una pena muy sonada,
que se pierda ese tu reino
y así se pierda Granada.

Llega la guerra, una guerra que es todavía medieval, con algaras en territorio enemigo, predominio de la caballería y sitio de las plazas fuertes. Brillan por sus hechos Hernando del Pulgar el de las Hazañas, el marqués de Cádiz, el maestre de Calatrava. El verdadero gobernante del país granadino era el tío de Abdala (Boabdil el Chico), llamado el Zagal, quien mantenía al país en vigilancia contra las agresiones cristianas. Así, pertrechó fuertemente a Baza para que fuera capaz de sostener un largo sitio. Un romance explica el asedio y las argucias moras para lograr se levantase:

Sobre Baza estaba el Rey
lunes después de yantar;
miraba las ricas tiendas
que estaban en el real;
miraba las huestes grandes
y miraba el arrabal,
miraba el adarve fuerte
que tenía la ciudad,
miraba las torres espesas
que no las puede contar.
Un moro tras una almena
comenzóle de fablar:
Vete el rey don Fernando,

non queráis aquí invernar
que los fríos desta tierra
no los podréis comportar;
pan tenemos por diez años,
mil vacas para salar
veinte mil moros hay dentro
todos de armas tomar.
Ochocientos de a caballo
para el escaramuzar;
siete caudillos tenemos
tan buenos como Roldán
y juramento tienen hecho
antes morir que se dar.

No les valió tal riqueza en hombres y provisiones. La villa se rindió tres meses después. En diciembre de 1489.

Después de la toma de Málaga y Baza, caen Almería y Guádix, que entregó el Zagal con su persona y tropas. Entonces parece que Boabdil se acuerda del nombre que lleva y quiera acabar con el invasor de sus territorios en atrevidas contraofensivas. Pero también los Reyes lanzan toda su fe combativa y sus mejores soldados a la conquista del pequeño lugar que todavía ostenta el estandarte de la media Luna en la Península. Uno a uno van tomándose los pueblos, uno a uno los riscos y los peñascales. Juan del Encina explica esta fase de la conquista poniéndose en el lugar del rey moro, amedrentado ante tanta pujanza:

Una sañosa porfía
sin ventura va pujando,
ya nunca tuve alegría
ya mi mal se va ordenando
ya fortuna disponía
quitar mi próspero mando
que el bravo león de España
mal me viene amenazando

Importancia de la artillera:

Su espantosa artilleria
los adarves derribando
mis villas y mis castillos
mis ciudades va ganando.
La tierra y el mar gemían
que viene señoreando
sus pendones y estandartes
y banderas levantando.

Los jinetes constituyen la fuerza principal:

La muy gran caballería,
héla viene relumbrando,
sus huestes y peonaje
al aire viene turbando.
Córreme la morería
los campos viene talando,
mis compañas y caudillos
viene venciendo y matando.
Las mezquitas de Mahoma
en iglesias consagrando;
las moras lleva cautivas
con alaridos llorando.
¡Viva'l rey don Fernando!
¡viva la muy gran leona!
Alta Reina prosperando...
Una generosa Virgen
esfuerzo les viene dando
un famoso caballero
delante viene volando
con una cruz colorada
y una espada relumbrando
de un rico manto vestido
toda la gente guiando.

El apoyo que por parte de las altas potencias celestiales creían merecer los Reyes en su empresa, les da fuerza y

ánimos para seguir la dura y empeñada guerra. Y he aquí que, por fin, en 1492, están ya sobre Granada, última conquista a hacer, islote mahometano en una península católica. Estaba tan cerca el fruto de la Reconquista, que ni el revés del incendio del campamento pudo hacer retroceder a Fernando e Isabel. Se mudó la tela en piedra, al campamento sucedió la ciudad y Santa Fe nació como un símbolo de persistencia y confianza en el esfuerzo último. Hasta que la ciudad sitiada, en el día dos de enero, mandó a su rey y señor hasta entonces, Abdalá, a entregar las llaves. Se las dió a don Fernando, y éste a doña Isabel. De su mano las recibió el príncipe don Juan y se las ofreció al nuevo Alcaide de la plaza, conde de Tendilla. La emoción de la entrega es plasmada por Sepúlveda :

En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan
unos llaman a Mafomat
otros a la Trinidad.
Por un cabo entraban cruces
de otro sale el Alcorán
donde antes veían cuernos
campanas se oyen sonar.

Interesa el contraste porque, con la artillería, llevaba el ejército las campanas que desde las antiguas mezquitas dijesen al país vecino que había una nueva ciudad cristiana. Eran odiadas por los moros, que las llamaban cencerros traídos por los cristianos «sin vacas donde colgarlos».

El "Te Deum laudamus" se oye
en lugar del Alah Alah.
No se ven por altas torres
ya las lunas levantar,
mas las armas de Castilla
y de Aragón ven campear.
Entra un rey ledo en Granada,

el otro llorando va,
mesada su barba blanca
grandes alaridos da.

Es difícil comprender hoy la euforia de que toda España se vió inundada al acabar la última etapa — diez años — de la guerra granadina. Por fin terminaba la pesadilla de la Reconquista. Algo muy hondo que era el recuerdo atávico de los casi ocho siglos transcurridos desde Pelayo, les brotaba en la sangre y en el verbo. No es raro que Juan del Encina compusiese el villancico famoso que había de correr por todo el pueblo de boca en boca, villancico de pastores que dice:

Levanta, Pascual, levanta
aballemos a Granada
que se suena que es tomada.

Con la alegría habrá feria y posible negocio:

...Oh que Reyes tan benditos
vámonos, vámonos yendo,
que ya te voy percreyendo,
según oyo grandes gritos.
Llevemos estos cabritos,
porque habrá venta chapada,
que se suena ques tomada.

¿Cómo sucedió tal triunfo? El pastor lo explica ingenuamente y su descripción tiene más de creencia en milagro que en estrategia:

Yo te diré cómo fué
que nuestra Reina y el Rey
Luceros de nuestra ley,
partieron de Santa Fe,
y partieron, socas, que
dicen que esta madrugada,
que se suena que es tomada.
Qué consuelo y qué conorte...

ver por torres y garitas
alzar las cruces benditas
¡oh qué placer y deporte!
y entraba toda la corte
a milagro ataviada!

El triunfo se debe, claro está, a la fortaleza y grandeza moral de los príncipes, pero especialmente a la ayuda de Dios nuestro Señor. Él es quien logra el triunfo :

Por vencer con tal vitoria
los Reyes nuestros señores,
demos gracias y loores
al eterno Rey de gloria
que jamás quedó memoria
de Reyes tan acabada:
que se suena ques tomada.

Como recalca el mismo poeta en otra poesía dirigida al desdichado Boabdil incitándole a buscar su riqueza eterna, ya que ha perdido definitivamente la de este mundo :

¿Qu'es de ti desconsolado?
¿Qu'es de ti Rey de Granada?
¿Qu'es de tu tierra y tus moros?
¿Dónde tienes tu morada?
Reniega ya de Mahoma
y de su secta malvada,
que vivir en tal locura
es una burla burlada.
Torna, tórnate buen Rey,
a nuestra ley consagrada,
porque si perdiste el reino
tengas el alma cobrada.
De tales Reyes vencido
honra debe serte dada.
¡Oh Granada enoblecida
por todo el mundo nombrada!
¡Hasta aquí fuiste cativa
y agora ya libertada!

Encina separa curiosamente la dualidad del esfuerzo del rey y la reina. Aquella polémica que a principio del reinado se estableció sobre quién gobernaría, queda solventada por el poeta :

Perdióte el Rey don Rodrigo
por su dicha desdichada,
ganóte el rey don Fernando
con ventura prosperada.
La reina doña Isabel
la más temida y amada
ella con oraciones
y él con mucha gente armada.

Por fin, la reiteración en el apoyo que al Cielo se debe. «Dios lo quiere», como en las Cruzadas.

Según Dios hace sus hechos
la defensa era excusada,
que donde él pone la mano
lo imposible es quasi nada.

Recuérdense aquellas coplas que, veinte años atrás, se lamentaban del olvido en que la Divina Providencia tenía a España y se verá más notable la diferencia. Los hombres que están alrededor de Fernando e Isabel tienen ahora una confianza extraordinaria en sus propias fuerzas. Nada habrá que pueda hacerles retroceder, contando con el apoyo de Dios y con tan buenos gobernantes. El optimismo que informa ahora la poesía española es buena prueba de ello.

Pero ya hemos dicho que en este año 1492 de fausta memoria hay otros dos hechos extraordinarios. Uno es la expulsión de los judíos ; el otro el descubrimiento de América o de las Indias. Ya hemos citado los precedentes del primero. El pueblo semita forma una agrupación al margen de la cristiandad y la reconquista no sólo se ha hecho por patriotismo sino para evitar que la verdadera y única religión para los españoles del siglo XV pierda su pureza

por la contaminación con judíos o musulmanes. Por eso, los Reyes, después de consolidada la unidad política con la toma de Granada, creen llegada la hora de acabar la unidad religiosa. Con ello no hacen más que servir a la enemiga del pueblo por los circuncisos, una enemiga que, cuando trágica, se refleja en las matanzas, y cuando humorística, en las mil pullas que a los conversos y judíos declarados echaban :

Lloviendo y haciendo frío
son las gracias del judío,
lloviendo y haciendo sol
son las gracias del Señor.

El 11 de marzo se firmaba la expulsión de los judíos públicos. Les quedaban dos soluciones : bautizarse o salir en el plazo de tres meses de los reinos de Castilla y Aragón. Invocaron los semitas a sus profetas y a los nobles sus amigos. Intentaron ganar con promesas económicas el ánimo de los Reyes. Fué inútil. Valía más para Isabel y Fernando, sobre todo para la primera, la salvación eterna, que la presencia de Israel ponía en peligro. Así fué como se mantuvo la orden. Como no podían llevarse el oro ni la plata, los judíos vendían sus propiedades y preparaban a toda prisa sus bártulos. Corrió de norte a sur y de este a oeste la canción de mofa :

Ea, judíos, a enfardelar
que mandan los reyes
que paséis la mar.

Descubrimiento de América

Un genovés al servicio de España cree hallar un camino para las Indias Orientales y topa con un fabuloso continente. La historia del descubrimiento es de por sí tan grandiosa que rechaza todo panegírico por innecesario. Veamos a Castellanos glosar, años después, la hazaña en sus «Elegías de los Claros Varones de Indias».

Gloriosa providencialidad de la empresa :

Pues porque nuestro mundo poseyese
un mundo tan remoto y escondido
y el Sumo Hacedor se conociese
en mundo donde fué bien conocido
levantó Dios un hombre; que le diese
al rey que lo tenía merecido,
y ansí los dos y sus distantes gentes
vinieron a ser deudos y parientes.

Sobre el mítico Cristóbal Colón...

El autor pues de tan heroico hecho
dicen tener oscuros nacimiento
lo cual repugna a tan ardiente pecho
y tan engrandecidos pensamientos,
prueba bastante para su derecho
y para deshacer falsos intentos
y así creemos ser esclarecido
y en las tierras de Génova nacido.

Primeros pasos:

En aquesta razón que voy contando
desarraigando toda mala planta
reinaba Isabel y don Fernando
rey todo valeroso, reina santa;
Colón estos designios publicando,
la fama como suele se levanta,
y de las novedades que pregona
quiso hablar al rey en su persona.

Habla el navegante:

"Invictísimo rey, cuya grandeza
de ningún mortal es excedida,
quería dar razón a Vuestra Alteza
de cierta novedad jamás oída;
...y mis servicios han de ser tan llenos
que queden atrasados los más buenos."

Esfuerzo real en su ayuda:

Libran dineros para sus avíos,
aquellos que le fueron suficientes;
dánle, bien pertrechados, tres navíos,
real conducta para hacer gentes;
desde la misma hora mostró bríos
de bajas condiciones diferentes
de la costa partió con su desino (designio)
y a Palos y a Moguer hizo camino.

La llegada:

Habiendo pues rompido la mañana
aquel velo que nuestra vista cierra,
el grumete Rodrigo de Triana
a grandes voces dice ¡tierra! ¡tierra!;
oyeron esto de tan buena gana
que toda pesadumbre se destierra
sale para mirar toda la gente
y conocieron serlo claramente

Relación del viaje; asombro y satisfacción de Isabel:

Holgó la reina mucho de la cuenta
que daba y de las cosas que decía;
mas sin comparación fué más contenta
viendo la nunca vista compañía,
y mucho más de ver que le presenta
aquellos granos de oro que traía
y aquellas aves verdes coloradas,
de hombres jamás vistas ni halladas.

Se solicita del Papa la protección moral y material:

Luego consulta la romana sede
mediante petición en todo pía,
para que les conceda como puede
el mando desta nueva monarquía;
la cual el Padre Santo le concede

y sus bastantes letras les venía;
y el que les concedió las bulas desto
fué Alejandro, deste nombre sexto.

Tratos con el descubridor :

Teniendo pues la rueda con el clavo,
con el Colón hicieron el concierto,
que fué si le durara harto bravo
o con salud o ya después de muerto
pues de sus rentas daba el dozavo
de lo que por descubrir y descubierto
y mandar que se parta bravamente
con copias de navío y con gente.

La solicitud por el hallazgo hace embarcar a predicadores que propaguen la fe de Cristo en las lejanas tierras :

Enviaron también estos señores
como reyes en todo proveídos,
bastante copia de predicadores
en costumbres y letras escogidos,
porque de tan buenos precetores
fuesen los naturales instruídos,
de quien por provisor vino conscrito
fray Buïl, catalán, fraile benito.
Demás de catalanes y soldados
instrutos con el uso de las guerras,
envían hombres llanos y casados
para labor y culto de las tierras
y muchas diferencias de ganados
que huellen así llanos como sierras
y a vuelta de los hombres principales
mecánicos y diestros oficiales.

Colonización :

Porque la majestad sacra quería
también entre banderas y estandartes,
entrejerir razón y policía

divina religión y buenas artes
y toda lo que el mundo producía
sembrar y trasplantar en estas partes;
dar a los naturales beneficio
de provechosas artes y de oficios.

Quisieran estos reyes singulares
en aquestos sus amplios señoríos,
que hasta las savanas y manglares
y todas las riberas de los ríos
se les tornaran viñas y olivares
y no campos inmensos tan vacíos
sino hacer las tierras provechosas
y en ellas jamás ver gentes ociosas.

Así fué y así se hizo.

La devolución del Rosellón

Lo mejor de la política de los Reyes Católicos fué siempre la oportunidad con que llevaron a cabo sus empresas. Nunca se dejaron apasionar por una ocasión, a primera vista fácil, teniendo otra empresa entre manos. Una a una y todo a su tiempo, fueron cumpliendo la misión que se habían encomendado.

Así, después de la guerra granadina y de la expulsión de los judíos, hubo que volver la mirada a Francia. Como buen aragonés, Fernando tenía agravios que enmendar de la vecina nación. Ésta había sido durante la edad media la aliada natural de Castilla y la rival de Aragón por aquello de ser amigo del enemigo de tu vecino. Pero desde la unión de ambas coronas, no había más que un problema para España, e Isabel acompañó a Fernando a Cataluña. El viaje pretendía obtener la devolución del Rosellón ocupado por los franceses desde el tiempo en que Luis XI había prestado una fuerte suma — 300.000 ducados — a Juan II para gastos de guerra, quedándose como prenda el susodicho territorio.

El pleito sobre el papel parecía difícil y coincidiendo con la ida de los Reyes a Cataluña, se rumoreó la posibilidad de una guerra. Juan del Encina pone en boca del gracioso en la «Egloga del Carnaval», ese temor :

Desde que primeramente
una nueva se sonó,
y tal nueva discutir
es morir,
yo siempre llanteo y clamo;
que se suena que nuestramo
se quiere a las Francias ir.

Pero después el personaje se arrepiente de su miedo y encomienda a Dios sus deseos :

Si guerras forzadas son
Él nos dé tanta ganancia
que a la Flor de Lis de Francia
le venza nuestro león.

Contra todo pronóstico, sin embargo, Carlos VIII se mostró complaciente y devolvió las fortalezas ocupadas hasta entonces, no queriendo aceptar tampoco el pago de la deuda hecha por su padre. Los historiadores suspicaces ponen en duda que tal generosidad fuera sin miras ocultas y señalan el amor que por los estados napolitanos tenía el rey francés. En efecto, hombre medieval de temperamento apasionado, Carlos quería ir a Jerusalén y a Bizancio. Como jalón obligado en su ruta estaba el reino de Nápoles y a él había de encaminar sus esfuerzos.

Efectivamente, en 1494, empezó su campaña. Allí el Papa, que había prometido resistirle, pactó con él, entregándole sus estados. En el mismo lugar alcanzó al rey francés el embajador de los Reyes Católicos, Antonio de Fonseca, advirtiendo que su monarca consideraría *casus belli* la prolongación de la marcha a través de territorio italiano. Carlos se negó a detenerse y Fonseca rompió en la cara del rey el tratado de paz concertado tras la devolu-

ción del Rosellón. La guerra estaba declarada y por el objetivo napolitano a donde se dirigía Carlos y donde se proclamó rey no era sino una prolongación de la pugna entre los Anjou y Alfonso V. Fernando II, biznieto de este monarca, era ahora el rey sin corona a quien fué a ayudar la figura insigne del Gran Capitán. Se trataba pues de una empresa aragonesa, porque procedía del amor al Mediterráneo de la Corona de Aragón, pero fué apoyada por Isabel con la misma gallardía y entusiasmo con que Fernando había favorecido la acción castellana de terminar con la Reconquista.

La campaña de Gonzalo de Córdoba en Italia ha sido de las más famosas del mundo. Supo manejar la artillería, incipiente entonces, con gran seguridad y a las masas de caballería francesa opuso la fortificación inanimada de fosos y estacadas y la movible de sus compañías de arcabuceros. Desde sus primeras acciones en Calabria obtuvo el título universalmente conocido de Gran Capitán. Cuando se firmó la primera paz entre Francia y España, tras la muerte de Carlos VIII y en 1498, su renombre había llegado ya a todos los españoles.

Muerte del príncipe don Juan

Un sólo acontecimiento doloroso vino a turbar la prosperidad española del tiempo, una dura adversidad porque dejaba en el aire el futuro de una España que hasta entonces parecía bien afirmada. Y fué el fallecimiento del hijo único y heredero del trono, el príncipe don Juan. Había casado hacía poco con Margarita de Borgoña, hija de Maximiliano de Austria. (Con ello, como con la boda de Juana con Felipe el Hermoso, hijo del mismo padre, y de Catalina con Arturo, príncipe de Inglaterra, se formaba el dogal a la vecina y enemiga Francia.)

Pero quiso Dios que el heredero muriera. En él veían todos perpetuarse el buen reinado de sus padres Isabel y Fernando y su desaparición trajo el llanto y el pesar a

la corte española, que, por vez primera, utilizó el negro como luto cortesano. Dan idea del pesar que a todos los súbditos dió esa muerte, los versos de Juan del Encina, donde la lamentación no es ya fuerte, sino rabiosa, desesperada. No hay cómo consolarse de la defunción del príncipe, porque...

A tal pérdida tan triste
buscarle consolación
claro está ques traición.

La viuda Margarita de Borgoña volvió contristada a sus gobiernos de Flandes. Y al llegar acompañó a la pila bautismal a quien había de reinar un día en lugar del hijo que ella hubiese podido tener con el príncipe Juan: A Carlos de Gante, que un día se llamaría emperador de occidente.

Guerras en Italia

Segunda campaña. A Carlos había sucedido Luis XII. Tenía más inteligencia que su padre y las mismas ambiciones italianas. Las fuerzas francesas y españolas llegaron a Nápoles con la consigna de repartirse el reino del que se había despojado a Fadrique, pero muy pronto llegaron a las manos. El Gran Capitán vence a los galos en Barletta, Seminara y Ceriñola.

Mientras, la guerra se había extendido hasta el Rosellón. El mariscal de Rieux sitió a Salsas y allí estuvo hasta que se aproximó el propio Fernando que llegaba de Gerona. Rieux abandonó el campo, pero el rey atacó su retaguardia y le tomó algunas piezas de artillería, obligándole a refugiarse en Narbona. La musa de Tordesillas glosó festivamente la retirada:

Franceses, ¿por qué razón
huísteis del Rosellón?
Franceses de la grangera,

decidme ¿de qué manera
huísteis de la frontera
con gran miedo del león?
Los franceses de París
devotos de san Dionís
dejaron la flor de lis
metida en un botijón

y les achaca el amor al buen vino:

ellos son nobles gentiles
mas los nobles y habiles
si les fallan los barriles
les fallesce el corazón.

De Italia llegan las mejores noticias. Gonzalo de Córdoba atacó por el río Garellano, a cuya espalda estaba el ejército francés. Lo pasó, y acosó al enemigo a pesar de la enérgica defensa del legendario Bayardo, caballero sin miedo y sin tacha, que aquel día perdió tres caballos. Tras la famosa victoria se rindió la plaza de Gaeta, importante y muy fortificada. La alegría española al saber la noticia se refleja en la poesía anónima que sigue y que empieza con un elogio a los reyes:

Los poderosos leones
reyes de muy gran estado
descuiden de su cuidado,
descansen sus corazones;
passadas son sus pasiones,
y de bien en bien irán
que todo lo ganarán.
Pues es ganada Gaeta
por el gran duque Gonzalo
la Francia dió tal resbalo
que se le quebró la teta.

La «teta», haciendo un juego de palabras franco-español, de «tête», cabeza, y teta.

No beberán con galleta,
de Nápoles botarán
a Francia a beber de ahutan.

Toma de nuevo el poeta un modismo francés «de ahutan» es «d'autant», beber tantas veces como se brinda. Luego cita a los generales galos; primero, al señor de la Tremouille...

Mosseur *de la* Tramulla,
condes, duques y marqueses,
han dejado sus arneses
para volar como grullas;
hánles dado en las cogullas
que nunca más volverán
a beber en San Germán.

Esta de Garellano fué la victoria definitiva de la guerra. El 11 de febrero de 1504, se firmaba la paz que daba al reino español la corona de Nápoles. Entonces surgió la canción que ironizaba sobre todo el esfuerzo francés en la guerra. Finge Joannes Ponce preguntar al país vecino qué sucedió, y éste contesta cada vez como encogiéndose de hombros: *Par mon âme, je ne sais,* frase que el poeta transcribe como la oye: «Par mon arme ye ne se».

Francia cuenta tu ganancia
par mon arme ye ne se
pues yo te lo contaré.

...recuerda primero el desastre de Carlos VIII:

El rey Charles cabezudo
que en las Italias pasó
nuestra España le quebró
su poder, fuerzas y escudo.
Diga la Francia ¿qué pudo?
par mon arme ye ne se
pues yo te lo contaré.

Tras referirse a la retirada de Salsas, pasa al triunfo francés de Ravena, donde, sin embargo, se retiró la infantería española en buen orden y fué muerto el joven jefe Gastón de Foix :

En aquella de Ravena
do tanta sangre se vido,
tú te llevaste el sonido,
nosotros la dicha buena,
¿cómo no te quedó almena?
Par mon arme ye ne se.

Luego glosa el ataque hecho a Navarra por los franceses. Eliminado el gobierno de Juan de Albrit, Navarra se incorporaba a España.

Vinisteis a remediar
a Navarra con Pamplona,
corridos como una mona
os fuistes sin esperar;
¿si es huir o retirar?
Par mon arme ye ne se...

y, tras la alusión a Turín, termina :

Mira Francia la victoria
de nuestro humilde león
su intención, su corazón
gobierna el rey de la gloria,
¿Que es de ti y de tu memoria?
Par mon arme ye ne se.
Pues yo te lo contaré.

Pero estas son ya campañas tardías que ha emprendido el rey Fernando solo. Porque desde 1504, no hay más que un rey de España. El 26 de noviembre de este año murió la reina Isabel, tan querida por los españoles. Juan del Encina, que tanto la celebrara en vida, pone en cuatro versos la muestra del sentimiento general :

Triste España sin ventura
todos te deben llorar
despoblada de alegría
para nunca en ti tornar.

Pues los tristes sucesos impresionan no sólo por lo que representan en sí, sino por sus consecuencias. Así ocurrió con la muerte del príncipe Juan, que abría un pavoroso interrogante de sucesión. Así sucedió cuando cayó a su vez Isabel de Castilla. La sabia política matrimonial de los Reyes había conseguido que Manuel de Portugal, casado con su hija Isabel, fuese su heredero a la muerte de Juan. El hijo de ambos, Miguel, debía heredar a España y a Portugal, pero murió también y, necesariamente, la corona recayó en la princesa Juana, luego «la loca» y en su esposo Felipe el Hermoso. De Fernando se recordó su procedencia no castellana y se le apartó un tanto de la política de este reino, y sólo Cisneros salvó la situación ; manteniendo en una mano las diversas partes de una monarquía que ya parecía resquebrajarse, logró hacerla llegar incólume a poder del joven príncipe Carlos de Austria.

CAPÍTULO V

EL EMPERADOR CARLOS

Tras el breve reinado de Felipe el Hermoso, tras la segunda regencia de Fernando el Católico, llega al solio real de España un príncipe extranjero. Se llama Carlos y es hijo de Juana la Loca y el susodicho Felipe y nieto de Maximiliano de Austria, por un lado; de los Reyes Católicos, por el otro. Por ambas fuentes debía recibir herencias tales, que, el hombre que llegaba al trono por una serie de circunstancias coincidentes como la muerte del príncipe Juan y del príncipe Miguel, iba a reunir en su persona el máximo poder del mundo en aquella época.

Agitábase el reino español tras la muerte de Isabel, gestora de la unidad. Los antiguos reinos exigían sus privilegios y los nobles volvían a levantar la cabeza tantos años dominada, porque olían acontecimientos difusos en los que apoyar primacías nuevas. Apenas bastó la integridad del Cardenal Francisco Ximenez de Cisneros para hacer llegar sin menoscabo a manos del príncipe Carlos la unidad de la monarquía española contra enemigos de dentro y de fuera. Una vez cumplida su misión, como el corredor de relevos a quien le basta entregar su testigo para retirarse del campo, Cisneros falleció en Roa.

Hemos dicho que Carlos venía de Flandes. Con él trajo a una serie de caballeros de aquel país con quienes se entendía, material y moralmente, porque no sólo no hablaba español, sino que ni siquiera pensaba como se piensa en España. Entre sus compañeros repartió los más pingües cargos y beneficios y la codicia de los extranjeros los hizo pronto odiosos al pueblo castellano. De uno de ellos, Guillermo de Croy, señor de Xévres, se decía que retiraba de la circulación las monedas de oro que podía y la ironía hizo popular aquel dicho del que saludaba, con asombrada cortesía, un ducado de a dos exclamando :

Guardeos Dios,
ducado de a dos,
que monsieur *de* Xévres
no topó con vos.

El rey fué reconocido a duras penas por los congregados en las Cortes de Valladolid, en Zaragoza y Barcelona ; los castellanos se resistieron más porque consideraban propietaria del reino a doña Juana, que todavía vivía, y sólo el convencimiento de que había perdido sus facultades mentales, les impedía aclamarla como reina única en lugar de don Carlos. Más lejos tenía que llegar todavía la enemiga de los españoles ante un rey ajeno a nuestras costumbres.

El año 1519 murió el emperador Maximiliano de Austria. Por razón de descendencia correspondía en la elección imperial el solio a Carlos, pero a esta natural pretensión se oponía la resistencia de Francia a que el rey de España fuese al mismo tiempo emperador de Alemania, porque representaba hacer carne la idea de los Reyes Católicos de encerrar a Francia por el sur y este en un lazo de hierro. Por otro lado, sus mismos súbditos españoles no parecían muy orgullosos de votar los subsidios necesarios para una elección que sólo serviría para alejar al joven monarca de sus estados y llevarle a otros climas donde gastar nuestro dinero. Se votaron a regañadientes los créditos,

pero, con la ausencia del monarca, surgió la revuelta de las Comunidades.

Fué la última manifestación rebelde de la nobleza medieval. Las figuras de Padilla, Bravo, Maldonado y el Obispo Acuña son la representación de este movimiento en el que las ciudades hacían valer sus derechos antiguos, ganados en las luchas contra los moros, contra el Estado moderno personificado en el rey. Pero a las mesnadas de las ciudades opusieron los realistas la fuerte caballería de la nobleza adicta, que era mucha y numerosa. En Villalar se firmó la derrota de la sublevación en lo militar; en lo político, Carlos, avisado de lo que se jugaba en la empresa, había dado cargos de importancia a castellanos, con lo que el orgullo nacional se sintió tranquilizado.

Contribuyó además a aplacar los ánimos la noticia de la elección imperial de Carlos I, que ya era ahora Carlos V de Alemania. Porque el mismo patriotismo que consideró odiosa una empresa que le alejaba de nosotros, se sintió luego curiosamente halagado al saber que el rey era el más importante príncipe de la cristiandad por su corona del Sacro Romano Imperio Germánico y heredero del gran Carlomagno. Placía mucho a nuestros antepasados el famoso título. Gatinara le escribía tras la elección: «Sire, ya que Dios os ha dado esta merced gigantesca, colocándoos sobre todos los reyes y príncipes de la cristiandad... estáis en camino de la monarquía mundial para reunir a la cristiandad bajo un solo pastor». Que es exactamente lo que dice Hernando de Acuña en el verso famoso:

Ya se acerca, Señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo,
una grey y un pastor solo en el suelo
por suerte a vuestros tiempos reservada.

Como en los tiempos de los Reyes Católicos, late en la voz de poeta admiración sin límites hacia el monarca casi una adoración religiosa:

Ya tan alto principio, en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo anhelo,
y anuncia al mundo para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada.

Todo el mundo en una sola y poderosa mano, una mano que se apoya en Castilla y Aragón:

Ya el orbe de la tierra siente en parte,
y espera en todo vuestra monarquía
conquistada por Vos en justa guerra,

Sentido de la divinidad presidiendo los actos reales:

Que a quien ha dado Cristo su estandarte
dará el segundo más dichoso día
en que vencido el mar, venza la tierra.

Ya han empezado los españoles a sentirse solidarios de una empresa extraordinaria, la de apoyar el catolicismo y el Imperio como si fuesen ambas necesidades españolas. Hasta ahora, la máxima ambición ha sido ganar el propio terreno, restablecer la milenaria religión católica en la península. Logrado este empeño, se extendía el mundo ante los ojos españoles, un mundo al que su rey tenía perfecto derecho por la diadema imperial que ceñía su frente. Había empezado el Renacimiento y los nombres de los héroes de la humanidad, César, Alejandro, Hércules, eran familiares. El mismo Hernando de Acuña en otro soneto se goza en el apelativo clásico:

Invictísimo César, cuyo nombre
el del antiguo Carlo ha renovado,
al sonido del cual tiemble y se asombre
la tierra, el mar y todo lo creado.

Espera el poeta que sostendrá vigorosamente la religión:

en quien Roma, su imperio y gran renombre,
conoce más que nunca sublimado,
y del dichoso siglo que os alcanza,

pone primera y última esperanza.
Ved pues, Señor, en cuya fortaleza
el nombre se sustenta y ser cristiano
y en el supremo grado de grandeza
tenéis siempre delante al ser humano.
si del don bajo suple la bajeza
un puro corazón sincero y sano,
de él aceptad esta señal presente
como César humano, humanamente.

Porque siempre al símbolo cristiano de defensa de la religión asociarán los españoles renacentistas el sonoro renombre de fuerza imperial que es «César». Cuando Carlos antepuso el título de Emperador al de Rey de España en sus cartas oficiales, lo explica «porque este título siempre ha precedido a todas las dignidades reales y es la mayor que Dios instituyó sobre la tierra, sin que esta precedencia signifique mengua de los reinos españoles». Así lo entendieron los tratadistas de su esfuerzo y le llaman siempre con ese nombre, desde los poetas que hemos visto y veremos, hasta los prosistas como Fray Antonio de Guevara y Alfonso de Valdés.

Los peligros del reinado

Un monarca admirado por su suerte suele ser también un rey envidiado y odiado. Carlos V que tenía por herencia fastuosísima el reino de Castilla y posesiones americanas, recién descubiertas, por parte de su abuela doña Isabel; la corona de Aragón y reino de Italia con Cerdeña, por su abuelo materno don Fernando; los Estados de Flandes y Borgoña, por su abuela paterna doña María, hija de Carlos el Temerario, y los dominios de los Habsburgos, por su abuelo paterno Maximiliano de Austria, tuvo que luchar también por defenderla. Fueron a lo largo de su vida sus enemigos más importantes, los franceses, los protestantes y los turcos. Con los franceses luchó, por decirlo así, desde antes de nacer. Porque la sagaz política de los Reyes Católicos ocasionó el bloqueo de la Galia por

fuerzas españolas, y ello no podía ser del agrado del rey Francisco. Por otra parte, estaba la manzana de discordia de Italia, hacia la que se sentía atraído el francés por el sentido atávico que impulsó hacia ella a Carlos VIII y a Luis XII. En Italia se desarrolló la mayor parte de las batallas en las cuatro guerras mantenidas por los dos monarcas, guerra que, por parte nuestra, se exalta con el nombre de la batalla de Pavía, en la que quedó prisionero Francisco.

Está luego la lucha contra los turcos. Este pueblo oriental que había abrazado la religión musulmana, ha visto sus banderas ondear triunfantes en Constantinopla en 1453, años antes que sus hermanos de religión fuesen sojuzgados en Granada. Lo que perdía Mahoma en un lado de Europa, lo ganaba por otro, y, desde el comienzo de su reinado, Carlos tuvo que mantenerse alerta contra su peligro que, no sólo se hacía sentir por tierra llegando hasta las cercanías de Viena, sino que por mar y aliado a los piratas de Argel, ponía en alarma la costa española e italiana haciendo presa en los barcos mercantes y vendiendo como esclavos a sus tripulantes. Contra una de sus guaridas, Túnez, llevó sus armas el emperador y el triunfo está plásticamente grabado en los tapices que lo recuerdan. Poéticamente, Garcilaso de la Vega, actor y cronista del hecho, lo explica en un soneto dirigido a Boscán:

Boscán, las armas y el furor de Marte
que, con su propia sangre el africano
suelo regando, hacen que el Romano
Imperio reverdezca en esta parte...

siempre el recuerdo de lo antiguo. Carlos es Julio y España la nueva Roma enemiga de los bárbaros mahometanos,

han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
Africa se aterró de parte a parte.

Aquí donde el romano entendimiento,
donde el fuego y la Italia silenciosa
sólo el nombre dejaron a Cartago,
vuelve y revuelve amor mi pensamiento
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.

En Túnez fué vencedor, y en Argel derrotado, pero Carlos no cesó nunca en su lucha contra el enemigo de la religión, mientras Francisco, su enemigo, agraciado con el título de rey cristianísimo, no vacilaba en aliarse con la Sublime Puerta.

Otro gran peligro en que también lo religioso se unía a lo político, fué la reforma protestante. Para Pedro de Palma, natural de Écija, tan enemigo de la fe es el del norte como el del sur, el que sigue a Lutero y el que cree en Mahoma:

Todas setas de Mahoma
moros y los luteranos
temed a Carlos que os doma,
que os vale más ser cristianos.
Dejad ya las herejías
malas setas y otros modos,
no sigáis por estas vías
cata vos perderéis todos;
toma vuestra ley de Roma,
no viváis ciegos y vanos
temed a Carlos que os doma,
que os vale más ser cristianos.

Tras de las doctrinas cismáticas de Lutero, se levantó la algarabía de los príncipes alemanes, que aprovechaban la división para volver a ser dueños de unos estados que un gobierno fuerte y unitario ponía en peligro. Salieron a campaña tras de muchas cartas y polémicas religiosas los dos bandos contendientes. Junto al Elba y cerca del pueblecillo de Mühlberg, se encontraron ambas fuerzas, las que conducía el emperador y Fernando de Toledo, duque

de Alba, y las que llevaba el Elector de Sajonia. Duró la batalla desde las once de la mañana a las siete de la tarde, y Carlos V, cubierto de su armadura, estuvo en todos los lugares de la pelea. En tal actitud de combate lo retrató el Ticiano en el cuadro famoso. Por su parte, Fernando de Herrera explica:

Do el suelo hórrido el Albis frío baña
al Sajón, que oprimió con nuestra gente
y rebosó espumoso su corriente
con la esparcida sangre de Alemaña

Recuerda el poeta con ello las apetencias protestantes y la intranquilidad que llevaban a todo el país con sus luchas. Pero interviene Carlos:

el celo del excelso rey de España,
el seguro consejo y pecho ardiente,
inclina el duro orgullo de su frente,
medroso y su pujanza a tal hazaña.

El rebelde al emperador, cae dominado por el esfuerzo de éste:

La desleal cerviz cayó, que pudo
sus ondas con semblante sobra fiero
y sus bosques romper con osadía.

Interviene el elemento mítico...

Marte vió y dijo y sacudió el escudo.
¡Oh gran Emperador, gran caballero,
cuánto debo a tu esfuerzo en este día!

Labor tenaz, unas veces compensada con el triunfo y otras con la amargura de la derrota, el emperador Carlos estuvo siempre en las mil brechas abiertas en el edificio del imperio y de la religión. Sin embargo, en esta empresa no le faltó nunca el cariño de sus súbditos españoles. Aquel monarca que había llegado tan ajeno a las costumbres de un pueblo que iba a gobernar, acabó compenetra-

do con él, y los españoles que le acogieron con recelo no disimulado, comprendieron luego que defendía como nadie los intereses materiales y, aún mejor, los religiosos, por los que el hispano se había acostumbrado a batirse siglo tras siglo. Por eso no le faltó en ningún momento su apoyo bélico, y los soldados del país se dejaron matar bajo sus órdenes, no sólo en España, sino en Italia, en Africa, en Francia y en Alemania como en el Méjico conquistado bajo su reinado. Fernando de Herrera recuerda sus eferides con el gozo de quien admira una cosa propia :

Temiendo tu valor, tu ardiente espada
sublime Carlo, el bárbaro africano
y el bravo horror del ímpetu otomano
su altiva frente humilla quebrantada.

El peor enemigo, el mahometano, marroquí o turco. Luego...

Italia en propia sangre sepultada,
el invencible, el áspero germano,
y el estado francés con fuerte mano,
al yugo la cerviz trae inclinada.

Merece agradecimiento eterno por ello. Loor al vencedor :

Alce España los arcos en memoria
y en colosos a una y otra parte,
despojos y coronas de victoria,
que ya en la tierra y más no queda parte
que no sea trofeo de tu gloria
Ni le resta más honra al fiero Marte.

Llegó a agotar al emperador tanta lucha. No era sólo la fatiga física, «mi vida ha sido un largo viaje», sino que le rendía el cansancio moral de ver tan pujantes las fuerzas enemigas de un Imperio y de una Religión que él se había obligado a sostener. Por eso, a los 55 años de edad y a los 39 de gobierno, Carlos V cree en la necesidad de la abdicación. Apoyado en el hombro de quien después

será feroz enemigo de su hijo, el príncipe de Orange, Carlos hizo historia de su esfuerzo: «He estado nueve veces en Alemania, seis en España, siete en Italia y diez en Flandes. En paz y en guerra cuatro veces en Francia, dos en Inglaterra y dos en Africa. Total cuarenta expediciones sin contar los viajes para visitar mis reinos. Ocho veces he atravesado el Mediterráneo y tres el Océano; estoy en paz con todos y a todos pido perdón si he ofendido a alguien». Esta fué la síntesis de su discurso y el de su reinado antes de trasladarse — como otra muestra de su entrañable amor a España — al monasterio de Yuste, en Extremadura. En verso lo dijo Francisco de Quevedo, años después, en la inscripción a la estatua del emperador en Aranjuez:

Las selvas hizo navegar, y el viento
al cáñamo en sus velas respetaba
cuando, cortés, su anhélito tasaba
con la necesidad del movimiento.

Glosa del ataque a los turcos que amenazaban Viena:

Dilató su victoria el vencimiento,
por las riberas que el Danubio lava;
cayó Africa ardiente; gimió esclava
la falsa religión en fin sangriento.

Como buen español de su tiempo explica, aunque no elogie, el famoso saco de Roma llevado a cabo por los imperiales de Borbón:

Vió Roma en la desorden de su gente
si no piadosa, ardiente valentía,
y de España el rumor sosegó ausente.

E hizo más, porque hizo el último y más difícil sacrificio, el sacrificio de sí mismo:

Retiró a Solimán, terror de Hungría,
y, por ser retirada más valiente,
se retiró a sí mismo el postrer día.

Mientras Europa arde así en guerra, un puñado de esforzados españoles ahonda en el descubrimiento de Cristóbal Colón : América. Poco a poco se van haciendo nuevas exploraciones y asentamientos. Se busca el oro y la plata, pero también la colonización como dictaban los Reyes Católicos a Colón en sus primeros viajes. Cualquier rumor vago de riquezas lejanas bastaba a poner en pie una expedición que se entraba por las selvas y los caminos prácticamente cegados, abriéndose paso sin dejar de defenderse contra las acechanzas del enemigo emboscado. En la aventura de el Dorado — muestra entre mil de su heroísmo — el capitán Lorenzo Martín animaba alegremente a sus compañeros contra uno de los enemigos mayores : el hambre. Tal es la copla según Castellanos :

Sus, sus, hermanos míos;
trastornemos y busquemos
algo con que reforcemos
los estómagos vacíos.
Sacad de flaquezas bríos,
aunque estáis puestos del lodo,
si no queréis que del todo
nos quedemos patifríos.
Tenemos las camisetas
flojas; y anchos los jubones,
pretinas de los calzones
encogen las agujetas.

A través de la ironía puede advertirse el tremendo problema de la expedición cuando perdía contacto con el punto de procedencia y no veía más que selva a su alrededor o tenía que subir a montañas altísimas. El hambre hacía presa en ellos cuando se negaban a retroceder porque imaginaban que pronto iban a alcanzar el pueblo ubérrimo y los yacimientos de oro y plata. Y la mayoría de las veces no había más que muerte y desolación. Expedición hubo en que salieron cuatrocientos hombres y re-

gresaron sólo noventa, vencidos más de la tierra que de los indios; los que regresaban, enflaquecidos, hambrientos, destrozada la ropa, parecían cadáveres que caminasen. En la expedición de Quesada, por ejemplo:

Al cabo de tres años de jornada
y de más de trescientos españoles
sólo sesenta y cuatro se escaparon,
que, del mal que traían en el cuerpo
después desto, murieron los más dellos
sin que bastasen curas ni regalos
para se restaurar; y de los indios,
que eran mil y quinientos sólo cuatro;
de mil y cien caballos, dieciocho:
y haría de daño la jornada
sobre doscientos mil pesos de oro.

Según cuenta Castellanos en su «Historia de Nueva Granada». Pero esto fué topando pocos enemigos y casi todo por enfermedades y de hambre. Porque si no era de temer demasiado la macana o maza del indígena, sí era peligrosa la *hierba* o veneno que se ponía en las flechas y que había matado entre otros grandes conquistadores a Juan de la Cosa y a Alonso de Ojeda. El mismo poeta explica lo que sucede:

Si ves que peleando lo más fuerte
muere, razón no pide que te asombres;
mas si morir de yerba fué la suerte
es mal que de mil males tiene nombres;
Y ansí la muerte tal es más que muerte
y los de la tal guerra más que hombres.
Pues una muy ligera picadura
basta para te dar la sepultura.

Los condenados por la infección sabían morir:

Aconteció ver uno descubierto
con las angustias el llagado pecho

y con estar el pobre casi muerto
se levantó a cubrirle de su lecho
y díjole: "Señor, tened por cierto
que vos y yo no somos de provecho;
encomendaos a Dios." Y en este punto
de los dos cada cual quedó difunto.

La serenidad llegando hasta el umbral mismo del fin. Un estoicismo necesario para soportar los males que llovían sobre ellos. Todo por creer a los indígenas que les prometían muchas y ricas poblaciones más allá de donde ellos estaban, unas veces por creerlo así sin haberlas visto nunca, otras, las más, por quitarse de encima tan molestos huéspedes: Oigamos a Castellanos de nuevo:

Hallarás extendidas poblaciones
con toda la grandeza que deseas;
oro, piedras preciosas, ricos dones,
muy lucidos ropajes y preseas;
sus ejercicios son contrataciones,
ansí ciudades como las aldeas:
es gran provincia, próspera, pujante
de sal y bastimentos abundante.

Muchas veces no bastaba con abrir caminos y guerrear y levantar empalizadas. Además de ingenieros, militares y arquitectos debían saber construir un barco para seguir los caudalosos ríos que topaban en su camino. Así hizo Gonzalo Pizarro en el Amazonas, según cuenta Tirso de Molina en su «Trilogía de los Pizarro»:

Resolvióse don Gonzalo
a una cosa solo digna
de los caprichos Pizarro
porque temoso fabrica
un bergantín que asegure
los enfermos que peligran.

Hace falta hierro...

...y que le den solicita
las armas de los que han muerto,
cascos, arneses, cuchillas,
y hasta las propias pretinas
deshierra, forjando luego
todo lo que necesita
un bajel de esta materia.

El ejemplo del capitán tan necesario en las altas empresas:

Don Gonzalo es el primero
que porque todos le sigan
ya en el taller, ya en la fragua,
trabaja, sopla, martilla,
compasa, mide, dispone,
desbasta, asierra, acepilla.

Los más difíciles materiales son substituídos:

Bejucos sirven de jarcias,
y la goma que destilan
los árboles de las selvas
suplió la brea y resina;
para que no falte estopa,
mantas de algodón deshilan,
que el casco calafatean,
y de las rotas camisas
velas remendadas hacen,
conque logrando fatigas
al agua alegres, le arrojan
y en él sus remedios libran.

La vuelta al mundo

Otra muestra del esfuerzo español del tiempo lo constituye la primera vuelta al mundo. Iniciada por el portugués Magallanes al servicio de España, éste fué muerto

en un islote de Mactán, en el Pacífico. Juan Sebastián Elcano terminó la difícil empresa llevando a Sevilla la nave superviviente «Victoria», hazaña por la cual fué ennoblecido por el Emperador. Francisco Mosquera describe la emocionante llegada en su poema, «La Numantina»:

Entraba en el breado y hueco pino,
tomando el dulce y suspirado puerto,
Juan Sebastián Elcano, vizcaíno,
piloto de este mundo el más experto,
después de haber andado en su camino
cuanto del mar se halla descubierto
en una nave dicha "La Victoria"
¡hazaña digna de inmortal memoria!

La colonización

En «El nuevo mundo descubierto por Colón», Lope de Vega hace pedir a la cautiva india Tacuana, la unión de conquistadores y conquistados:

... ansí veáis esta tierra
sujeta a vuestros pendones,
y este vuestro Dios y Cristo
triunfador de nuestros dioses;
y la cruz que nos predica
aquese bendito monje,
que la trujo en sus espaldas
por la redención del orbe,
desde Haití a la hermosa Chile
generalmente se adore,
y la misa que esperamos
mueva nuestros corazones;
y así veáis esas barras,
que acá tal espanto ponen,
hasta la cinta crecidas,
por tan larga edad se logren;
y volváis a vuestras patrias,
y que vuestros hijos pobres

jueguen ricos al tejuelo
con el oro de estos montes,
o los traigáis a casar
con nuestras hijas, adonde
mezclándose nuestra sangre,
seamos todos españoles.

CAPÍTULO VI

FELIPE II. TURCOS, PORTUGUESES, FLAMENCOS, FRANCESES E INGLESES

De Carlos V heredaba Felipe los Estados de España y posesiones americanas e italianas, plazas fuertes del norte de Africa, Franco Condado y Países Bajos. Por el Milanesado dominaba en la Italia del Norte y conseguía, a través de la Valtellina y el Franco Condado, unir los territorios españoles de los dos extremos de Europa. No obtenía el imperio alemán, que iba a Fernando. Como dice Francisco Medrano explicando la abdicación:

De sostener cual nuevo Atlante el mundo
el siempre augusto Carlos ya cansado
"gentes — dice — no vistas he tomado,
hollado el suelo, hollado el mar profundo.
Hecho el persa monarca a mí segundo,
preso al francés, al moro leyes dado,
el cielo en ambos hombros sustentado;
más grave con las glorias que en él fundo.
Luego del mundo desdeñoso y harto,
"tú gobierna, al hermano le decía,
de Roma el ancho imperio y de Alemaña".

Y al hijo: "Tú de la invencible España
y del indio, tendrás la monarquía,
y entre ambos junte amor lo que yo parto".

Pero también recaía la Italia (puesto que la «Roma» que se daba a Fernando era el título del Sacro Romano Imperio) en manos de Felipe. Y con la herencia llegaban también los enemigos. Franceses, turcos, protestantes de todas las sectas que veían un valladar inexpugnable a su expansión en el catolicismo militante de Felipe. Con los primeros siguió la lucha que ya parecía de necesidad en todo gobernante español, y la batalla de San Quintín, brillantemente ganada, pareció decidir la cuestión a favor nuestro. Contaba entonces, además, Felipe con la alianza de María Tudor, reina católica de Inglaterra cuyo marido fué por deseo de Carlos. Sin embargo, era muy extraño el país ánglico para los españoles. Felipe II no vivió en él más que como obediente hijo, ligado sin amor a la reina. Y del espíritu de los caballeros que acompañaban dan idea los versos anónimos :

Que yo no quiero amores
en Inglaterra,
pues otros mejores
tengo yo en mi tierra.
Ay Dios de mi tierra
saqueisme de aquí.
Ay que Inglaterra
ya no es para mí.

o la otra poesía más violenta, que empieza :

Me veo morir agora de premura
en esta desleal isla maldita.

Poco después empezaron a cambiar las tornas con gran descalabro para España. El rey Felipe no tenía en los Países Bajos el ambiente favorable de Carlos V. Porque éste, al fin y al cabo, era uno de ellos ; había nacido en Gante y su carácter y costumbres eran muy parecidas a

los flamencos, a los que le unía, además, el uso de la lengua común, que Felipe ignoraba. Desde el primer momento consideraron los señores que sus fueros peligraban con su gobierno y el recelo de los castellanos y aragoneses ante la venida de Carlos I, se repetía a la inversa en el caso de su hijo en Flandes. Margarita de Parma, hija natural de Carlos y gobernadora, se veía impotente ante la presión de los nobles del país que pedían la libertad religiosa y otras ventajas que atañían a asuntos de la Iglesia, únicos extremos en los que Felipe II no estaba dispuesto a ceder un ápice. La propaganda calvinista, cada vez mayor en vista de la anuencia tácita de los aristócratas indígenas, llegó a tal punto, que fueron asaltados los templos en agosto de 1566 y destruídos gran número de signos del culto. El rey no pudo contenerse ante la ofensa a los principios para él más sagrados de la vida y organizó la famosa expedición de los Tercios, a cuyo frente colocó al fiel soldado que responde ante la historia con el nombre de duque de Alba. Éste organizó su ejército en Italia, con tropas veteranas. En catorce días de marcha atravesaron, sus nueve mil hombres, los ducados de Saboya, Borgoña y Lorena. Iban ricamente vestidos y llevando tras de sí sus mujeres, «bellas y valientes como princesas», según frase del francés Brantòme, que contempló admirado su paso. Su jefe les llamaba «muy altos y poderosos hijos» y nadie dejaba de denominarles «señores soldados». Tenían la milicia como profesión y, siendo católicos, eran, ante todo, españoles. Pero el poeta anónimo nos contará mejor que nadie su camino :

La fe lleva por bandera
como fiel y buen cristiano
que, según las gentes dicen,
es el duque de Alba hispano,
que el rey don Felipe envía
— mayor que Alejandro Magno —
para castigar la secta
del malvado luterano.

Exactamente «calvinista», pero el poeta no hace distinción de sectas; para él, católico a marchamartillo como todos sus compatriotas, no serlo es ya un crimen...

Pasa por la alta Borgoña,
deja Alemania a una mano;
atravesaba a Turín
y también al saboyano

primeras medidas al llegar a la zona peligrosa:

entre Bruselas y Amberes
meten muchos castellanos,
reedifícanse los templos
de aquel tumulto inhumano.

siempre lo religioso presidiendo a lo político. Egmont y Horn son detenidos.

los condes mete en prisión,
oye misa el que cristiano,
lo que antes no se hacía
que era todo luterano.

Castigo merecido a los enemigos del rey. Pero uno se escapa...

Después degolló a los condes
y a otros muchos hijosdalgo,
sólo el príncipe de Orange
por las artes se ha escapado.
Metídose ha en Alemaña
y un gran campo había juntado
para venir contra el duce
a ver si podía pescarlo.

pretensión desmedida contra las mejores tropas de Europa. El de Alba deshace su ejército,

...con gran pérdida de gente
A Alemaña se ha tornado,

y mostrando gran tristeza
a solas se ha retirado,
unos dicen que se ha muerto
otros, loco se ha tornado.

Sucesos interiores

Contristado estaba Felipe porque, a pesar de la represión mandada hacer por su general en Flandes, veía como se extendía por aquel país el afan de independencia política y religiosa, cuando empezaron a llegarle nuevas de la insurrección de los moriscos. Éstos, descendientes de aquellos moros que acataron a Fernando e Isabel, se sentían en el fondo tan mahometanos como antes y aún cumplían sus ritos. Finalmente, ante el peligro de contaminación que su actitud podía lograr y la sospecha de que anduviesen en tratos con los berberiscos asoladores de nuestras playas, se fijó un bando ordenando pasasen todos los niños a las escuelas cristianas para aprender el castellano. También debían abandonar los trajes moriscos y vestirse a la española usanza. Súpose esto en el señorío de Granada y empezó inmediatamente la sublevación. Conducidos por Farax-ben-Farax, un Abencerraje, y Fernando de Córdoba y Válor, descendiente de los Omeya, los moriscos se levantaron en armas y atacaron a todo cristiano a quien hallaron sin medios de defensa. Salió a combatirlos el marqués de Mondéjar, según «La Austriada», de Rufo Gutiérrez.

Pasa el marqués a Lanjarón y en ella
rompe la furia al bárbaro enemigo,
ya en Orgiva le vence y atropella
ya en Pitris hace en él igual castigo.

Por el otro lado entraba en campaña el marqués de los Vélez con sus milicias andaluzas, conocedoras del terreno que pisaban :

Entra Vélez con otro estrago y mella
lo hace de su mal, parte y testigo

en Anderox le ofende y le maltrata;
en Paterna le vence y desbarata.

Empezaron los rebeldes a cejar al verse combatidos tan briosamente. Y entonces empezó la separación celosa entre los jefes cristianos. Para aunarlos en el mejor logro, Felipe nombra general a don Juan de Austria, su hermano bastardo, hijo de Carlos V y Bárbara de Blomberg.

Así lo quiso y fué tan bien servido
de dar a don Juan de Austria (que tal era
del príncipe fatal el apellido)
los mayores aplausos de la esfera,
gallarda agilidad, claro sentido,
hermosa proporción, beldad severa,
ser a todos hermoso y apacible.

Así nació a la luz de la fama pública aquel caballero que la previsión de su padre el emperador había hecho educar en España sin que supiera su verdadero nombre, hasta que su animosa juventud, su presencia y su afición a la guerra, obligó a enseñarle de qué venas procedía su sangre. Su esfuerzo obligó a la sumisión a los moriscos y, luchando en primera línea, fué herido como corresponde al buen capitán que sabe luchar como el soldado.

No hubo sólo en este tiempo el pesar morisco para el rey Felipe. Culminó entonces la desventura que desde su nacimiento había tenido, con el príncipe Carlos. El heredero de aquella gigantesca monarquía en quien, desde su cuna, todos confiaban y se miraban como en un espejo del futuro, demostró desde su primera juventud una descabellada forma de ser que le condujo a las mayores violencias con las personas de su séquito. Una caída tenida en Alcalá desvió más su mente del camino normal y llegó a poseer ideas fijas. Una de ellas la constituía el odio a su padre y otra, consiguiente, el apoyo a sus enemigos los calvinistas flamencos. Llevó su intemperancia a extremos y su padre le mandó encerrar y poner guardias de vista. En la prisión — su propio cuarto — llevó intencionadamente una vida

desarreglada en el comer y en el beber, lo que, unido a su flaca naturaleza, acabó con su existencia. Fray Luis de León saludó así al príncipe que se iba :

Ilustre y alto mozo,
a quien el cielo dió tan corta vida
que apenas fué sentida,

y recordando la herencia a que su nacimiento le destinaba, incluída América,

fuiste muy breve gozo
y agora luengo llanto, de tu España,
de Flandes y Alemaña,
Italia y de aquel mundo nuevo y rico,
con quien cualquier imperio es corto y chico.

Pocos meses después otra grave desazón afligió al rey. La reina Isabel de Valois, hija de Enrique II, y a quien la paz de 1559 con Francia había llevado a España como prenda de amistad, moría a consecuencia de un parto mal tratado. Cervantes, como toda España, la lloró glosándola como símbolo entre ambas naciones :

Aquí el valor de la española tierra,
aquí la flor de la francesa gente,
aquí quien concordó la diferente,
de oliva coronada aquella guerra,
aquí en pequeño espacio veis se encierra
nuestro claro lucero de occidente;
aquí yace encerrada la excelente
causa que nuestro bien todo destierra.

Lepanto

Pronto otro problema vino a preocupar al rey. Los turcos, enemigos acérrimos de su padre, seguían su marcha triunfal por el Mediterráneo. Además de los auxilios a los moriscos, ya reseñados, los mahometanos hicieron a Venecia, con quien habían mantenido hasta entonces buenas relaciones de amistad, la petición de la isla de Chipre. Soliviantóse la república italiana ante tal exigencia y pidió

auxilio a los únicos que en la Europa deshecha por la guerra, de religión, podían concedérselo: El Papa Pío V y España. No estaba ésta sin preocupaciones dignas de ser atendidas, como hemos visto más arriba, pero el predominio turco en el Mediterráneo significaba el peligro para las costas del Estado español, no sólo en Italia, sino en la misma España, y la ayuda enemiga a los moriscos, con lo que la guerra la tendría el monarca dentro de su propia casa. Por ello accedió a formar la Liga. Sin embargo, sus miras de defensa de las costas españolas y la toma de las costas africanas lucharon con el egoísmo de Venecia que sólo ambicionaba acabar con la flota turca para seguir negociando con la Sublime Puerta y mantener su vida económica. Salvando momentáneamente las diferencias, se firmó la coalición en 20 de mayo de 1571.

La elección de generalísimo recayó, tras alguna discusión, en el hombre destacado poco antes contra los moriscos, don Juan de Austria.

Salen las lucidas escuadras. Por el camino se enteran de la capitulación de Famagusta y del horrendo suplicio a que han sido sometidos los jefes de la guarnición. El siete de octubre, las naves de las dos flotas están a la vista en el golfo de Lepanto. Por consejo del almirante Doria son cortados los espolones a las naves cristianas a fin de que bajen su línea de flotación y los tiros enemigos queden altos. Avanza la escuadra enemiga en forma de media luna y los coaligados rompen su centro. He aquí la descripción que de la batalla hace Cristóbal de Virués:

Ya es todo fuego y humo el aire y cielo,
ya el son de las trompetas y clarines
que llevado del aire claro vuelo
recreaba el oído a los delfines,
es temor bravo y es moral recelo,
y un alto estruendo tal, que en los confines
de la más apartada mar y tierra,
los corazones y ánimos atierra.

Gigantesca batalla naval como no se había visto nunca hasta entonces. ¡Qué representa la primaria artillería que vimos en la batalla de Ponza ante esta tormentaria que arroja llamas y produce explosiones en los pañoles de pólvora !...

Las galeazas fueron las primeras
que la batalla horrenda comenzaron,
destrozando las bárbaras galeras,
cuya junta ordenanza aportillaron.
Rumores, alaridos, voces fieras,
clamores por el aire resonaron,
el cual herido de balas, brama
entre el humo, las flechas y la llama.

Pero todavía es peor la consecuencia de fuego tan infernal. El poeta tiene que recurrir al recuerdo clásico para poderlo explicar :

El mar en espumosa sangre vuelto,
con la mísera gente hierve y crece,
y de los cuerpos con furor revuelto
las galeras detiene y entorpece;
con hombres y madera ardiendo envuelto
a lo contrario de lo que es parece,
cual el espeso y fúnebre Aqueronte
y el infernal Cocito y Flagetonte.

Si el agua hierve, no menos lo hace la sangre que en sus olas cae. Sangre exaltada que, por ambos bandos, no busca más que la muerte contraria aunque sea a costa de la propia. El abordaje es la táctica naval ; los barcos sólo se cañoneaban el tiempo de acercarse para convertirse en desvalidos ante la invasión de sus dominios :

Aquel salir y entrar en las galeras
el caer en las aguas y en el fuego,
las bravas muertes de cien mil maneras
las furias y el mortal desasosiego,
el abatir y enarbolar banderas,

Univ. of Arizona Library

el matar y pagar la muerte luego,
las voces de apellidos diferentes
nublaba los sentidos y las mentes.

Por fin el coraje cristiano obtiene el triunfo. Enzarzadas las naves capitanas, el capitán mahometano Alí-bajá, cae. Su cabeza puesta en una pica fué el guión que explicó la victoria de unos y la derrota de los otros.

Más de doscientos fueron los bajeles
presos en el conflicto riguroso,
y quince mil los bárbaros infieles
muertos por el cristiano valeroso,

pero hay algo más y más bello: la liberación de los galeotes cristianos que, encadenados a los remos y oyendo sobre sus cabezas el rumor de la lucha, no sabían si les aguardaba la muerte o la libertad.

y doce mil los cautivos fieles
libres en el suceso milagroso;
y es la demás riqueza allí ganada
tanta, que es imposible ser contada.

La nueva de Lepanto llegó a todas partes en muy poco tiempo, produciendo emoción y júbilo en la Europa cristiana. Pío V al saberla se hincó de rodillas y pronunció la frase evangélica: «Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan». En España reinó la alegría y como de costumbre se creyó que Dios había favorecido las naves españolas en su lucha secular. Así lo dice Fernando de Herrera en su poema de Lepanto:

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció, del ancho mar, al Trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra
Salud y Gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero.

Porque los españoles como el pueblo elegido, Israel, luchan contra el enemigo de Dios que en el mundo toma formas diversas.

Todos los autores coinciden en que no se sacó el provecho necesario de la victoria. Los turcos se apresuraron a reorganizarse y la Liga, en cambio, a disolverse. Los intereses encontrados de antes se agravaron y cada uno de los beligerantes quería un objetivo distinto. El de España era, como decíamos, el ataque a las plazas africanas, semillero de piratas contra nuestras costas y punto de partida de expediciones contra los barcos españoles. Por consiguiente, se aprovechó la reunión de fuerzas navales para asestar un duro golpe a la fortaleza mahometana del norte de Africa. El 1 de octubre de 1573, don Juan de Austria zarpa de Mesina, donde deja a Doria. Con 104 galeras y 20 mil soldados se presenta ante Túnez, ya una vez ganada por el emperador, que se rinde ante el alarde bélico. En esta ocasión explica la gesta Cristóbal de Virués en el soneto dirigido a don Juan Hurtado de Mendoza :

Aquí, Señor, donde a la gran Cartago
émula sucedió Túnez hermosa,
la armada de Felipe poderosa
hinche de gente el monte, el llano, el valle.
Teme el injusto turco, el justo estrago,
desampara con fuga vergonzosa
la Alcazaba real y a la espantosa
furia de Marte deja el pueblo en pago.
Él huye y desampara sus haciendas.
Entra el famoso ejército de España,
don Juan de Austria, "Africano" apellidando
y él con justas y fáciles enmiendas,
clemencias y justicias acompaña,
y vuelve amigo al enemigo bando.

Como anteriormente hemos visto, la heredera de aquella Roma legendaria y maravillosa, es España que como

ella tiene que luchar con bárbaros. Y así como otro Escipión, don Juan es llamado el «Africano» por sus hazañas en tal terreno.

La conquista de Portugal

Con la batalla de Lepanto, la efemérides más grandiosa de la vida de Felipe es la anexión de Portugal a España; más que el logro de una comarca para los dominios del Rey, significa la fusión de la parte lusitana con la obra de los Reyes Católicos. Porque, como explica Joaquín Romero de Cepeda, el reino portugués había sido declarado independiente por el rey Alfonso Enríquez:

Si el sabio rey Alfonso ha libertado
con larga mano el reino, al dulce nieto
que siendo tributario, era sujeto
a Castilla y León do fué condado.

Los Reyes Católicos habían logrado el milagro con su política de matrimonios ya estudiada, y a pesar de las muertes que, sucesivamente, tronchaban sus esperanzas. Los Reyes casaron a su hija Isabel con el heredero de Portugal. Muerto éste, casó la viuda con Manuel, rey, y al quedar viudo, matrimonió con María, hija de los Reyes. Entonces se logró una hija, la más tarde emperatriz Isabel, casada con Carlos V y de la que había de heredar Felipe II los derechos al trono portugués, muerto el rey don Sebastián en Alcazarquibir. Como dice Andrés Rey de Artieda...

Cuando a la Majestad Divina place
lo que de España dividió, juntarlo,
junto al Arache, do muriendo nace,
quedó el rey Sebastián, nieto de Carlo,
por cuya muerte al Cardenal, rey hace,
que lo que tiene, pudo y quiso darle
al sucesor de más edad y canas
hijo del mayor de las hermanas.

La triste romántica muerte junto al Arache (Larache) de Don Sebastián provocó con la subida de su tío el cardenal don Enrique, un compás de espera. Los derechos más legítimos de los pretendientes estaban a favor del rey de España.

Este es Felipe en número segundo,
primero entre los príncipes más grandes,
pues que dar puedes una vuelta al mundo
como toda su corte y reino andes.

Y el poeta se deleita en la exposición del señorío español de la época:

De las Molucas pasa al Nuevo Mundo.
volviendo, pasa al Norte, es suyo Flandes
junto al estrecho de Hércules, España,
y de ahí lo que el mar tirreno baña.

Recuerda que jamás como hasta ahora ha estado la península unida y firme:

Al tiempo de Túbal, Hispalo y Brigo
no tuvo España policía y modo,
Amílcar y el Romano su enemigo,
si el reino ocupan, no lo ocupan todo,
y pues lo pierde el último Rodrigo
mal lo defiende el vándalo y el godo.

Felipe, en cambio, poderoso príncipe,

Él sí que lo posee todo junto
estando letras y armas en su punto.

El suceso de Portugal fué bien recibido por los españoles como resumen y remate de la empresa de la Reconquista, ya que el fraccionamiento medieval impuesto por el esfuerzo de la guerra civil, terminaba en la segunda fase de unión total. Por si los portugueses no fuesen de la misma opinión, les exhorta Romero de Cepeda:

Muy mayor libertad hoy has ganado,
dichoso Portugal en tu decreto,
pues a tan sabio Rey y tan perfeto
con prometida fe te has entregado.
De tu nación ya sabes tienes parte
a su nombre fe pronta, pues espera
que no puede faltar de su esperanza.
Engrandeces tu ser con su estandarte
y aunque rendido a su celeste esfera
asegura tu nombre tal mudanza.

Envanecida España con la visión de sus banderas brillando en todos los confines del planeta, en la India y las Molucas, en el Nuevo Mundo, en Italia, en Flandes, se considera capaz de los mayores éxitos. Sin embargo, todavía es tarea fundamental, para quienes recuerdan la feroz lucha contra los moros, acabar con su poder. Así lo dice Fernández de Herrera :

Ya que el sujeto reino lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente
y todo el grande esfuerzo de occidente,
tenéis, Sacro Señor, en vuestra mano,
volved contra el suelo hórrido africano
el firme pecho y vuestra osada gente
que su poder, su corazón valiente
que tanto fué, será ante el vuestro vano.

Se invoca el nombre de Dios porque en todo, pero especialmente contra el Islam, Él nos ayuda...

Cristo os dé la pujanza de este imperio
para que la fe nuestra se adelante
por do su santo nombre es ofendido.

Confianza en los propios medios :

¿Quién contra vos, quién contra el reino hesperio
osará alzar la frente, que al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

La lucha en Flandes

Mientras, en Flandes don Juan de Austria, nombrado gobernador, atacaba a los rebeldes. En su comedia «Don Juan de Austria en Flandes», Lope hace hablar así al hermano del rey Felipe antes de la batalla de Gembloux :

¡Arma, gallarda nación!
mueran hoy por vuestra mano
los de contraria opinión,
si es Rey, mi señor y hermano,
muro de la religión!
Dios mío, no os pido aquí
victoria porque de mí
se diga, para mi gloria
y honor, que tuve victoria
y a estos herejes vencí;
pídoosla porque sois Dios,
y porque digan que vos
sois Dios y que dais honor
a quien os sirve, Señor!
Ea, venzamos los dos!
Cristo, Dios-Hombre, mostrad
vuestra clemencia y bondad!
Ea, españoles, seguid
el alcance, andad, oíd,
peleemos, pelead!

Guerra con Inglaterra

La guerra con Inglaterra está indisolublemente unida a la lucha por la religión que ha caracterizado en este tiempo, y en casi todos los tiempos, las bregas españolas. Además de esta premisa de rozamiento la pugna se basa en dos hechos concretos : el apoyo de Isabel de Inglaterra a los rebeldes flamencos, no sólo por atacar el prestigio de la católica España, sino por tratarse de aquella «acera de enfrente» geopolítica que ya hemos mencionado varias

veces y que, en el caso de Flandes, es además el lugar de donde proceden una serie de productos manufacturados importantísimos para los ingleses. En segundo término está la protección, más o menos clara, dispensada por el gobierno de Su Graciosa Majestad a los corsarios británicos que, desde hacía ya mucho, acechaban a los convoyes venidos de América o asaltaban directamente ciudades de la costa americana, huyendo después con el botín. El doctor Mescue lo explica así:

Quedará preso en hambre ciega
el hereje pirata,
cual escamoso pez que al cabo llega
si del anzuelo sus agallas ata;
que el sacrílego infame de esta suerte
a España viene por buscar su muerte
codicioso del oro y de la plata.

Y reclama el derecho a la venganza contra el que aprovecha los esfuerzos ajenos:

Y aunque venza un ratón a un elefante
al áspid la mujer, al león el carro,
¿cómo es tan arrogante
que se pone el inglés así delante
al áspid, elefante, león bizarro,
al soldado español que ya se atufa,
y por hollar la cincha
el caballo andaluz salta y relincha,
huele las armas y erizado bufa?

Otro acontecimiento que llenó de cólera a los españoles fué el suplicio de María Estuardo. Prisionera mucho tiempo de Isabel, sus desventuras y su condición de católica habían atraído nuestra simpatía. Don Juan de Austria, hecho eco de ella, había soñado con la conquista de Inglaterra, la liberación, el matrimonio con la Reina y

la vuelta de la isla a la fe de Roma. La noticia de la decapitación de María, fué un duro golpe y bastó a llenar el vaso de la indignación. Prueba, estos versos en los que un poeta anónimo la expresa:

Ingrata reina, de tal nombre indina,
maldita Jezabel descomulgada
¿qué turbas la divina paz armada?
¿qué turbas la cristiana paz divina?
Tu soberbia cerviz al yugo inclina
de nuestra Santa Madre regalada;
mira que fuiste en ella bautizada,
piensa, cuitada, en tu total ruina.
No muevas más escándalos, retira
el alma triste del furor que tiene
a la razón cristiana en tal afrenta.
Vuelve en ti, miserable, advierte, mira
que aunque el haber escándalos conviene
¡ay de aquel que los mueve y los sustenta!

Mientras, la rebelde Amberes ha sido tomada por el gran general Alejandro Farnesio, que ha sucedido a don Juan de Austria a la muerte de éste. El espléndido puerto frente a Albión, hace pensar a Felipe en el ataque directo a Inglaterra. Farnesio, pues, recibe órdenes de concentrar tropas de desembarco. Tocará al marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, que ya estuvo en Lepanto, el preocuparse de que esta magnífica selección de infantes, esos soldados, como dice Lope de Vega...

Todo lo sufren en cualquier asalto
sólo no sufren que les hablen alto.

...puedan llegar a encontrarse con el enemigo. Para ello en Lisboa se empieza a aprestar naves de todas clases y tamaños. Hasta 100 barcos lográronse con la ayuda de Nápoles, Sicilia, Milán, Borgoña y Alemania, y en ellos embarcaron 3.000 marinos y 16 mil soldados que habían de unirse a las tropas veteranas de Farnesio.

Mientras se hacían los preparativos, los ingleses avisados atacaron algunos puertos-arsenales. La indignación por el ataque a Cádiz se refleja en los conocidos versos de Lope de Vega :

Atrevióse el inglés, de engaño armado,
porque al león de España vió en el nido
las uñas en el ámbar, y vestido
en vez de pieles, del tusón dorado.
Con débil caña, no con fresno herrado,
vió a Marte en forma de español Cupido
volar y herir, en el jinete herido
del acicate en púrpura bañado.
Armó cien naves y emprendió la falda
de España asir por las arenas solas
del mar cuyo cristal ciñe esmeralda.
Mas, viendo en las columnas españolas
la sombra del león, volvió la espalda,
sembrando las banderas por las olas.

Y en los de Bartolomé Leonardo de Argensola :

Aunque en tus naves, ¡oh Bretaña ingrata!
por el mar de Filipo armada vueles,
para robar católicos bajeles
que le conducen tributaria plata;
por más que el bronce pérfido combata
o amenace con lágrimas crueles,
en Gades surgirán las popas fieles
a vista de tu herético pirata;
y pues de tus designios infelices
no infieres los auxilios que te envía
el común Padre, por piedad severo,
presto a la luz de un vengativo día
podrá en tus gentes religioso acero
confundir sectas y segar cervices.

La empresa era altamente popular. Por las calles se cantaba :

Mi hermano Bartolo
se va a Inglaterra
a prender al Draque
y a matar la Reina.
Tiene de traerme
a mí de la guerra
un luteranico
con una cadena
y una luterana
a señora abuela.

El romance, atribuído a Cervantes, muestra claramente el doble aspecto de la expedición, contra la piratería del Draque (Sir Francis Drake) y contra el protestante enemigo de la fe católica. La armada recibió por el entusiasmo de sus tripulaciones el nombre de Invencible. Sin embargo, un desgraciado accidente la privó de su jefe. Alvaro de Bazán, héroe del combate con el francés en las islas Terceras cuando la conquista de Portugal, héroe anteriormente de Lepanto, moría de fiebre dejando a la flota acéfala. Fernando de Herrera cantó su ida:

Pongan en tu sepulcro, oh flor de España,
la virtud militar y la victoria
grandes ciudades presas en memoria
y todo el noble mar que a Grecia baña.
Tú solo, tú, con singular hazaña
ganaste, vencedor, tan alta gloria;
que las voces se cansan de la historia
que tus ínclitos hechos acompaña.
El furor del otomano quebrantado
será justo despojo que esculpido
en lengua de la fama alce tu nombre.
Con tal blasón, valor nunca domado,
ingenio y arte hacen que, vencido,
no puede ser del tiempo, un mortal hombre.

Esta era la estampa del hombre que se perdió. La descripción del que le substituyó, el duque de Medina Sidonia, la dió él mismo con sus ineptas maniobras.

Efectivamente, la flota salió de Lisboa. Lope trató un asunto amoroso con el fondo sinfónico de la partida:

De pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca,
mirando las fuertes naves
que se van a Inglaterra,
Así se queja Belisa
llorando lágrimas tiernas...

Tras los dimes y diretes se levantan las áncoras y los bajeles parten hacia la aventura.

Así se queja Belisa
cuando la prisa se llega;
hacen señal a las naves
y todas alzan las velas.

Ante una tempestad se refugió en Galicia, desorganizando el principio de la empresa. Rehecha, salió para Inglaterra, donde todo estaba prevenido para resistirle. Le faltó decisión al duque para atacar a la escuadra inglesa en Plymouth y pasó de largo convirtiéndose en perseguido ante la indignación de Farnesio, que esperaba paso libre para atravesar el Canal con sus soldados ya embarcados. A la salida de Calais unos brulotes deshicieron de nuevo el orden. Cada buque de alto porte y avezado al abordaje de la batalla de Lepanto, tuvo que sufrir el fuego combinado de los ingleses que se mantenían a distancia en nueva táctica naval. Los arcabuceros fueron vencidos por los marinos y artilleros y la mayoría de los barcos se perdieron. Otros rodearon la isla y pasando por Irlanda, llegaron a puestos españoles, con la noticia del desastre. Cervantes canta en un triste poema la desilusión nacional al ver regresar perdida aquella maravillosa escuadra que había zarpado tan ufana:

Madre de los valientes de la guerra,
archivo de católicos soldados,
crisol donde el amor de Dios se apura,
tierra donde se ve que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados
por defensores de la fe más pura;
no te parezca acaso desventura
¡oh España madre nuestra!
ver que tus hijos vuelvan a tu seno
dejando el mar de sus desgracias lleno,
pues no los vuelve la contraria diestra,
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar y cielo que consiente
que se alce un poco la divina frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable,
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la subida.

Ahora sabemos ya por lejanía de los fenómenos históricos que aquella batalla perdida por la Armada Invencible, fué el inicio de nuestra decadencia como potencia marítima y, por consiguiente, de nuestro poderío general. Pero aunque la historia no nos lo dijera, bastaría ver el estilo de la composición cervantina para que nos demos cuenta de que algo ha cambiado, algo muy importante para nosotros. Compárese el tono alegre y esperanzado en nuestras fuerzas que informa la poesía imperial vista hasta ahora y el tono melancólico del soldado Miguel de Cervantes. Algo muy grave acaba de ocurrir. Y la poesía sucesiva nos lo ha de confirmar.

Asuntos de Francia: 1590-98

Francia está atravesando por esa época la tremenda crisis que la historia conoce con el nombre de guerras de religión. Católicos y hugonotes (nombre de los calvinistas franceses) andaban a la greña apoyados por facciones cercanas al poder real. Los Guisa, católicos y amigos de España, fueron asesinados. Alejandro Farnesio entró en

París en apoyo de la Liga Católica y tras algunas batallas regresó a Flandes. La muerte del caudillo, aquejado de fiebres, y la conversión de Enrique de Borbón al catolicismo acabaron con la presión española a favor de los Guisa. Juan Rufo Gutiérrez define el país vecino hablando de la Europa que tuvo que ver Felipe :

No viéramos a Francia que solía
resplandecer con fe tan poderosa
que a las otras naciones excedía,
y en tierra y cielo se hacía gloriosa
andar agora por diversa vía.

ULTRAMAR

Mientras, proseguía lenta, dificultosamente, la labor de conquista y colonización. Aquellos hombres separados de su monarca por miles de millas y centenares de peligros, seguían, salvo contadas excepciones, manteniendo el guión de su rey y obrando en su nombre. Los peores enemigos fueron los araucanos, contra quienes combatió Valdivia ; de la dureza de su pelea nos habla Alonso de Ercilla :

Partióse esta batalla porque cuando
Valdivia llegó a donde combatía,
parte acudió del araucano bando
que en su ayuda y defensa se metía.
Fuése el daño y destrozo renovando,
de un cabo y otro gente concurría
sube el alto rumor a las estrellas,
sacando de los hierros mil centellas.
Gran rato anduvo en términos dudosos
la confusa victoria desta guerra,
lleno el aire de estruendo sonoroso
rota de sangre y húmeda la tierra,
quien busca y sólo quiere un fin honroso,
quien a los brazos con el otro cierra,
y para darse más presto cruda muerte
tienta con el puñal lo menos fuerte.

Con la furia de quien sabe que sólo él ha de salvarse o perderse y que toda ayuda exterior es problemática, los conquistadores luchaban y vencían, levantando en el lugar de los ídolos derribados, la iglesia parroquial y en el hueco dejado por las costumbres toscas el monumento jurídico de las Leyes de Indias.

Y más allá del océano ocupaban las Filipinas que, según un romance anónimo, exalta el nombre del rey :

Pues en Japón y en la China
se espera otro nuevo estado
con que para siempre sea
el nombre de Dios loado;
y así nuestro rey invicto
quiere estar siempre ocupado
en sembrar por todo el orbe
el Evangelio sagrado,
y con este santo celo
todo lo tiene allanado.
No se ha visto mayor rey
en lo presente y pasado.

Muerte de Felipe II

A todos sus sinsabores morales se añadieron en el Rey dolencias muy dolorosas, como la gota y la hidropesía. La historia dice que antes de morir dió muestras de la desconfianza hacia su hijo y heredero con la célebre frase : «Dios que me ha dado tantos reinos no me ha concedido un hijo capaz de gobernarlos ; temo que me lo gobiernen». El romance anónimo expresa la preocupación vital del rey : la defensa de la Religión. Dice, dirigiéndose a Isabel Clara Eugenia :

Doña Isabel de la Paz
discreta en sabiduría
que aconsejéis vuestro hermano
como regirse, debíais

porque este mozo en el mundo,
poca experiencia tenía.
Encárgoos la santa Iglesia
que vaya bien defendida,
que plegue al sagrado Verbo
y a la sagrada María,
que lo hagáis mejor que yo
mi alma descansaría.

Su alma descansó efectivamente en la paz del Señor una existencia tan ajetreada de trabajos y penas; fué el 13 de septiembre de 1598.

CAPÍTULO VII

FELIPE III

No confiaba en él su padre, porque sabía de su carácter observado día tras día. En cambio, para sus súbditos, su llegada, como la de todos los príncipes nuevos, fué recibida con grandes esperanzas. Llegaba con él, fresca savia y podía esperarse mucho de quien de tan buen tronco venía. Así saluda Francisco de Medrano su entrada en Salamanca:

Ilustre joven, cuya rubia frente
en edad tan dichosa el oro ciñe,
cuya diestra ya rige el cetro justo,
ya del venablo vengativo tiñe
los aceros en púrpura caliente
del fiero jabalí, del oso adusto,
entra gozoso, cual tu padre augusto
en pacífica toga, alegre mira
de la ciudad vistosa el rico adorno.

Le recuerda la sangre que lleva en las venas:

Alienta, alienta tu nativo instinto
generoso león, y con la cola,
que atrás de mil hazañas vas dejando,

azota tu coraje, pues no es sola,
la sangre de un invicto Carlos V,
de un Juan, de un Alfonso y de un Fernando,
la que en tus venas arma está tocando.

Ese jugo sanguíneo tan bravo es el complemento del que le llega por vía femenina :

Mas la de una Isabel y otras mujeres
que a sus pies derribaron con la rueca
el orgullo del ídolo de Meca
y con sus vestes, Galia y sus haberes
temió sus alfileres
del capitán francés, glorioso ultraje
y de gloria eterna de tu real linaje.

Le recuerda la lucha :

Sienta España la espuela, sienta el freno
quien desbocado no te sufre encima
y esa diestra, Señor, tal vez esgrima
contra cien mil estoques una espada,
tal una lanza oponga a cien mil dardos
y tal vez de tus jóvenes gallardos,
con el bastón gobierna respetada
la poderosa armada,
hasta que el galo y el inglés molesto
rindan al yugo tuyo el cuello enhiesto.

Porque, como su padre, había heredado, con los inmensos territorios, poderosos enemigos. En el caso de Inglaterra, la rota de la Invencible no había servido de punto final, ni siquiera de descanso. En el 96, 97 y 98 mandó Felipe escuadras ofensivas, y en 1599, los ingleses maniobraron contra La Coruña, Canarias y las Azores, además de seguir su guerra corsaria contra el comercio español de las Indias. Brotó en 1601 una rebelión católica en Irlanda y se creyó necesaria apoyarla con nuestro poder. Una escuadra fué a la isla de Wigth y quedó des-

hecha por una tempestad. Al año siguiente salió otra que desembarcó tropás en Erín para apoyar la sublevación. Su ida la cantó Quevedo alborozado:

Escondida debajo de tu armada
gime la mar, la vela llama al viento
y a las lunas del turco el firmamento
eclipse les promete en tu jornada.
Quiere en las venas del Inglés tu espada
matar la sed al español sediento
y en tus armas el sol desde su asiento
mira su lumbre en rayos aumentada.
Por ventura la tierra de envidiosa
contra ti arma ejércitos triunfantes
en sus monstruos soberbios, poderosa:
que viendo armar de rayos fulminantes
¡Oh Júpiter! tu diestra valerosa
pienso que han vuelto al mundo los Gigantes.

Sin embargo, estos Gigantes eran más fuertes que los mitológicos. La empresa de Irlanda fracasó, aunque hubo una retirada honrosa de los ejércitos que allí enviamos, y la muerte de Isabel, con la subida al trono de Jacobo I, vino a poner un paréntesis de paz en la ya larga y porfiada lucha entre ambas naciones.

Había otro enemigo mortal de España, Enrique IV, aquel calvinista convertido a la fe católica ante la golosa corona de Francia. Por este tiempo aguzaba sus armas contra nosotros y apoyaba la eterna rebeldía de Flandes contra el archiduque Alberto y su esposa Isabel Clara Eugenia. Mauricio de Nassau, hijo del príncipe de Orange, atacó las tropas del archiduque en las Dunas, cerca de Nieuport y la asistencia de la escuadra le procuró el triunfo. Decidió Felipe III mandar de nuevo los tercios de Italia a Flandes y con ellos a un gran general, Ambrosio Spínola. Este italiano al servicio de España, atacó a Ostende que, defendida por franceses e ingleses, se rindió en 1604. Siguió luego la toma de Maestricht, pero la flota

española fué derrotada en Holanda y Gibraltar. Se firmó luego la tregua de doce años entre España y Holanda, a quien se le reconoció con ello capacidad jurídica para tratar.

Mientras, España se adormecía en manos del favorito del rey y gran jefe de todos los asuntos españoles, don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y duque de Lerma. Los gastos aumentaban y los recursos disminuían sensiblemente.

Se empobrecía España a pesar del dinero que llegaba de las Indias y se dió culpa de ello a los comerciantes genoveses que medraban en ella. Tirso de Molina dice en su comedia «En Madrid y en una casa» :

Aunque vengan de Pirú
virginales intereses,
hallarlos es maravillas,
pues después que hay en Castilla
barbirrubios genoveses,
dicen que es cosa tan rara,
que no se ha de hallar en ella
un doblón ni una doncella
por un ojo de la cara.

Expulsión de los moriscos

Aquella preocupación por los moriscos que sintiera Felipe II se había hecho mayor en tiempos de su hijo. Varias veces se advirtió al rey que los nuevos cristianos no sentían la conversión y se consideraban enemigos de la patria y cómplices de franceses y rebeldes flamencos. Deliberaron sobre ello y conociendo el rumor de que pensaban levantarse en masa, se ordenó su salida inmediata por los puertos del Grao, Denia, Alicante y Vinaroz, en el reino de Valencia ; luego siguieron los demás. A pesar de la riqueza material que en sí representaban por su amor al trabajo y su sabiduría, en los problemas de la agricultura, su expulsión fué saludada con gran alegría

por el español medio, que andaba siempre receloso con ellos. Así lo demuestra el romance popular :

Gran revuelta han en España
los reinos alborotados
de la morisca nación
enemigos de cristianos.
Viva Dios y viva el Rey
a pesar de los pesares,
y a la santa Inquisición
téngala Dios de su mano,
castíguese al que es hereje
conózcase al que es cristiano
y todos vivamos unos
como muy fieles hermanos.

Con el mismo odio pagaban los moriscos a los cristianos y cantaban, a pesar de las prohibiciones en contra, su fe en Mahoma y en Alá :

Con biz milah (1) *comenzamos*
su santo nombre invocamos
no hay otro dios sino él;
todo necesita de él
y a él solamente adoramos.

y el poeta Ibrahim de Bolfad entona así su canto de ira contra su opresor :

Cuervo, maldito español,
pestífero cancerbero,
que estás con tus tres cabezas
a la puerta del infierno.

Mientras, Enrique IV seguía su labor de zapa contra las provincias españolas, buscando agregar a su patria el Franco-Condado. Estaba a punto de llevar a la práctica

(1) Bismi Allahi : en el nombre de Alá, fórmula mahometana de principio de escrito.

sus proyectos, cuando Ravaillac le mató. Francisco de Quevedo hizo al enemigo caído un soneto de caballeresca generosidad :

Su mano coronó su cuello ardiente
y el acero le dió cetro y espada;
hízose reino a sí con mano armada;
conquistó y gobernó francesa gente.
Su diestra fué su ejército valiente
sintió su paso el mar; vió fatigada
el alto Pirineo de gente osada
la nieve ceño cano de su frente.

Sin nacer rey, lo mereció.

Su herencia conquistó, por merecerlo,
nació rey por la sangre que tenía
por la que derramó fué rey famoso.
A fortuna quitó (por no deberla
sólo a la sucesión) la monarquía
y vengó a la fortuna un alevoso.

Seguía dándose extrema importancia a la lucha contra el infiel. A la toma de Larache en 1610 proclamó Góngora con exaltada voz :

La fuerza que infestando las ajenas
argentó luna de menguante plata
puerto hasta aquí del bélgico pirata,
puerta ya de las líbicas arenas.
A las señas de España sus almenas
rindió al falso león que en escarlata
altera el mar y el viento que lo trata,
imperioso aún obedece apenas.

y de la misma forma entona un cántico de gozo al enterarse de la marcha de los caballeros madrileños a socorrer la fortaleza de la Maamora, en 1614.

¡A la Maamora, militares cruces!
¡galanes de la corte, a la Maamora!
Sed capitanes en latín ahora
los que en romance ha tanto que sois duces.
¡Arma, arma, ensilla, carga! ¡qué arcabuces!

Pronto empezó otra tremenda y mayor guerra, que a su comienzo no parecía más que disensión civil entre reformados y católicos austríacos. Pero, naturalmente, las religiones encontradas hicieron que lucharan por un lado o por otro, todos sus fieles. A Fernando II, emperador, le ayudó, como es lógico, España. Había para ello no sólo el enlace dinástico y el religioso, sino además la natural enemiga a los protestantes alemanes que habían ayudado a los rebeldes flamencos. Ambrosio Spínola invadió el Palatinado con sus hombres y ayudó al Emperador en la batalla de Praga, que dió a los católicos el primer triunfo de una lucha que había de durar treinta años.

En España, el rey se dedicaba cada vez más y por partes iguales a prácticas religiosas y a diversiones. Tomaban mayor confianza los validos y las concesiones y sobornos eran extraordinarios. Se distinguió por su ambición el marqués de Siete Iglesias, don Rodrigo Calderón, secretario del duque de Lerma. Pero pronto vió acercarse su fin; se había formado alrededor del príncipe don Felipe y de la reina, el partido del duque de Uceda, hijo del de Lerma y el conde de Olivares. Llegó la lucha hasta el triunfo de éstos. Lerma fué destituído y en su lugar subió su hijo y enemigo. Inmediatamente se empezó un proceso contra don Rodrigo Calderón. Cómo lo explica la musa del poeta anónimo:

Sabrás que el triste Rodrigo
que de Calderón se nombra
ya pereció, ya dió en tierra
su encumbrada Babilonia,
prendióle el rey en su casa
y por cárcel se la otorga,

que no es muy poco favor
ser cárcel su casa propia.
Dos años y medio estuvo
en esta prisión hermosa
que a veces es la prisión
purgatorio de las horas.

Permaneció en la cárcel sin sentenciar tanto tiempo porque su valedor póstumo, el rey, mantuvo la espada en alto sin atrever a descargarla contra quien había obrado, quizá mal, pero desde luego no peor como favorito que él en su papel real. Convencido totalmente de su inepcia estaba Felipe III cuando entregó su alma al Creador en 1621.

CAPÍTULO VIII

FELIPE IV Y LA PRIVANZA DEL CONDE-DUQUE

La narración de los hechos que ocupan el reinado de Felipe IV debe hacerse siempre con el título doble que encabeza este capítulo. Porque, de la misma forma que un historiador de Juan II deberá hacer especial mención de don Alvaro de Luna, asimismo no existe la personalidad de Felipe IV si no se hace referencia a la de don Gaspar de Guzmán. Como en el caso del duque de Lerma, el favorito se hizo pronto con las riendas del poder y fué el auténtico gobernante. Sus enemigos fueros los enemigos de la monarquía y así se historia la persecución de que hizo víctima a don Rodrigo Calderón que, ya preso, vió acercarse la hora del fallo ejecutorio. El mismo poeta anónimo explica un proceso que, por la prosapia del reo y la ampulosidad de que había dado muestras en vida, había de interesar curiosamente al hombre de la calle. Cuando se le comunica la condena, el procesado reacciona orgullosamente :

y señor de Siete Iglesias,
gran capitán de la Guardia,
conde de Oliva y su tierra

y comendador de Ocaña
y regidor de Plasencia;
mas fuí del rey secretario
a quien Dios en gloria tenga
y fuí de Valladolid
alguacil mayor, yo era
conde de Villalonga
que asedió al duque de Lerma,
con otros muchos ditados
con más de seis mil grandezas,
más ser del rey secretario,
ser quien en España gobierna
entre todos los que tuve
es mi mayor excelencia.

Se ve al prisionero vanagloriarse de su pasado. Algo hay que no le podrán quitar mil muertes y es el haber sido el amo de España. Llegar a ese puesto y morir después parece su jactancioso refrán:

Marchan hacia el suplicio y grita el heraldo:

Manda el Rey nuestro Señor
que se cumpla la sentencia,
conducir a degollar
al marqués de Siete Iglesias
por sus atroces delitos
que en el pregón no se cuentan.

Digno y altivo como había vivido, el marqués da sus últimos pasos mortales. El comentario de la masa maravillada de tan gran mudanza le sigue:

Recibe la absolución
a tanto favor atento,
dos veces llegó el verdugo
que le amenaza sangriento.
La venda para vendarse
los ojos se la dió el mesmo.
Él ofrece la garganta

que fué su ánimo sincero
y murió dejando al mundo
admirado y satisfecho.

Y así nació, porque el pueblo recoge en refranes todas las enseñanzas que recibe, el famoso aforismo: «Tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca».

Otras muchas medidas de orden y moralidad siguieron a la muerte del marqués de Siete Iglesias. Se promulgaron disposiciones encaminadas a impedir el enriquecimiento de los ministros en los cargos públicos y la opinión pública las aplaudió. Sin embargo, seguían las nubes en la política exterior. Terminados los doce años de tregua, la guerra con Holanda había vuelto a encenderse; el marqués de Spínola se pone en marcha, invade el ducado de Juliers y en una famosa campaña rinde la ciudad de Breda. Plásticamente reflejó su hazaña el genio de Velázquez. Poéticamente, Quevedo, que años después al comentar su muerte, recordará:

Lo que en Troya pudieron las traiciones
Sinón y Ulises y el caballo duro,
pudo de Ostende en el soberbio muro
tu espada acaudillando tus legiones.
Cayó, al aparecer tus escuadrones,
Frisa y Breda por tierra, y, mal seguro
debajo de tus armas vió el perjuro
sin blasón sus murallas y sus pendones.
Todo el Palatinado sujetaste
al monarca español, y tu presencia
al furor del hereje fué contraste.
En Flandes dijo tu valor tu ausencia
en Italia tu muerte, nos dejaste,
Spínola, dolor sin resistencia.

En Ultramar se lograba también una victoria que apasionó a los españoles del tiempo uniéndolos a los portugueses en una acción de reconquista: la liberación de San Salvador en la bahía de Todos los Santos del Brasil,

tomada por los holandeses. Si Maino pintaba su cuadro célebre, Lope de Vega componía con el mismo motivo su comedia «El Brasil restituído», a la que pertenecen estos versos finales mostrando la rendición de la ciudad en 28 de abril de 1625. Se dirige Leonardo al vencedor Fadrique de Toledo :

De parte del coronel
Monsieur Armelingues vengo
¡oh general español!
¡oh generoso Toledo!
De esta plaza que tenía
deste mar y deste puesto,
por las islas a ofrecerte
Salud, paz y rendimiento,
con aquestas condiciones,
que ha firmado su Consejo
en este papel.

FADRIQUE : *Mostrad*

. . . . . .

Pues el perdón les concedo,
dejando cuanto han hurtado
y solamente saliendo
con los vestidos que tienen,
tres meses de bastimento
y embarcación a sus tierras,
sin que lleven sólo un verso,
pólvora ni munición.
Esto en su nombre os concedo,
y si queréis otra cosa,
holandeses, defendeos;
que solamente tres horas
daros de término puedo,
porque mañana han de estar
en vuestras murallas puestos
los estandartes de España.

LEONARDO : *Las condiciones acepto.*

Además de la campaña flamenca empezó la de Valtellina, camino del Imperio entre Italia y el Flandes amenazado. Por otra parte, los piratas berberiscos seguían amagando nuestras costas y Richelieu se hacía, cada vez más, nuestro enemigo. Quevedo advierte al rey que no debe asombrarse de la cantidad de guerras, porque,

no siempre tienen paz las siempre hermosas
en el coro azul ardiente;
y, si es posible, Jove omnipotente
publican que venció guerras curiosas.
Si habitan en el cieio mal seguras
las estrellas y en él teme el Tonante
¡qué extrañas guerras, tú, ¿qué paz procuras?

No hay sino apechugar con lo que llega y sacar de la guerra el mayor partido posible :

Vibre tu mano el rayo fulminante:
castigarás soberbias y locuras,
y, si militas, volverás triunfante.

Una curiosa aventura romántica vino a mezclarse al factor político. Se había hablado ya del matrimonio posible entre la hermana de Felipe IV y el príncipe de Gales, Carlos, hijo de Jacobo I. Los pueblos de ambos países recelaban de una boda entre príncipes de religión distinta, pero Inglaterra quería el apoyo español para devolver el Palatinado al cuñado de Carlos, Federico V. En estas circunstancias se presentó de improviso en Madrid, Carlos, acompañado de su valido Buckingham. Ese gesto agradó a los españoles y por la calle se cantaba su romance :

Carlos Estuardo soy
que, siendo el amor mi guía,
por mar y tierra me voy
buscando mi estrella María.

Pero no bastó la poesía de su llegada para acercar a los dos jóvenes. Olivares se opuso terminantemente, así como

el rey, y tras de agasajados brillantemente — lo describe Luis de Góngora —

Parió la reina; el luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darle joyas, hospedaje y vino.
hicimos un alarde o desatino
y unas fiestas que fueron tropelías
al ánglico legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
que nació para serlo en las Españas;
hicimos un sarao de encantamiento,
quedamos pobres, fué Lutero rico:
mandáronse escribir estas hazañas
a Don Quijote, Sancho y su jumento.

...se volvieron los ilustres viajeros con las alforjas vacías. El fracaso arrojó a Inglaterra en los brazos de Holanda, y España contó desde entonces con un enemigo más.

Por otra parte, se le morían los amigos. Don Pedro Girón, duque de Osuna, virrey y capitán general de las dos Sicilias, que tanto hiciera en favor de los asuntos españoles en Italia, murió en la cárcel mientras pendía un proceso sobre su cabeza. Sus enemigos y su extraordinario orgullo hicieron que se viera comprendido en los procesos que, por malversación de fondos públicos, inició el conde duque a su llegada al poder. Francisco de Quevedo, insubstituíble cronista de la época, que estuvo en Italia a las órdenes del duque y con él tomó parte en una conspiración contra Venecia, nos explica su vida:

Diez galeras tomó, treinta bajeles,
ochenta bergantines, dos mahonas;
aprisionóle al turco dos coronas
y los corsarios suyos más crueles.
Sacó del remo más de dos mil fieles,

y turcos puso al remo mil personas
¡y tú bella Parténope aprisionas
la frente que agotaba los laureles!

Y en el final de otro soneto recuerda su esfuerzo inconmensurable vencido por los leguleyos enemigos:

Divorcio fué del mar y de Venecia
sus desposorios dirimiendo el peso
de naves, que temblaron Chipre y Grecia.
¡Y a tanto vencedor venció un proceso!
De su desdicha su valor se precia:
murió en prisión y, muerto, estuvo preso.

Las tormentas bélicas arreciaban. Nos atacaba el francés, el holandés y los protestantes alemanes. La guerra de los Treinta Años se iba desarrollando a favor de los enemigos de España y la Valtellina, codiciado pasillo, cayó también en manos de los franceses. Quevedo, siempre al cuidado del estado del cuerpo nacional, trata de explicar el por qué se ve tan asaltada la patria, haciendo historia de su grandeza. Empieza con Pelayo:

Un godo que una cueva en la montaña
guardó, pudo cobrar las dos Castillas;
del Betis y Genil las dos orillas,
los herederos de tan grande hazaña.
A Navarra te dió justicia y maña
y un casamiento en Aragón, las sillas
con que a Sicilia y Nápoles humillas,
y a quien Milán, espléndida, acompaña.

Viene luego la sucesión portuguesa y el descubrimiento de América:

Muerte infeliz en Portugal arbola
tus castillos. Colón pasó los godos
al ignorado cerco de esta bola.
Y es más fácil, ¡oh España!, en muchos modos
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a ti sola quitar todos.

La guerra se extendía por todas partes y el hecho de que los imperios coloniales de España y Portugal obedeciesen al mismo rey hacía más fácil la presa de los merodeadores de otras naciones. Esta vez Quevedo ya apunta al blanco directamente y acusa al monarca de entregarse a sus distracciones y a dar títulos a Olivares mientras el país se va deshaciendo en guerras interminables:

Los holandeses, señor, y los persianos
han conquistado a Ormuz; las Filipinas,
del holandés padecen mil ruinas.
Lima está con las armas en la mano;
el Brasil en poder de luteranos,
temerosas las islas sus vecinas;
la Valtellina y treinta Valtellinas
serán del turco en vez de los romanos.
La Liga de furor y astucia armada,
vuestro imperio procura se trabuque
el daño es pronto y el remedio es tardo.
Responde el rey: "Destierren luego a Estrada
llamen al conde de Olivares, duque
case su hija y vámonos al Pardo".

Pronto esta voz aislada se hizo general. El pueblo se incomodaba ante la postura del rey que dejaba a sus soldados morir en tierra extraña mientras él vivía solazándose y colmando de honores a su favorito. Con motivo del ataque de los franceses a Fuenterrabía, el ministro mandó los socorros necesarios y sólo por ello, el rey le concedió como recuerdo una copa de oro que le mandaba todos los años por la misma fecha. Empezaron los movimientos políticos de separación en la misma España. Cataluña, maltratada por las tropas del conde duque y porque sabía de la ojeriza que éste tenía a la región, empezaba a agitarse. Lo mismo sucedía en Portugal, que, a la pérdida de sus colonias una tras otra, veía añadirse el nombramiento de gobernadores castellanos contra las promesas de Felipe II. En un barco ha-

ciendo aguas, todos procuran abandonarlo, y la triste España era esto, un cascarón de nuez deshecho por mil tempestades. Así se queja el poeta anónimo :

Hablemos claro, mi rey,
toda España va de rota
el portugués más se engríe
el catalán más se entona,
lo militar no se ejerce,
lo político le estorba,
los que pierden nos gobiernan
los que ganan se arrinconan.

No hay posibilidad de hacer nada mientras exista un rey que abandona sus tropas en marcha hacia Cataluña para irse al Retiro donde le esperaba su esposa :

Hoy no se acierta en España
acción humilde y heroica,
desdicha es errar algunas,
malicia es errarlas todas.
Si cariños del Retiro,
Señor, tan apriesa os tornan
Rey que a retirarse llega
mucho sus armas desdora.
No se castigue a soldados,
aunque se vuelvan a tropas,
que buen ejemplo les da
el mismo rey en persona.

¡Qué distinto ese tono melancólico y pesimista de aquel que hemos visto páginas atrás cuando se glosaba entusiásticamente el esfuerzo al frente de las tropas de un Carlos V o de un Juan de Austria ! Ahora se ironiza de todo, incluso se duda de la capacidad del rey y de su consejero para gobernar el país. El soneto anónimo que sigue lo muestra al fingir una conversación entre los dos :

¿Qué es lo que hacéis? — En nada discurrimos.
¿Pensáis en algún medio? — No sabemos.

¿Buscáisle en la justicia? — No podemos.
¿Esforzáis la milicia? — No la vimos.
¿Dónde está el bien común? — No lo sentimos.
¿Su honra, dónde está? — No la tenemos.
Habladme sin rebozo. — No queremos.
Advertidme siquiera. — No advertimos.
¿Qué consultáis? — Los cuándos y los cómos.
¿Y los motivos? — Esos no alcanzamos.
¿De guerra qué sentís? — Perdidos somos.
¿Socorréis al Imperio? — No atinamos.
¿Hay alguna esperanza? — Ni aún asomos.
¿Y el caso de la copa? — En eso estamos.

Ya se ha desbocado la literatura contra el antes omnipotente señor de Olivares. Por todas partes surgen pasquines y el español medio no vacila en considerarle la causa de todo el mal que España sufre. La guerra de Cataluña, si bien con resultado final victorioso para el gobierno, es costosa, mientras en Portugal crece y se afianza la insurrección, a pesar de que el favorito dió, con afectada ligereza, la noticia de la sublevación de Braganza, asegurando que sólo se trataba de un paseo militar. Reacciona el pueblo :

La guerra de Portugal
que se juzgaba tan breve
con tanto espacio se mueve,
que va aspirando a inmortal;
tanto estrépito marcial,
tanta gente levantada,
a pie y a caballo armada,
tanto aparato ¿qué ha sido?
Mucha costa y gran ruido,
¿y tanta jornada? Nada.

Y Quevedo vuelve a levantar su voz iracunda contra quien cree el responsable :

No he de callar por más que con el dedo
ya tocando la boca, ya la frente,

me representes o silencio o miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿nunca se ha de decir lo que se siente?

La privanza de un hombre que llevaba al país a la ruina llegó a parecer tan extraordinaria al vulgo que se creyó que el conde duque tenía hechizado al rey. Se basó la sospecha en la muletilla que el de Guzmán llevaba a menudo y de la cual se creía le daba la invulnerabilidad. Como dice un anónimo :

... a quien él no quiere
por milagro se tiene si no muere;
mas si le es amable
parece que le da la perdurable,
y todo lo sujeta
con la santa Hermandad de su muleta,
donde por testimonio
el gobierno se ha visto del demonio.

Como en el caso del condestable don Alvaro de Luna, con quien tanto parecido guarda el conde duque, fué una mujer, la reina, la principal causante de su caída. Doña Isabel de Borbón tenía motivos para estar ofendida con el orgulloso Olivares y uno de ellos era el convencimiento de que el privado había protegido los amores del rey con la actriz llamada la Calderona. Ello, y los grandes enemigos que se había granjeado el conde duque, lograron la caída de éste en 1643. Jubilosamente lo proclamó el poeta.

El día de San Antonio
se hicieron milagros dos,
pues empezó a reinar Dios
y del rey se echó al demonio.

Seguían, a pesar de ello, los desastres de la política exterior. La larguísima guerra con Francia dió por resultado la paz de los Pirineos. Por ella se cedía a Francia el

Rosellón y el condado de Conflans y el Artois en Flandes. Uno a uno se iban quitando a España los triunfos adquiridos en reinados anteriores. Uno a uno descendía los escalones de su grandeza. Don Luis de Haro, que había sucedido al conde duque en la privanza, apenas pudo hacer otra cosa que certificar con su presencia la derrota del país.

A los sesenta años de edad y cuarenta y cuatro de reinado, moría Felipe IV, en 1665. Dejaba como heredero a su hijo Carlos, de cinco años, bajo la tutela de su esposa doña Mariana de Austria y reconocía como hijo natural, habido con la Calderona, a don José Juan de Austria.

CAPÍTULO IX

CARLOS II Y LA SUCESIÓN ESPAÑOLA

Al morir Felipe IV, aquella supremacía militar que ostentaba la España de Carlos y de Felipe II, había pasado, en su aspecto naval, a Inglaterra, y en el terrestre a la Francia de Luis XIV. Y como en otros momentos de la historia hemos visto, el rey que no podía hacerse obedecer en el mundo, no era tampoco dueño de su propia casa. Para rematar el proceso, quedaba como monarca un niño de corta edad, bajo la tutela de su madre doña Mariana de Austria, una extranjera a quien la nación no tenía ninguna simpatía. Y por si todo ello fuera poco, ésta se trajo de su corte de Viena a su confesor, el padre Nithard, nombrándole Inquisidor general con entrada nata en el Consejo de Regencia. Molestó ello a los españoles y muchos se unieron al joven partido de don José Juan de Austria, cuyo sólo nombre evocaba la gloria. Un partidario suyo escribió en un pasquín:

Para la Reina hay descanso
y para el rey hay tutor,
si no se muda el gobierno
desterrando al confesor.

Otro acusa al rey de no mantener la energía primera para llevar a cabo sus tareas de gobierno:

Carlos, el primero día
que empezaste a gobernar
ya quisiste dominar
el mal de tu monarquía.
¿Cómo de tanta alegría
tan apriesa lo has privado?

Aludiendo al dominio que doña Mariana ejercía sobre él:

Mira, rey mal informado,
que, aunque hijo, eres rey,
y que debes según ley,
mostrar que eres como diestro.
Padre nuestro.

La polémica poética y política siguió mucho tiempo. El estado físico de Carlos ofrecía serios temores y los cortesanos preferían enrolarse en los bandos que habían de triunfar un día no lejano a uncirse a un carro maltrecho y pronto a ser destruído. El desgobierno de la nación se acentuaba con ello y los poetas, como en tiempos de Juan II, se permitían las mayores irrespetuosidades. Considerando muy importante el nacimiento legal de los príncipes, un comentarista ironiza incrédulo sobre la real procedencia de don José Juan de Austria:

Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella Calderona.

Con tantos padres no puede saberse con seguridad de quién fué el hijo...

De tan santa cofradía
procedió un hijo fatal,
y tocó al más principal
la pensión de la obra pía;
claro está que le daría
lo que quisiese su madre

pero no habrá a quien no cuadre
una razón que se ofrece,
mirad a quién se parece
porque aquél será su padre.

Y explica los descalabros militares del bastardo. Vencido en las Dunas y causante de la pérdida total de Portugal, cuya independencia fué reconocida en este reinado.

Así perdió a Portugal;
en las Dunas su arrogancia
dió tantos triunfos a Francia
que es cosa de admiración
cobrar tanta perdición
con un hijo de ganancia.

Y le pide al rey que averigüe si, efectivamente, es don José Juan hermano suyo.

Mande pues, Carlos II,
ver si le hubo sin recelo
el rey que vive en el cielo,
con una mujer de mundo.
En un misterio tan profundo
sólo puedo decir yo
que por suyo lo juzgó;
mas si con todo, es extraño,
no será el primer engaño
que Felipe padeció.

La diatriba contra don Juan obedecía al desengaño con que sus partidarios le vieron dedicarse a las intrigas palaciegas — a Nithard depuesto había sucedido el aventurero Valenzuela —, en lugar de aceptar mandos en el ejército de Francia o el de Mesina en Italia. Mientras, en cambio, Luis XIV nos obliga a firmar la paz de Aquisgrán y la de Nimega, con pérdida de ciudades y rentas. El estado del rey seguía preocupando y se intentó que diera un heredero a la corona. La elegida de la reina madre

fué la archiduquesa María Antonia de Austria. El pueblo, recordando la privanza de Nithard, escribió por las paredes :

Pues que permitís, Señor,
nos nazca una reina bella
hija del emperador,
no permitáis que con ella
nos nazca otro confesor.

Pero se impuso el parecer, naturalmente contrario, de José Juan de Austria, y la que llegó como reina fué María Luisa de Orleans. Se consideraba tan importante su papel de transmisora de la sangre real en un nuevo monarca, que se escribía :

Si París, París a España;
si no París, a París.

Toda la literatura del tiempo está llena de la angustia por lo que ha de venir tras la muerte de Carlos. En el exterior se ve a Luis XIV cada vez más fuerte y cada vez más hostil a los intereses españoles. El Imperio que había de ser el natural valedor de los Austrias no parece querer asegurarse más que su tajada en el botín. ¡ Si ese pretendiente don José Juan fuera realmente un hombre de estado !, ¡ si supiera reducir a los enemigos externos e interiores de España agotada por mil guerras ! Pero el hombre en quien, mientras militó en la oposición, todos tenían puesta la confianza, fracasó en cuanto llegó al gobierno. Las innovaciones se limitaron a cambios en las prendas de vestir — el tahalí por el cinturón, el cuello blando por la golilla, y en la decoración urbana como el hacer descender «el caballo de bronce» — estatua ecuestre de Felipe IV — desde los altos del jardín del Palacio. Así comentaba el anónimo libelo :

La carne el año pasado
valía a sólo catorce,
el pan no vale a sus once

y en este no se ha bajado
más que el caballo de bronce.

Y otro, parodiando al valentón del soneto de Cervantes:

Vino su Alteza,
sacó la espada
y no hubo nada.

A lo que, indignado, hizo añadir don Juan, reprochándole la impaciencia:

Villano,
aun no se ha cogido el grano.

Pero no había grano ya para la España desorientada del final del XVII. Fracasó el de Austria, fracasaron todos los que intentaron poner un parche en la herida abierta en el estado. Enfermo el rey, empezó la lucha diplomática entre las potencias europeas, especialmente entre el Emperador y Luis XIV para dividirse su monarquía. Hasta tres tratados de partición se hicieron a escondidas y menosprecio de la voluntad de Carlos II. Cuando éste, moribundo y esperando mantener íntegra y unida la herencia de sus abuelos, firmó el testamento a favor de Felipe de Anjou, nieto de Luis, no sabía que había abierto la puerta a la discordia civil que la historia conoce con el nombre de guerra de sucesión española. El 1.° de noviembre de 1700 entregaba su alma a Dios Carlos II, a quien por sus extraños males, la desazón de sus súbditos dió el nombre de «el hechizado».

CAPÍTULO X

FELIPE V. LA GUERRA DE SUCESIÓN

Con el siglo XVIII empezaba en España la guerra de Sucesión. No bastaba con que el país viera caer, una a una, sus esperanzas exteriores. Tenía que suceder, además, que el frente interior se escindiese a favor o en contra de un pretendiente. Éstos eran, a la muerte de Carlos II, Felipe de Anjou, Carlos de Austria, Pedro II de Portugal, Víctor Amadeo de Saboya y el duque de Orleans, nombres y títulos que indican que en toda Europa existía la apetencia del botín español. Pronto quedaron solos y antagonistas Felipe y Carlos como más autorizados. Felipe es nombrado por el testamento de Carlos II, heredero del trono, y toma posesión de él, ante el fervor del pueblo ganado por el oro y la propaganda francesa. Sin embargo, las provincias orientales como Valencia, Cataluña y Mallorca, recelosas del centralismo representado por Luis XIV, se colocan al lado del Archiduque. Dividida España, su suerte es la de un país en manos de mercenarios que, por un lado y otro, no hacen sino agotarla más. Los triunfos sonrieron en el primer momento a los imperiales, y su jefe, Carlos, llegó a entrar en Madrid siendo recibido friamente. Arrojaba monedas y el pueblo decía :

Viva Carlos Tercero
mientras dure el echarnos dinero.

Pero un partidario del Archiduque comprende mejor la situación de sus fuerzas y se queja del abandono y la lentitud con que son llevadas las «cosas de la guerra» :

En las cosas de la guerra
dicen que todo va bueno;
bien puede ser que así sea
mas yo, ciego, no lo veo.
...en toros, misas, disputas
gastamos unos momentos,
más calvos que la ocasión
y más veloces que el viento.

El testigo teme. Teme por sus fuerzas inactivas, teme por la sagaz habilidad política de Luis XIV, que puede separar a un aliado de la coalición.

¡Guay de nosotros si Holanda
con Luis hace un convenio!

...o del valor militar del duque de Vendôme...

¡Guay si Vandoma nos coge
sumergidos en el sueño!

Por otro lado, además de la fortaleza francesa que, en este siglo, es el primer estado militar de Europa, existe el tesón de Luis y de su nieto Felipe para atacar y vencer. Un romance popular saluda al Borbón vuelto a la capital :

Invicto Alcides hispano
en cuyo valiente acero
la fama imprime victorias
y la justicia escarmientos...
Si de Alejandro y César
volúmenes guarda el tiempo,
por tus triunfos parece
que son los siglos estrechos.

A pesar de los reveses de Almenara y Zaragoza, las victorias de Brihuega y Villaviciosa lograron la total posesión de la corona española para Felipe. Por otra parte, Carlos era ya emperador de Austria, muerto José, e Inglaterra no quiso luchar para engrandecer más a su estado, ya que había entrado en la guerra precisamente para evitar el excesivo poder de la monarquía francesa. Se firmó, pues, la paz de Utrecht y, por su mediación, Inglaterra se quedó con Gibraltar y Menorca. Al Emperador se le daba, por otro tratado, el Milanesado, Nápoles, Cerdeña, el Luxemburgo y Flandes, y al duque de Saboya, Sicilia. Se contraía, pues, la monarquía española a la misma velocidad que, en otro tiempo, había extendido sus alas.

Con Felipe llegaba la influencia francesa en el traje, en las costumbres, en las academias y en el ejército. Luis XIV dicta su voluntad durante mucho tiempo ante el disgusto de los españoles y el padre José A. Butrón se indigna contra la civilización imitada de Francia y del desprecio a España.

¡Que un gallo que de viejo ya es capón (Luis XIV)
pueda así el gallinero alborotar!
¡que ponga en confusión la tierra y mar
este grande gusano revoltón!
¡Que haga así de lo ajeno partición
para mejor lo propio conservar!
¡Y que la pobre España ha de pagar
todo lo que ha pecado su ambición!
¡Que por oro se nos trueque el oropel,
y la jerga nos venda por tisú
y porque cuando amigo es más infiel
nos lleva los tesoros del Perú!
¡Oh, Felipe! ¿Qué hacéis? ¡oh España fiel!
¡Oh Francia vil! ¡oh tú, tirana, oh tú!

La influencia francesa, sin embargo, no desagradaba a todos. Hubo en seguida quien se acostumbró gustosamente, a los aires transpirenaicos. R. Melchor de Ma-

canaz, por ejemplo, gusta de la doctrina de Versalles y comparte las diatribas de nuestros vecinos contra la religión. Todo el siglo XVIII, enemigo de los sacerdotes, el siglo que ha de dar más tarde a Voltaire y a la Enciclopedia, parece adelantarse en estos versos dirigidos al rey contra los frailes:

El soberano monarca
rey de los reyes supremo
que el orbe formó de un soplo,
lo mantendrá con el mesmo.

Y elogia la patria de Felipe para congraciarse con él:

En Francia hay frailes muy pocos,
en España hay un mar de ellos
y allí son los triunfos más,
habiendo quien rece menos.
...Cuando se perdió a Larache
y otras plazas se perdieron
fué por los pocos soldados
y hubo frailes en exceso;
con que hallaréis, gran Señor,
claro es aqueste argumento
que, o los soldados faltaron
o los frailes se durmieron.
Los que entran en religión
que te hacen gran falta es cierto;
si buenos para las armas,
si malos, para los buenos
pues a tus reinos importa
más, cuando Ceuta está ardiendo
quien cuarenta moros mate,
que quien rece un padre nuestro.

Pero a pesar de este exceso de sacerdotes, la labor guerrera de Felipe en Africa fué importante. Por su empeño y el valor de sus tropas se recobra en 1732 a Orán y a Mazalquivir, perdidos en 1708. Eugenio Gerardo Lobo

encomia a los que se embarcan para la empresa en el estilo ya típico referido a los que combaten contra musulmanes :

Ve, lucido escuadrón, ve fuerte armada,
del monarca de España empeño augusto,
y el pendón infeliz del moro adusto
su luna llore en ti siempre eclipsada.
Vete y vuelve de triunfos coronada,
gloria de Dios y de la patria gusto;
haga en los moros tanto estrago el susto
que quede en el ocio la invencible espada.
Contra viles sectarios mahometanos,
¡ah Señor! de tu causa no te olvides;
que en tu brazo se fían, no en tus manos.
Vuelve en triunfos, Señor, todas tus lides;
tiempo es ya de que en leones africanos
la clava esgrima el español Alcides.

Y un oficial anónimo de los Regimientos de Guardias Españolas y Valonas, hace así su descripción, en verso, de la batalla :

...Del general, entonces el talento
la observancia, el cuidado, la experiencia
va cebando la acción, con pensamiento;
de que sea el preludio consecuencia;
manda salir (y manda el vencimiento)
al denuedo, a la muerte, a la violencia,
al terror, al asombro y al espanto,
granaderos valones valen tanto
marchan iguales; sin que nadie pierda
su formación en paso, espalda y pecho;
siguen los granaderos de la izquierda
con noble audacia, con marcial despecho:
su disciplina valerosa y cuerda,
aprovecha descargas trecho a trecho,
siempre a la boca del cañón sujetas
las punzantes y firmes bayonetas.

(Representación de la nueva estrategia que había hecho de la pica y mosquete antiguos una sola pieza.)

La política francesa que triunfó al principio del reinado de Felipe con Orry, Amelot, la princesa de los Ursinos y Louville, es substituída desde 1715 por la italiana de Alberoni, apoyado por Isabel de Farnesio, la nueva reina. En un empeño de revitalizar a España en lo exterior, el ministro arma una escuadra que desembarca en Cerdeña y luego en Sicilia, tomando fácilmente unas islas de las que nos había despojado la paz de Utrecht. Pero Inglaterra, alarmada, deshace sin previo aviso nuestra escuadra en el cabo Passaro, y Alberoni, declarado responsable, cayó. Sin embargo, Isabel no cejó en su empeño de lograr para sus hijos Carlos y Felipe coronas italianas y, efectivamente, en 1738 el primero es declarado rey de las Dos Sicilias. El 9 de julio de 1746 moría Felipe V, subiendo al trono Fernando VI, único hijo superviviente de su matrimonio con María Luisa de Saboya.

CAPÍTULO XI

FERNANDO VI Y CARLOS III

Fernando VI

De carácter apacible y tranquilo, Fernando odiaba la guerra. Se consideraba muy español y se negó, desde el primer momento, a vivir bajo la férula de Francia. Torres y Villarroel saludó su llegada, tras la muerte de Felipe:

Al pie de aqueste regio, triste, adusto,
pálido monumento en que se encierra
al mayor rey que veneró la tierra
llora, noble Fernando, que es muy justo.

Sin embargo, es forzoso vencerse...

Pero no llores, no, que a su partida
mejora de fortuna, reino y suerte
en premio a su virtud esclarecida
y a ti te deja, aunque en dolor tan fuerte,
infinitos ejemplos en su vida,
y todas nuestras vidas en su muerte.

Fernando se encontró con una guerra entablada. La que había de procurar el ducado de Parma, Plasencia y Guastalla a su hermano el infante don Felipe. Creyó su deber no abandonarla y la prosiguió hasta que el tratado de Aquisgrán reconoció aquellos derechos. Luego se encerró en una enérgica neutralidad y a pesar de ser aquella

una época de revisión de posiciones, una lucha feroz encendida en Europa, especialmente entre Francia e Inglaterra, enemigas en el Viejo Continente y en el Nuevo, el rey se mantuvo impertérrito ante los mejores ofrecimientos, sin querer entrar en la contienda. Sin embargo, Antonio Porcel elogia a Fernando VI y a una posible cruzada del rey, el emperador y Francia contra los mahometanos:

hasta que del gran padre suscitando
el ánimo, la espada y la fortuna,
del solio haga caer la media luna,
cuando el león glorioso,
el águila y el gallo generoso
con fe se junten, con afecto puro,
y sus armas católicas triunfantes
cubran el mar de bárbaros turbantes.

La influencia que seguía triunfando en España era la francesa. Así lo reconoce Torres Villarroel en unos versos:

Castellana es esta musa
y nunca más le valiera
que ser musa castellana
ser una musa francesa.
Pues dicen que nada es bueno
como de París no venga,
y hasta la misma herejía
si es de París será acepta.
¿Cuándo ha de llegar el día,
incauta España, en que entiendas
que aun afilan contra ti
los cuchillos en tus piedras?
¿Cuándo has de desengañarte
de que, astuta, Francia intenta
introducirte los usos
para ponerte las ruecas?

La orientación francesa en la política la interpretaba el marqués de la Ensenada, y la inglesa don José de Car-

vajal. Entre los dos el rey supo mantenerse en el justo medio, porque ninguno era un fanático de su idea y anteponía el amor a España al de otro país cualquiera. Las intrigas de los embajadores extranjeros, especialmente del británico y el galo, no consiguieron más que la guerra intestina en la corte con el auge momentáneo de una de las dos camarillas. Por instigación del inglés Keene, por ejemplo, fué desterrado Ensenada, que había dado cuenta al infante Carlos, presunto heredero, de un tratado cediendo la colonia de Sacramento a Portugal. Pero la nación supo mantenerse en paz y Fernando renunció a los golosos ofrecimientos de Menorca y Gibraltar, que traían aparejada la guerra.

Gran influencia alcanzó en este reinado el padre Rávago, confesor de Fernando. El vulgo, dispuesto siempre a creer en secretos de palacio, recelaba de su figura y cuando cayó en desgracia ésta fué celebrada por unos cantares anónimos que decían :

Cāyó Luzbel, causó horror,
dejó infeliz su memoria,
y perdiendo gracia y gloria,
cayó el padre Confesor;
por su soberbia y furor
Dios le dejó de su mano,
pero el rey, cual soberano,
abriendo los ojos ya,
hoy a todos gusto da
derribando a este tirano.

En 1758 murió la reina Bárbara de Braganza. De carácter apacible y tranquilo, muy enamorada de su marido, no había intervenido en política. Sin embargo, tenía pocas simpatías populares porque no había sabido dar descendencia al rey, pecado que las multitudes no gustan de perdonar. Se le achacaba, además, un ansia de atesorar con las riquezas públicas, que dió motivo a los versos siguientes :

La estéril reina murió,
sólo preciosa en metales.
España engendró caudales
para la que no engendró.
Bárbara desheredó
a quien la herencia le ha dado,
y si la Parca no ha entrado
a suspenderle la uña,
todo lo que el Rey acuña
se trasladará al cuñado.

Las buenas intenciones del monarca para mantener en paz a su país estuvieron a punto de acabarse con la pérdida de razón que le acarreó la muerte de su esposa, a quien quería extraordinariamente. Los arrebatos de locura que tuvo entonces pusieron en peligro a España en un momento en que Europa se agitaba. Los versos anónimos siguientes lo explican claramente :

El rey está como quiere
uno y otro adulador:
ya come, ya está peor,
ya se ríe, ya se muere.
El Grande que más prefiere
nos dice que se está assí;
las Papeletas de allí
no añaden cosa especial,
y ni por bien, ni por mal,
nunca salimos de aquí.
Carlos espera impaciente,
(el presunto heredero)
Luis, lo tolera constante,
(su hermano)
e Isabel calla prudente,
(la reina madre)
el Inglés armadas miente;
el francés, dispone tropa;
va el Prusiano viento en popa,

mientras el húngaro rema,
y éste es el plan de Systema
político hoy en Europa.

El peligro lusitano:

Del Portugués la codicia
se emplea, su otra proa,
en dilatar a Lisboa
a pesar de la justicia.
Hallan doctrina propicia
las ideas de su afán,
porque unidas se le dan
(sin que pierda más que el cielo)
en máxima, Machiavelo
en influjos, Cumberlán.

(hijo de Jorge II, vencedor en Culloden)

Pero, afortunadamente, la nación pudo mantenerse en paz, y cuando bajó a la tumba el rey Fernando, en 1759, se había logrado una época de tranquilidad aprovechada por la industria y la agricultura nacionales.

Carlos III y sus reformas

Fernando había sido buen marido, pero Dios no le concedió ser padre. Al no tener hijos con Bárbara de Braganza, su inmediato sucesor fué su hermano Carlos, ya rey de Nápoles.

El rumor de la fama de buen gobernante había precedido a su llegada a la península. Por ello, y porque un nuevo rey siempre despierta el entusiasmo popular, se le recibió con gran alborozo y festivales. La exposición de los países que iba a regir le esperaba en una larga teoría de cartelas en verso que, a su entrada en la villa y corte, figuraban en todas partes. Los había escrito Vicente García de la Huerta y era la expresión de todos y cada uno de sus nuevos estados.

Por ejemplo, decía Castilla :

Sus altivos homenajes
hoy van de Castilla a Carlos
para mejor ensalzarlos.

Aragón ofrecía sus barras :

En tantas aclamaciones
y comunes parabienes
ofrece Aragón por dones
para que orléis vuestras sienes
el oro de sus bastones.

Cataluña levanta su brazo leal :

Si al esfuerzo catalán,
Carlos, la rienda soltares,
árbitros de tierra y mares
tus ejércitos serán.

Siguen las pruebas de lealtad y fidelidad de las restantes regiones peninsulares y de las Filipinas, Marianas, Chile, Perú, Nueva Granada, Orinoco, Río de la Plata, Costa Rica, la Española, la Florida, Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Yucatán, Canarias, Presidios africanos... ¡Todavía era grande España!

Carlos era Borbón como su hermano y antecesor en el trono ; pero, así como a éste su sangre no le impidió mantener una neutralidad beneficiosa para el país, el nuevo rey se apresuró a firmar un Pacto de Familia con los franceses, pacto que nos dejaba al descubierto frente a las naves inglesas en Honduras y Terranova, mientras teníamos que ayudar a los galos en su guerra más tarde llamada de los Siete Años contra Inglaterra y Prusia. Perdimos La Habana, aunque invadimos Portugal, aliada de Inglaterra. Cadalso, que sirvió en esta campaña, cantó ante el sitio de Almeida :

Dónde hallarás quién resistirte pueda...
. . . . . .
...las melenas del león hispano
coronarse con lises, y a su saña
rendir Almeida el alto muro ufano.
. . . . . .
deseaba llegase la batalla
en que los tropas que la Lipe ordena
huyesen de Lisboa a la muralla
o rindiesen el cuello a la cadena.

Como es lógico, la guerra de las dos metrópolis peninsulares se extendió a las colonias. Motivo de fricción era, de antiguo, la colonia del Sacramento, entre el Brasil y la Argentina de hoy. Contra esa posesión fué mandada la fuerza de don Pedro Ceballos. Nicolás Fernández de Moratín cantó la empresa y parece, a través de sus versos, que otra vez nacían los hechos heroicos de sus antepasados en Flandes, en América o en el Mediterráneo :

El gran monarca hesperio
desde el trono que ocupa, gobernando
el universo que le está adorando,
miró en otro hemisferio
menospreciar sus leyes,
y a la santa amistad con saña dura
rasgar la respetable vestidura.
La fe pública hollada
implorar los auxilios de su espada
y bélica justicia
y llamando al blasón de su milicia
"ve y vence, dijo, al luso fementido";
y fué al punto el monarca obedecido,
porque ardiendo el soberbio castellano
con el ansia marcial de la victoria,
ganoso de alta gloria,
su armada entrega al móvil oceano.

Sale la escuadra con animoso andar...

llevando desde Europa
la fortuna de Carlos en la popa,
sujetando a sus pies fieras naciones
con nuevos timbres que a su patria canta.

El Sacramento fué luego devuelto y reconquistado de nuevo en otra guerra, pero esa glosa demuestra que otra vez los españoles sentían el orgullo de poseer tierras lejanas y de ser regidos por un monarca que cuidaba de su oficio.

Sin embargo, un difícil expediente sirvió para deshacer la unidad política en torno de Carlos: la expulsión de los jesuítas. El enciclopedismo francés a que antes aludíamos y que había hecho presa en España, se mantuvo en todas partes de Europa y América en pugna abierta con los miembros de la Compañía de Jesús, que se negaba a ceder un adarme de su doctrina o de su moral ante los «libertinos del espíritu». De Portugal fueron expulsados por Pombal en 1759, y de Francia en 1764 bajo el pretexto de unas especulaciones mercantiles del padre Lavalette. En España el choque se debió en primer lugar a la inquina de Aranda. Había sobrevenido el motín de Esquilache en el que este ministro poco hábil chocó con la natural antipatía de los españoles a las reformas tajantes impuestas desde arriba.

«Carta en que un sujeto da cuenta a otro de lo sucedido en Madrid en el domingo de Ramos»:

Amigo, mil novedades
te diré en este correo,
porque han ocurrido tantas,
y tan grandes, que protexto
no he hallado en cuantas historias
se han escrito, igual suceso.

...y así va de cuento, amigo,
mas no es cuento lo que cuento;
fué el caso que en el Domingo

de Ramos pretendió el pueblo
si allí echar al suelo capas
aquí faroles al suelo.
Viva el Rey, todos decían,
muera Squilace; y no puedo
decir como a su mujer
la llamaban...

...los faroles que Grimaldi
genovés (bástale esto)
mandó poner y alumbrar
ya amigo se oscurecieron
la primer noche quedaron
los más rotos, y el entero
por no sufrir un cantazo
él se quebrantó de miedo;
se fué el pueblo a los Quarteles
pretendiendo poner fuego
a todos los individuos
si no seguían al pueblo,
los Blanquillos, o los Pobres (infantería de línea
que usaba uniformes blancos)
del Hospicio, que es lo mesmo,
no han dicho esta boca es mía
porque valor no tuvieron
para abrirla contra tantos
nobles españoles fieros.

...Con el Rey capitularon
y los artículos fueron
el que se bajase el pan
no (h)aiga junta ni aun por pienso
que sean siempre españoles
todos los del Ministerio.

...Aprender flores de mí
lo que va de ayer a hoy
que ayer Squilace fuí
y hoy Squilado soy.

El motín costó la salida de España al ministro, y Carlos, celoso de la autoridad real, lo soportó en silencio pero muy a disgusto. Había además el caso de la canonización de Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles y defensor del pensamiento real en América. Carlos intentó desde el primer momento su subida a los altares, apoyado por el Papa y contra la tesis de la Compañía. Un partidario de ésta escribía :

— ¿Qué es el Papa? Un fiero hereje.
— ¿Y el rey Carlos? Fracmasón.
Pues aquesta es la razón
que a Palafox le protege.
Quéjese pues quien se queje,
que se le ha de hacer lugar
a gusto de paladar;
porque así van los gobiernos;
Palafox en los infiernos
y adorado en un altar.

A estos versos siguieron inmediatamente los que hizo un partidario del rey :

Sólo quien fuese un hereje
injerto en el fracmasón,
blasfemará la razón
que a un venerable protege.
El Papa y el Rey se queja
y arranquen de su lugar
de quien muerde ambos gobiernos
diciendo está en los infiernos
el que es digno de un altar.

Vencieron los enemigos de los jesuítas. Con silenciosa precaución y movido todo por Aranda, fueron sacados de sus casas el 1 de abril de 1767 y embarcados hacia los Estados Pontificios. Ante la carta de Carlos comunicándole la resolución tomada, Clemente XIII respondió con un breve recordándole, entre otras cosas, que la Compa-

ñía de Jesús había nacido en España y era valedora de la Inmaculada Concepción, devoción extrema de Carlos. Esta consideración, así como la constancia que el rey tenía de que los jesuítas eran los sacerdotes que mejor se habían portado en América en relación con el indígena, hacen más curiosa y extraordinaria la resolución de destierro. «Mis razones — dijo Carlos III — sólo Dios y yo debemos conocerlas», y sus instancias posteriores lograron la disolución de la Compañía de Jesús.

Proseguía, entre tanto, su labor de reforma nacional concediendo gran importancia a las comunicaciones, a la higiene, a las obras públicas, a América. Utilizó, cuando fué necesario, ministros extranjeros a pesar de la hostilidad ya manifestada por el pueblo contra ellos. Una expedición a Argel, que mandaba O'Reilly y que fué ideada por Grimaldi, motivó un pasquín :

Si O'Reilly no muere
Aranda no viene
Y Ceballos no va
España se perderá.

Pero no pudo ir Ceballos, que pidió demasiadas tropas, según los técnicos ministeriales, y se encomendó a O'Reilly, quien se comprometió con muchas menos a acabar con Argel. Tras de muchas vacilaciones y dudas sobrevino el desembarco. Empezó el ataque a las cinco de la mañana y a las cinco de la tarde estaban reembarcando todos. Dejaron sólo tres cañones, pero muchos muertos. La indignación española al saber el hecho se manifiesta en esta sátira madrileña :

Que por fin todo se errase
que la función se perdiese,
que la gente se muriese
porque Dios lo quiso así,
esto sí;
pero querer persuadirnos
en cada error un acierto

que no han muerto los que han muerto
y que miente quien lo vió,
¡eso no!

Colonización interior

Al espíritu de reformas de Carlos le fué grato el proyecto de repoblar los eriales de Sierra Morena con campesinos alemanes. El abogado peruano don Pablo Olavide se cuidó de llevar a la práctica el proyecto, que topó con muchas dificultades. La principal fué la de luchar con el padre espiritual de los colonos, Fray Romualdo de Friburgo. Éste le denunció a la Inquisición como amigo de Voltaire y de Rousseau y fué condenado al extrañamiento, porque el rey, aunque enemigo de jesuítas, tenía en mucho la pureza de la fe. La caída del antaño poderoso colonizador motivó una sátira en la que se ironiza sobre «las luces del siglo», como llamaban los enciclopedistas a sus teorías. Es un folleto largo que le llama don Guindo Cerezo, y que termina así:

El que macho nació tan ilustrado;
el que instruído fué con tantas luces,
el hombre más civil contra andaluces;

refiriéndose a sus campañas en Sierra Morena

el timbre luminoso de su estado;
el bachiller don Guindo el alumbrado;
el marido que obtuvo más capuces;
el juez más recto contra el inculpado;
el que tuvo buen modo de pensar;
el enemigo del clerical congreso;
el opuesto a todo pobre regular
oprimido de luces yace; exceso
fué de la muerte tal vida arrebatar
que era para alumbrados embeleso.

En las guerras exteriores, en cambio, los españoles apoyaron a su monarca con todo empeño. Ya hemos visto

la glosa a la empresa de Ceballos. El apoyo a la guerra de la independencia de los Estados Unidos, provocó una renovación del pacto de familia y el ataque a la fortaleza de Gibraltar por las naves que mandaba don Antonio Barceló. Recordemos aquí una curiosa canción que se entonaba en Barcelona describiendo este ataque del marino levantino a la fortaleza inglesa. Los descendientes de aquellos que se habían rebelado contra Felipe IV y contra Felipe V, ya se sentían íntimamente solidarios de la empresa hispánica de reconquistar Gibraltar. La tonada tiene carácter coreable y dice:

Barceló, Inglaterra
se bol burlá de mi.
Lin declaro la guerra
li a embiat a di
per aná a sitiar
el fort de Gibraltá.

Surge el impulso de fidelidad monárquica:

Sa Mayestat real
que tots abem de serví,
si la causa es igual,
primer abem de morí
que no pas recular
del fort de Gibraltá.

Se elogia a la infantería, que es la que vence en las batallas.

¡Viva la flor dels mossos
que son los fusilers!
que per parar bandera
ells ne son els primers
entre balas y sanch!

La derrota es explicada ingenuamente. Los ingleses nos hacen víctima de un engaño estratégico:

Un dia per desgrasia
ne estaben descuidats

el inglés amb sa trasa
be per altre costat. (1)

Fracasó allí el héroe, pero triunfó más tarde en Argel, donde sus lanchas cañoneras dieron tan buena cuenta del orgullo africano que la Regencia acordó la paz. Vicente García de la Huerta describe esta expedición más afortunada que la de O'Reilly :

Del gran Carlos la sabia providencia
al bien común, atenta determina,
de Argel con el incendio y la ruina,
poner fin a la bárbara regencia.
La constancia, el valor y la prudencia
de Barceló, a la grande acción destina;
mas la fortuna, viento y mar se obstina
contra su celo, esfuerzo y experiencia.
Vence los elementos y la suerte
el héroe balear, confunde, huella,
abrasa a Argel. Adversidad ninguna
contra su celo, esfuerzo y experiencia,
intimida al varón constante y fuerte;
que el valiente los riesgos atropella,
y el prudente domina la fortuna.

Por el Tratado de Versalles, en 1783, adquirimos Menorca y las dos Floridas, aunque no se logró la restitución de Gibraltar. Juan Pablo Forner cantó el día de la paz que trajo, además, en el mismo año, el nacimiento de dos infantes gemelos.

(1) Barceló, Inglaterra — quiere burlarse de mí — le declaro la guerra — le ha mandado decir — para ir a sitiar — el fuerte de Gibraltar. — Su Majestad Real — que todos hemos de servir — si la causa es igual — antes hemos de morir — que recular — del fuerte de Gibraltar.

Viva la flor de los mozos — que son los fusileros — que para plantar la bandera — son los primeros — entre balas y sangre.

Un día por desdicha — estaban descuidados — el inglés con su maña — llega por otro lado.

Con pompa heroica la victoria santa
en carro de marfil y oro eminente,
palmas tremola entre la ibera gente,
que tiernos humos en su aplauso canta.
La paz le sigue con serena planta,
coronada de rosas la alba frente
y de cándida risa el inocente,
viste el semblante y el furor espanta.
Pomona en tanto da purpúreos frutos
Cornucopia feliz derrama activa
y de flores se puebla el blando suelo.
Duplicados le da regios tributos
Luisa: el pueblo clama ¡viva! ¡viva!
y los votos risueño aprueba el cielo.

En general, el pueblo español se sentía solidarizado con un rey que, a pesar de algunas deficiencias, había logrado que el prestigio de España pesase otra vez en Europa. El mismo se convirtió, al morir Federico de Prusia, en el monarca decano y resolvió, en arbitraje, diversos problemas europeos. Cuando murió en 1788, el sentimiento fué grande. Dejaba una hacienda floreciente y una escuadra numerosa entre fragatas, corbetas, urcas, jabeques, balandras, etc., América comunicada con la península por medio de los correos y se habían tomado otras medidas de buen gobierno.

CAPÍTULO XII

CARLOS IV Y GODOY

Otra vez un rey holgazán en el trono. De nuevo ha subido al solio de las Españas un hombre para quien el menester de gobierno es dura y pesada tarea de la que juzga deben cuidarse otras manos más fuertes, otras cabezas más firmes que la suya. Llegaba Carlos ya mayor — tenía cuarenta años — entregado a la fuerte influencia de su esposa María Luisa de Parma, de la que ya tenía a Carlos y a Fernando, este último príncipe heredero del trono. Quiso el rey, cuando se juró a Fernando, restablecer la antigua ley de las Partidas, en virtud de la cual, las hembras de mejor derecho tenían preferencia sobre el varón más lejano. Reunidas las Cortes, éstas acordaron lo mencionado, pero, por una extraña y tardía vacilación del rey, no se ratificó la votación en una nueva ley, y así quedó la idea general de que se mantenía el «auto acordado» de Felipe V excluyendo las hembras de la sucesión al trono. Este fué nada menos que el germen de las guerras carlistas que luego habían de infestar a España.

Mientras tanto, y ajeno a ello, Juan Pablo Forner saludaba alborozado los días del nuevo rey ; en sus versos exponía la necesidad de paz del pueblo español :

Hoy es el fausto y venturoso día
en que el rápido giro de los años
tu nombre augusto a tu nación renueva,
¡Oh Carlos! y hoy con pía
veneración, al Rey omnipotente
votos tu pueblo agradecido eleva,
que, seguro de daños,
haga en ti su imagen permanente.
No estrépito feroz de horrenda guerra
salve tu gloria, ni a futuras gentes
vaya envuelto tu nombre en mortandades.
¡Ay! desolar la tierra
por ansia de ambición facinerosa
no es ¡oh deidad de Iberia! de deidades.
Ni a la muerte inclemente
nunca un padre a su hijo llevar osa.

Este era el tema general de entonces. Era necesaria la paz, una paz fecunda en posibilidades de orden interior. Dejar despedazarse fuera a los países extraños mientras se seguía el largo proceso de reconstrucción que había iniciado Carlos III. Este era el programa que al rey y a sus ministros, los mismos del anterior reinado, se ofrecía...

Pero la suerte dispuso lo contrario. Con el rey, casi al mismo tiempo de su subida al trono, comenzó en Francia la enorme pugna que se conoce en el terreno de lo político, de lo social y de lo religioso con el nombre de Revolución Francesa. Un año después del ascenso de Carlos IV, esto es, en 1789, se producía en el vecino país la toma de la Bastilla por el pueblo sublevado. En nuestra patria, donde toda la gran influencia francesa del siglo no había logrado acabar con el inmenso baluarte de la fe y de la tradicción, el acontecimiento produjo un indignado estupor. El mismo Floridablanca, ministro bien conocido por sus ideas avanzadas, intentó cortar el mal de raíz, concentrando tropas cerca del Pirineo y vigilando a los extranjeros y a sus papeles. La diplomacia revolucionaria de Francia hizo creer al rey que esa actitud de Florida-

blanca comprometía la vida de Luis XVI, móvil importantísimo en las gestiones de Carlos, y Floridablanca fué exonerado. Le siguió el conde de Aranda, que procuró ponerse a bien con la Asamblea Legislativa, reconociendo el nuevo estado de cosas.

Pero era demasiado distinta la percepción de los problemas entre los dos regímenes. En junio de 1792, las Tullerías son asaltadas y Luis XVI depuesto y encerrado en el Temple. Provocó esto el enfriamiento de las relaciones. Vencen los revolucionarios en Valmy y cae el conde de Aranda. Para substituirlo es nombrado, en medio del general comentario, un guardia de Corps, Manuel Godoy, protegido de la reina María Luisa. Con asombro se apercibieron los españoles de que otra vez volvía la época de los validos, otra vez se ascendía desde lo más bajo a lo más alto, al conjuro de un capricho de majestad, esta vez femenina.

La política exterior preocupaba. González del Castillo, muestra del pensamiento español, protesta airadamente del trato dado a los monarcas franceses, a quienes se llevó a la guillotina; la apetencia pacífica de antes se ha trocado en afán bélico:

Nunca llegó mi ruego a tus umbrales,
sangrienta guerra; sólo, sólo ahora
invoco tus estragos y tus males;
pon en París la planta vencedora,
arrasa furibunda sus cimientos,
y envuelve al morador entre fragmentos.

El poeta parece un profeta llamando a la muerte y a la destrucción contra la capital de los vicios y el terror, la ciudad que se ha rebelado contra sus legítimos señores, en el cielo y en la tierra:

No cese tu furor hasta que hacinen
tanto deshecho cráneo, que en las nubes,
la funesta pirámide termine
y en cuya punta, si orgullosa subes,

descubra el orbe tu sañuda frente,
tu voz oiga el ocaso y el oriente.

El 23 de marzo de 1793 se declaraba la guerra. Todas las provincias españolas, pero especialmente las que, lindantes con los franceses, veían más cercano el peligro de contaminación y se horrorizaban de los desórdenes cometidos, acudieron a las armas. Incluso el amplio y comprensivo espíritu de Jovellanos canta la marcha de la flota a Francia :

¡Oh cuánta noble juventud do espera!
¡Oh cómo hierve, y animosa explaya
sobre la playa su valor de triunfo
impaciente!

Sobre las altas naos presurosa,
y por el ancho piélago cruzando,
irá bramando cual león hambriento
busca su presa.

Tiembla a su vista, pálida, y se esconde
despavorida la feroz Quimera
que la bandera tricolor impía
sigue proterva.

Guay de ti, triste nación, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste
cuando violaste los sagrados fueros
de la justicia.

Guay de ti, loca nación, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el ungido.

Firmó su santa cólera el decreto,
que la venganza confía a la España,
ya su saña corre el golfo, armada
del rayo y trueno...

La religión predicó contra los enemigos de la Iglesia, y el ejército mandado por el general Ricardos invadió el Rosellón. Los españoles, que sentían fuertes deseos de cantar victorias, aprovecharon la obtenida sobre Dagobert en Trouillás, y el conde de Noreña rememoró las armas del XVI, describiendo el ataque francés a nuestras trincheras :

Cual la ñudosa encina ya arraigada
en un agrio repecho,
que la hacha aguda ni el robusto pecho
logran verla en el suelo derribada,
pues siempre, siempre crece
y a pesar de los golpes reflorece,
resiste el impetuoso ataque horrendo
del galo en las trincheras;
detiene su furor y sus banderas
valiente arrolla, y el cañón tremendo
en la alta cumbre suena
y sus haces persigue y desordena.

La confianza en la raza que tantas veces ha parecido ya muerta, mueve la voz del poeta :

¿Cuándo engendraron águila rampante
ni lobo carnicero
mansa paloma, ni tímido cordero?
pues tan difícil es, tan repugnante
que el español osado
nazca un hombre cobarde y desmayado.

Y glosa la hazaña de la caballería :

...cuál arroja feroz, cuál acomete
las puntas aceradas,
y cómo enrojeciendo las espadas
se apremian el infante y el jinete;
pero aquél luego cede;
que a tanto impulso resistir no puede.

No gama herida de mortal saeta,
huye de los sabuesos
por los collados ásperos y espesos,
del más pequeño ruído tan inquieta
que a todas partes gira
y a cada paso ya su muerte mira.

Eran pocos los generales conscientes y la guerra se gana con buenos jefes. Muerto Ricardos, el conde de la Unión perdió todas las ventajas ganadas por su antecesor. Las hostilidades seguían por la influencia de Godoy, partidario de vencer totalmente, pero desde entonces no hubo sino descalabros, y exhausta y con el enemigo dentro de sus fronteras, hasta Miranda de Ebro, España no tuvo más remedio que concertar la paz.

Ésta fué la llamada de Basilea. Con la devolución de prisioneros y la entrega de la isla de Santo Domingo, la nación aseguraba una tregua que ambicionaba larga, curada ya del deseo de luchar. Expresión fidedigna del ánimo del tiempo, la da el mismo conde Noreña a quien hemos visto antes glosar entusiasmado el avance de Ricardos. No hablaba ya gente de los siglos áureos a los que los reveses envalantonaban. No eran los mismos soldados ni los mismos poetas. Dirigiéndose a la Patria, puede decir sin mentir :

¿Tú pálida y asustada? ¿Tú aterrida (por aterrada)
sueltas la fuerte espada?
¿el ropaje pisado, descendida,
destrenzado el cabello,
rotas las joyas del hermoso cuello?

Alude a la invasión francesa, dueña ya de Figueras, de San Sebastián, de Vitoria y Bilbao.

¿No miras que a su impulso el fuerte muro
cede, se abre, le abrigas?
¿No ves el hambre, la sed y la fatiga?
¿No ves que no hay asilo ya seguro,

y que el Ebro espantado
no opone diques al francés osado?

Pero la paz se acerca y, en el estado actual, es una bendición:

No, España, no te afanes y serena
el turbado semblante;
el cielo justo con amor constante
te quiere y te proteje,
mira el alma llena de alegría,
mira la paz amable que te envía.

El alto al fuego sirvió para varias cosas. Por de pronto, para que Godoy reuniese a sus títulos el de «Príncipe de la Paz». Y también para que la política de alianza con Francia que venía dominando en el siglo XVIII y que sólo había sufrido merma en los momentos en que esta nación había ofendido desmedidamente nuestras ideas, se fortaleciese de nuevo. En el poder francés, Bonaparte, imaginó el partido que se podía sacar de nuestra ayuda y firmó con nosotros el Pacto de San Ildefonso. Favoreció esta alianza la enemiga que Inglaterra seguía demostrándonos en Ultramar, y así España reincidió en servir con una armada insuficiente los intereses franceses contra la potencia naval de la Gran Bretaña que se hacía cada vez mayor.

Primeras consecuencias fueron la derrota naval del cabo de San Vicente (1797) y la pérdida de la isla de Trinidad en el mismo año. Las conquistas de Napoleón en Italia levantaron las coaliciones contra él, y España se vió solicitada por el corso cuando era necesaria su colaboración y olvidada más tarde. Para demostrar la servidumbre respecto a Francia, vino el episodio de la guerra con Portugal. De parecida forma que en tiempos de Carlos III, se intimó al monarca portugués a separarse de la alianza inglesa, y con la misma lógica negativa respondió el lusitano. Atacaron los españoles con un cuerpo auxiliar y vencieron en Olivenza y Arroches. Godoy mandó unas

ramas de naranjos a la reina y de ahí procedió el nombre de «la guerra de las naranjas», ante la que el pueblo se mantuvo indiferente porque presentía que jugábamos cartas ajenas a nuestros intereses. El odio a Godoy, disoluto y acaparador de cargos, se iba manifestando. Con el seudónimo de Pascual Canuto, se le dirigió una poesía:

En daros excelencia o bien alteza,
la pública opinión no se ha fijado;
dúdase gran señor si sois casado
y cuál es vuestra esposa con certeza;

(por la oficiosa amistad con Josefa Tudó.)

si son vuestros honores y riqueza
la gloria o el ludibrio del estado,
y si de guerra debe ser llamado
el título de "Paz" que os dió grandeza.

(Ironía sobre sus apetencias guerreras.)

Ultimamente al ver los veteranos
tercios marchar a cuya frente brilla
la doncella tizona en vuestras manos
nos ocurre, señor, una dudilla:
¿Irán a Portugal los castellanos,
o vendrán portugueses a Castilla?

Veía bien Pascual Canuto al tratar con desprecio la empresa portuguesa aunque triunfásemos en ella a la larga. Porque no sacamos ningún provecho, y en la paz de Amiens (27 marzo 1802), si se recobró a Menorca tomada por los ingleses de nuevo en 1798, no pudimos alcanzar a Trinidad, definitivamente perdida.

Pero la paz no era sino un compás de espera. Recelosa observaba Albión a Bonaparte y éste a Inglaterra. Se produjo de nuevo el choque en mayo de 1803. Napoleón imaginó llevar la guerra al propio suelo inglés, preparando cuantiosos navíos de transporte de tropas y, como

antaño Alejandro Farnesio, sólo deseaba que el canal quedase un día libre de la flota inglesa. Para ello obligó a España, a quien la presa de sus barcos por la marina británica en el cabo de Santa María, sin declaración previa de guerra, había indignado de nuevo, a que colaborase en los preparativos de distraer a la armada inglesa. Gravina se unió, pues, con sus barcos a Villeneuve y salieron para América para atraer al enemigo ; sin embargo, éste no les siguió y no lo toparon hasta Finisterre, donde fueron vencidos. De allí pasaron a Cádiz. Villeneuve, que conocía su pronto relevo quiso jugarse la victoria a una carta y salió el 19 de octubre de 1805 con la flota combinada. El 20 descubría a la escuadra inglesa de Nelson y el 21 se daba la gran batalla de Trafalgar... Pero dejemos explicarla a Manuel de Quintana :

¡Oh España! ¡oh Patria! el luto que te cubre
muestra en tan grave afán tu amarga pena
pero espera también, y con sublime
frente de vil abatimiento ajena,
la alta Gades contempla y sus murallas
besadas por las olas,
que asombradas aún y enrojecidas
tiéndense allí por las sonantes playas
cantando las hazañas españolas.

Por el mar vino la gloria de la batalla de Lepanto, pero el mar trajo también la rota de la Invencible y ahora la de Trafalgar. Algo muy hondo, como una campanada funeral del dominio español, parece haber sonado en el pecho del poeta antes de empezar la narración :

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
que corona su indómito navío,
y ufano con su gloria y poderío
"allí están — exclamó — volved los ojos,
compañeros allí; nuevos despojos
va a conseguir en los endebles pinos
que España apresta en su defensa en vano.

Recuerda la tradición marinera del pueblo inglés:

"Libre de esclavitud no sea ninguno
hijos somos nosotros de Neptuno
¿y ellos osan surcar el océano?
Acordaos de Abukir; sólo un momento
llegar, vencer y devorarlo sea!
Dadme este triunfo y de laurel ceñido
que el opulento Támesis nos vea!"

Los preparativos de la batalla. Como gaviotas tendidas sobre el mar van las naves a encontrarse. Nelson dice: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber». Y Churruca en el «San Juan Nepomuceno»: «Hijos míos, en nombre del Dios de los ejércitos yo prometo la dicha eterna al que muera cumpliendo con su deber». Empieza el combate:

...el día
abre campo al furor y horrendo Marte
con clamores de guerra hinche la esfera
y levanta en los aires su estandarte.
Responde a esta señal el hueco bronce,
con mortal estampido el eco truena
y por el mar llevándose bramando,
hasta en las costas de Africa resuena;
vuelan movidas de rencor las naves
con naves a encontrar; menos violentos
despide el polo austral sierras de hielo,
por las fáciles ondas se deslizan
y el audaz navegante atemorizan.

El empuje británico ataca en cuña la línea contínua de la escuadra franco-española:

Tres veces fiero el insular se avanza,
creyendo en su pujanza
romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
tres veces rechazado

por el hispano esfuerzo, ya dudosa
ve la victoria, que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña,
cuando aquel pabellón antes tan fiero
miró invencible al pabellón de España?

Pero la inspiración patriota se remansa luego en la realidad. La superioridad numérica inglesa nos ahoga...

No hay saber, no hay valor, sólo ya fía
su fortuna al poder doble de sus naves,
y la redobla en desigual pelea;
de proa a proa en uno y otro lado
cada español navío
de mil rayos y mil es contrastado,
y él con igual aliento
que recibe la muerte, así la envía...

Por fin la mejor técnica y número pueden al coraje puro y simple. Uno a uno los barcos españoles son rodeados, cañoneados y obligados a rendirse o a saltar por los aires. El mar se cubre de despojos y el fondo se nutre de cadáveres. Sin embargo...

No empero sin venganza y sin estrago
generoso escuadrón allí caíste;
también brotando a ríos
la sangre inglesa invade sus navíos;
también Albión herida
los montes de cadáveres contempla,
horrendo peso a su soberbia armada.

Hidalguía ante la muerte del gran inglés:

También Nelson allí... terrible sombra,
no esperes, no, cuando mi voz te nombre,
que vil insulte tu postrer suspiro:
inglés te aborrecí; héroe te admiro.

* * *

Con el anochecer en Trafalgar han caído las sombras sobre el pasado esplendoroso de la España temida y respetada. En toda Europa había decrecido el prestigio nacional y como nos sucedía casi siempre en momentos de crisis — si es que era efecto y no causa — en la corte sólo privaba la lucha sorda entre las camarillas formadas, de un lado, por Godoy mantenido por los regios esposos,y, por el otro, de Fernando y su profesor Escoiquiz, bando en el cual se situaban los que tenían resentimientos con el privado. Y, a pesar de que en la unión con su política se había hundido el prestigio español en Trafalgar ; a pesar de que a su lado no se habían obtenido más que desastres, todavía las dos facciones procuraban el valimiento del ya emperador Napoleón. El desconcierto del país era extraordinario y Jovellanos lo reflejó cumplidamente en sus versos nostálgicos de aquella grandeza imperial que parecía haberse ido para siempre :

Sí, Arnesto: disipóse cual espuma
el tiempo bienhadado
en que el valor de España vió asombrado
el lacio imperio, el moro y Motezuma.
Hubo, Arnesto, hubo día
en que la patria tuvo nombradía.
Mas hoy, triste, llorosa y abatida
de todos despreciada,
sin fuerza casi al empuñar la espada
que ha sido en otros tiempos tan temida
mueve apenas la planta
y los ojos del suelo no levanta.

Y refiriéndose al rumor sobre las relaciones entre María Luisa y Godoy...

Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio y nuestras Julias
más que ser malas quieren parecerlo.

La enemiga de Portugal y las ambiciones de Godoy procuraron los planes del reparto del vecino país y, tras varias proposiciones, se convino en que la nación lusitana sería repartida en la siguiente forma: la provincia de Entre Duero y Miño, con Oporto, se darían a la soberana de Etruria, mientras los Algarbes y el Alemtejo formarían un principado para Godoy. El tratado de Fontainebleau disponía además que entraría en España un cuerpo auxiliar francés de 28.000 hombres.

Mientras así se jugaba con nuestra soberanía exterior, en el interior la desmoralización aumentaba. El partido fernandino, acusado de querer atentar contra la vida de la reina, era procesado con su jefe el príncipe a la cabeza. Y a pesar de que el miedo de siempre a Napoleón, con quien Fernando estaba en relaciones, obligó a Godoy a pactar y a hacer perdonar al príncipe, los acontecimientos de El Escorial parecían demostrar a todos que España estaba madura para la muerte como nación.

Mientras, las tropas francesas empezaban a entrar en España por la raya de los Pirineos...

CAPÍTULO XIII

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

El número de soldados que los franceses debían mandar para ayudar a la empresa de Portugal era, como hemos dicho, de 28.000 hombres. Pero desde octubre de 1807 a marzo de 1808, entraron en España cien mil, que se apoderaron, como amigos algunas veces, como enemigos otras, aprovechando la sorpresa, de las principales plazas fuertes halladas a su paso. Joaquín Murat, gran duque de Berg, fué el nombre que oyeron los estupefactos españoles como jefe del ejército que pasaba de auxiliar a invasor.

Inquietóse más el vulgo al saber que los reyes y Godoy planeaban su huída. La marcha de Josefa Tudó, amiga del Príncipe de la Paz, provocó ya el primer motín. Hizo responsable el pueblo al primer ministro y se alzó en armas contra él con tal violencia que, para salvarle, el rey Carlos no tuvo otro remedio que abdicar en Fernando, en quien la nación, sentimental y niña, veía a un ser colmado de gracias y perseguido por las malas artes del favorito. Proclamado el príncipe, fué saludado con el júbilo general. Era creencia que por fin se cambiaban las tornas y el gobierno acabaría con las privanzas. Por otra parte los franceses, considerados amigos del nuevo rey, fueron recibidos con menos hostilidad.

Pero a Napoleón no le interesaba ese entusiasmo por el monarca. Prefería el desvío anterior hacia Carlos IV que obligase a buscar un sustituto en la familia real francesa. Había ya pensado en su hermano José, entonces rey de Nápoles, y le ofreció la corona. Así fué como Carlos firmó un documento declarando que había sido coaccionado y reclamando de nuevo sus derechos reales. Le apoyó Murat, y Fernando, asombrado del cambio verificado en sus protectores, se dejó convencer de que, yendo a Bayona a hablar con el emperador, se desharía el engaño. Poco después llegaban sus padres con el príncipe de la Paz, del cual Murat había logrado la libertad. Toda la familia real estaba ya en la ratonera.

Napoleón los manejó a su guisa. Los careó, les hizo ofenderse mutuamnte y ante sus amenazas, Fernando devolvió la corona a su padre y éste se apresuró a ponerla en manos del emperador. Con ello éste tenía ya en las manos todas las cartas.

Pero esta vez el pueblo no se dejó amilanar. La inmensa mayoría de la nación era fernandina acérrima y en tal sentido entendía la proximidad de los franceses como aliados. Pero cuando vieron que todos los miembros de la casa real eran llevados a Francia, cuando se apercibieron del despliegue de fuerzas de los invasores y de la despectiva forma en que se conducían, su ira cundió como una llamarada. Quintana explica así la génesis de la rebelión; empieza citando al emperador:

Llega el momento en fin; tiende su mano
el tirano del mundo al occidente
y fiero exclama: "el occidente es mío",
bárbaro gozo en su ceñuda frente
resplandeció, como en el seno oscuro
de nube tormentosa en el estío,
relámpago fugaz brilla un momento,
que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
con gritos de soberbia el viento llenan;

gimen los yunques, los martillos suenan,
arden las forjas ¡oh vergüenza! ¿acaso
pensáis que espadas son para el combate
lo que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
cadenas son, que en vergonzosos lazos
para siempre amarran tan inertes brazos.

España reacciona ante la amenaza de servidumbre:

Estremecióse España
del indigno rumor que cerca oía,
y el grande impulso de su justa saña,
rompió el volcán que en su interior había;
sus despótas antiguos
consternados y pálidos se esconden,
resuena el eco de venganza en Toro,
y del Tajo las márgenes responden: "¡Venganza!"

La invocación responde a las hazañas del Dos de Mayo. La protesta del paisanaje ante el palacio de Oriente del que salían conducidos a Francia los últimos personajes de la casa real, provocó el fuego de los mamelucos de Murat sobre la multitud. Dispersóse ésta en busca de armas; en todas las esquinas los regimientos franceses fueron atacados y combatidos hasta la última puñalada. La represión, inmortalizada por Francisco de Goya y Lucientes en su «Fusilamientos del Príncipe Pío el 3 de mayo», fué feroz, y Juan Nicasio Gallego cantó algunas de las desgarradoras escenas:

¡Cuánta escena de muerte!, ¡cuánto estrago!
¡cuántos ayes doquier! despavorido
mirad ese infelice
quejarse del adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz. "¡Ah! ¿qué te hice?"
exclama el triste en lágrimas deshecho:
"mi pan y mi mansión partí contigo;
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,

templé tu sed y me llamé tu amigo,
¿y ahora podrás pagar el hospedaje
— sincero, franco, sin doblez ni engaño —
con dura muerte y con indigno ultraje?''

Pero sus súplicas no logran evitar el fusilamiento.

¿Dónde estaba el ejército entretanto? ¿Qué hacía?

¿Do están ¡oh cara patria! tus soldados
que a tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
por jefes sin honor que haciendo alarde,
de su perfidia y dolo,
a merced de los vándalos te dejan,
como entre hierros el león forceja
con inútil afán. Vosotros sólo
fuerte Daoiz, intrépido Velarde
que osando resistir al gran torrente
dar supisteis en flor la dulce vida
con firme pecho y serena frente.

Espronceda se entusiasma ante el recuerdo:

¡Oh!, ¡es el pueblo! Es el pueblo, cual las olas
del hondo mar alborotado braman,
las esplendentes glorias españolas
su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres, vuelan al combate,
el volcán de sus iras estalló;
sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón colérico español.

Tras la revuelta, Quintana invoca a gritos la guerra:

Guerra, nombre tremendo ahora sublime,
único asilo y sacrosanto escudo
al ímpetu sañudo,
del fiero Atila que a occidente oprime.

El recuerdo de su historia debe animar las gestas de los patriotas.

¡Guerra, guerra españoles! en el Betis
ved del Tercer Fernando alzarse airada,
la augusta sombra. Su divina frente
mostrar Gonzalo en la imperial Granada,
blandir el Cid su centelleante espada,
y allí sobre los altos Pirineos
del hijo de Jimena
animarse los miembros gigantescos
en torvo ceño y desdeñosa pena.
Ved como cruzan por los aires vanos
y el valor exhalando que se encierra
dentro del hueco de sus tumbas frías
en fiera y ronca voz pronuncia, "¡guerra!"

Fernando III, el Gran Capitán, Díaz de Vivar, Bernardo del Carpio, dieron una lección que aprovechar. Si el poeta cae en la lucha los verá y...

¡Sālud, oh padres de la patria mía!
yo les diré, ¡Salud! La heroica España
de entre el estrago universal y horrores,
levanta la cabeza ensangrentada,
y vencedora de su mal destino
vuelve a dar a la tierra amedrentada
su cetro de oro y su blasón divino.

Por todas partes el pueblo tomó las armas al enterarse de las noticias madrileñas, y el alcalde de Móstoles no es más que el símbolo de la actitud de muchas autoridades nacionales. Y cuando la excesiva prudencia o el afrancesamiento de esa autoridad no le permitió tomar las medidas necesarias, el español lo achacó a traición y pasó por encima de ella, organizándose bajo otro mando.

Su símbolo señero era Fernando, que con el cautiverio realzaba, todavía más, la figura ante sus súbditos.

Juan Bautista Arriaza pone en verso el sentimiento unánime de la España del tiempo :

Triste la España ¿a dónde va Fernando?
al hijo fugitivo dice ansiosa;
y él sigue y deja de su madre hermosa
llevar los vientos del acento blando.
Ya la materna falda, abandonando,
pisa de Francia la ribera odiosa,
y aún está oyendo aquella voz piadosa
que le repite ¿a dónde vas?, llorando.
No ve ya al hijo la infeliz matrona;
mas su voz oye, que con regio brío
dice: Tirano, ¡es mía esa corona!
Ella al primer dolor, grita ¡Hijo mío!,
mas luego vuelta al déspota en Bayona,
¡dame a Fernando!, exclama, ¡o tiembla, impío!

No es necesario advertir cómo se engañaba el poeta, y cómo se engañaba toda la masa de partidarios que creían posible una reacción tan heroica en el príncipe prisionero. Por el contrario, no sólo escribió Fernando a sus súbditos recomendándoles tranquilidad, sino que llegó a felicitar al emperador por haber nombrado a José Bonaparte rey de España.

Para dar a la suplantación un carácter legal, se reunió en Bayona una diputación de notables españoles, de los que se presentaron 91 de los 150 convocados. Allí se aprobó la designación de José I y la nueva constitución redactada íntegramente por Napoleón. Las tímidas enmiendas presentadas por algunos diputados no surtieron efecto alguno.

Esta Constitución, al ser conocida en España produjo gran indignación y ésta a su vez movió la sátira. Muestra de esta última es la canción que sobre ella salió y en la que se ironizaba sobre los principales artículos de la nueva ley que había de lograr «la felicidad de toda España».

El prólogo era el siguiente :

Yo que soy Napoleón
emperador de la Francia
quiero y es mi voluntad
que haya jaleo en España.
¡Al jaleo, jaleo soldados!
mis planes están ya hechos,
su buen éxito depende
sólo de vuestros esfuerzos.

Se establecía que la religión sería la católica, apostólica y romana, sin permitir ninguna otra, maniobra política de Napoleón para halagar el sentido religioso del país. Pero no convence al poeta que dice (en fandango):

sólo habrá una religión,
la católica será,
quien guste la seguirá,
sobre esto no habrá cuestión.

José I era reconocido como rey de España y de sus Indias, aseguraba la Constitución. Y el poeta — quizá Eugenio de Tapia — contestaba:

Es mi voluntad y quiero,
ha dicho Napoleón,
que sea rey de esta nación
mi hermano José Primero.
Es mi voluntad y quiero
responde la España ufana,
que se vaya a cardar lana
ese rey José postrero.

La corona se debía transmitir de varón a varón con exclusión de la hembra, lo que estaba en desacuerdo con la tradición española antes mencionada:

La sucesión del trono
de las Españas,
irá de macho en macho,
dice la Carta.

Si macho falta
Napoleón primero
lleva la carga.

Contra las asignaciones fijadas al rey José y al heredero de la corona :

Cuatro millones de pesos
al año tendrá José,
¿quién pondrá puertas al campo
si quiere más tener?
Zorongo, zorongo, zorongo,
como rey de España de todo dispongo.

Debía existir un consejo de Estado con más de treinta individuos y menos de sesenta, presididos por el rey...

Habrá un consejo de ministros
de probidad "a ma façon",
que no podrá ni bostezar
sino según Constitución.
Serán, pues, todos presididos
cuando se forma gran sesión
por el rey Pepe y obrar deben
siempre según Constitución.
luego que Pepe digo "quiero"
nadie podrá decir "sir, non"
a fin de que todo se despache
siempre según Constitución.

El artículo 82 afirmaba : «las colonias españolas de América y Asia gozarán de los mismos derechos que la metrópoli» :

Las colonias españolas
y posesiones del Asia
gozarán los mismos derechos
que gozará toda España.

Olé charandel, podrá cada uno
olé charandel libre comerciar,
olé charandel a fin que el rey Pepe
charandel y olé pueda atesorar.

Por fin la sátira se hace más directa y seria como resumen de la ironía anterior ; la nación amenaza :

Olé charandel, Napoleoncito,
olé charandel, eso lo veremos,
olé charandel, pues algunas cuentas
charandel y olé, que ajustar tenemos.

Por todas partes los batallones franceses trataban a España como país conquistado que era y, sin el nexo central de un gobierno fuerte, puesto que el Consejo Supremo de Castilla había pactado con el invasor, las juntas provinciales surgían autónomas y dispustas a hacer frente a la situación con los medios más a mano. Se procuró armas y víveres, se intentó enlazar los servicios diversos y levar las tropas que no existían. Como era lógico, se buscó auxilio extranjero y éste no podía ser otro que el enemigo del corso en toda su vida anterior, es decir, Inglaterra. Comisionados de varias provincias lograron el apoyo inglés, y un ejército al mando de Wellesley (luego lord Wellington), desembarcó en Lisboa. Los marinos de ambas naciones fraternizaron y Juan Bautista Arriaza pudo cantar un banquete celebrado por representantes de las dos escuadras, en el que se ostentaban juntas las dos banderas :

Así enlazadas y jamás opuestas
las britanas banderas y españolas,
descuellan por los campos y las olas.
¿Qué valen hierros que la infamia forja,
si en este enlace generoso y blando,
la mano experta del anciano Jorge (Jorge II de Inglaterra)
sostiene al joven e infeliz Fernando?
Sólo a esta doble insignia corresponde
dar vuelta ufana al orbe agradecido,

mientras en Francia el tricolor se esconde,
triste blasón de un mundo envilecido.
Grata a un tiempo a los fuertes españoles
¡oh noble insignia! y a los ingleses bravos,
en la feliz comarca en que tremolas,
bastarás a anunciar que no hay esclavos.
Del continente al fin verás lanzado
el corso monstruo a su infernal destino;
ya que el valor inglés ha decretado
que no será jamás monstruo marino.

Los últimos versos son glosa de la noticia, según la cual había sido destruída en Benasque una expedición de avituallamiento galo. Obsérvese el amor al rey que seguía informando la poesía de la época y que producía, además del impulso romántico de acudir en apoyo del prisionero, un mayor odio hacia el intruso. Éste había llegado a Madrid ante la frialdad general, de la que se apercibió claramente José que, personalmente, no era tan odioso como la inquina de los españoles quería creer para poder despreciarle más. Desde luego, no era tuerto como afirmaba el cantar popular :

Ya viene por la Ronda
José primero,
con un ojo postizo
y el otro huero.

Ni borracho, como suponía el otro :

Ya se fué por las Ventas
el rey Pepino,
con un par de botellas
para el camino.

Esta marcha fué debida al primer triunfo de las armas españolas. Dupont, con 14.000 hombres, se había trasladado a Andalucía para terminar con el movimiento de las partidas y prestar ayuda a la escuadra de Rosilly, anclada

en Cádiz. Se retiró luego a Bailén y allí fué atacado por Reding y Castaños. Eugenio de Tapia explica las operaciones preliminares:

También llegó Dupont tu fatal ruina
ya en la ciudad peligras, ya te estrechan
¿a dónde vas? ¡oh mísero! ¿El camino
buscas aún en la encumbrada sierra?
Corre a perderte pues que allí te aguardan
cerrando el paso, el animoso Peña,
el gallardo Reding y otros valientes
señalados en ínclitas proezas.
Te vencerá el primero con quien luches...
mas la suerte esta gloria te reserva
a ti, Reding, que, cual inmóvil roca
en medio de las olas turbulentas,
firme recibes el sangriento choque,
firme contestas la enemiga fuerza.
Llegó de la venganza el feliz día:
Héroes, matad. A compasión no os muevan
esos verdugos que con ciega rabia
nuestros templos profanan y saquean,
talan los campos y al infante débil
y a los ancianos tímidos degüellan.
Esos, los invencibles se llamaron,
y a vosotros rebeldes... En el Sena
será, pérfidas almas, rebeldía
la gloriosa lealtad que nos alienta.

El 22 de julio se firmaba la capitulación de las fuerzas francesas, primera derrota sufrida a campo raso por los ejércitos napoleónicos y que provocó, como es lógico, un inmenso regocijo. El rey José salió huyendo de Madrid, y el entusiasmo se desbordó en esta ciudad al recibir a los garrochistas andaluces que habían combatido a los franceses formando la más curiosa caballería del mundo.

Dupont terror del norte
fué vencido en Bailén

y todos sus secuaces
perecieron con él.
Toda la Francia entera
llorará este baldón,
al son de la carmañola.
¡Muera Napoleón!
¡Muera Napoleón!

Baldón fué, y muy grande, para el emperador. El deshonor del desastre se hacía mayor si se considera en qué poco se tenía en la Francia militar el esfuerzo del grupo de paisanos armados que formaban entonces el ejército español. A ese desprecio parece contestar una décima que el «Correo de Murcia» insertaba con motivo de la victoria :

Si con fleco en la montera,
y capote de alamares
pensáis que no hay militares,
de arrogancia verdadera,
esta victoria primera
os hará acordar mil veces
que los que saben corteses
cortejar y gastar oro,
mentir y matar un toro
vencen también los franceses.

La salida del intruso colmó de júbilo a los españoles que ya creían segura la victoria. Francisco Sánchez Barbero ataca a Napoleón :

Así a España en tu mente dominaste
y en su trono vendido
un hermano ensalzar, ladrón, intentas.
Entró, mofado fué, tembló azorado,
cobarde, huyó acosado
de la garra sangrienta
del hispano león, que, desde lejos
le estremeció con su mortal rugido.

Toda España vibra de alegría y de gozo por la batalla:

¡Guerra, guerra sin fin al tirano,
a la guerra, feliz juventud!
toda Francia redúzcase a llano,
goce el mundo por ti la quietud.

Más al norte los franceses sufrían fuerte castigo en su intento de apoderarse de Zaragoza. Fr. Ramón Valvidares y Longo, en su obra «La Iberiada», explica fases de la heroica defensa de la ciudad. Uno de los ataques está vivamente descrito:

¿Qué nube es ésta? luego al punto grita,
cuando escucha el clarín y los tambores;
¿veis al contrario cual se precipita
sobre nosotros? ¿veis sus batidores
que abriendo el paso cada cual se agita,
lanzando al viento furias y rencores?
Al arma, compañeros, luego, luego;
que entra el duro francés a sangre y fuego.

El bravo Palafox que esto escuchaba,
monta en el bruto y a tambor batiente
sus tropas con valor luego ordenaba,
oponiendo su ardor a tal torrente:
ya en las puertas y muros aguardaba
la lucha cada cual aun más valiente,
al tiempo que Moncey con hueste dura
del Torrero ocupó toda la altura.

Crece la presión. La artillería del invasor arrecia en sus fuegos.

Así al ronco fragor, siempre horroroso,
que causaba allí las explosiones
temblaba la ciudad, y el pueblo honroso
miraba sin temor sus convulsiones.
Entre el nuevo rigor aun más rabioso
avanzando tenaz a las legiones,

su brazo cada cual ya descargaba
armado del furor que lo alentaba.

Saltan las chispas del arnés templado
entre el humo y volcán de los cañones,
y el bravo aragonés jamás cansado,
va rompiendo feroz los escuadrones.
Manso y Velasco audaz que en tal estado
comandando se ven sus batallones,
como fieras están ya combatiendo
y al peligro mayor siempre acudiendo.

Seis horas y algo más quizás habría
que la espada y cañón nunca cesaba,
y el campo del Francés ya se cubría
con su sangre cruel que lo regaba.
El rabioso Mortier al fin cedía,
viendo que un paso aquí no adelantaba
y en triste confusión se retirando
otro más fiero plan va meditando.

Pero todavía era muy fuerte Napoleón Bonaparte. Con la celeridad de un rayo reúne 300.000 hombres, muchos más, desde luego, de los que al principio juzgara necesarios para su empresa y realiza una nueva invasión de España. Toma a Somosierra con una carga de su guardia polaca, rinde a Madrid y persigue hasta La Coruña al cuerpo expedicionario inglés que mandaba el general Moore. Gerona rindióse tras un sitio heroico, lo mismo que la inmortal Zaragoza. Sigue el impulso tremendo hacia el sur, y el mismo José, puesto al frente de las tropas, logra llegar a Sevilla, Córdoba y poner sitio a Cádiz, donde se había recluído la junta de defensa constituída en Regencia. Allí se abrieron cortes generales y extraordinarias bajo la amenaza de los bombardeos enemigos. Sin dar importancia al hecho de ser la única porción totalmente independiente del territorio nacional, se cantaba en la ciudad :

Con las balas que tira
el mariscal Sul (Soult)
hacen las gaditanas
mantillas de tul.
Con las bombas que envían
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

Mientras, por todas partes se levantaban partidas que hacían la vida imposible al invasor. Sus correos eran asaltados, sus comunicaciones destruídas. No había paisano en que pudiese fiar para una información sobre los movimientos de los guerrilleros y éstos, en cambio, sabían de cada paso francés. Velázquez y Sánchez explica el ánimo popular español en su poesía «El alojado francés», en 1810. Habla la mujer a quien obligaron a aceptar a un soldado galo :

Aunque veo con repugnancia
que aquí el alcalde te aloja
sin saber cuánto me enoja
lo que me recuerda la Francia;
desobedecer no quiero
ley que cumple acatar;
suelta el fusil granadero
y aproxímate al hogar.
Yo mi odio no te oculto
te lo declaro sin tasa,
tu presencia en esta casa
lo considero un insulto.

Y pone en boca de la vieja huésped la acendrada idea de todos :

A Fernando nuestro rey
al fin nos habrá de dar
o le iremos a buscar
al seno de Valencey.

Ideas que no le impiden salvar en el momento de la derrota al alojado que se confió a ella, como un ejemplo de hidalguía española.

Mientras, Wellington reunía y organizaba a sus fuerzas de nuevo; con auxiliares portugueses y españoles se dirigió contra Marmont a quien halló y derrotó en los Arapiles, entre Salamanca y Alba de Tormes:

Velintón *en Arapiles*
a Marmon *y a sus parciales*
para almorzar les dispuso
un buen plato de tomates.
y tanto les dió
que les fastidió;
y a contarlo fueron
a Napoleón;
¡y viva la nación!
¡y viva Velintón!

La finta de Wellington hacia el centro hizo retirarse rápidamente a las fuerzas francesas temerosas de un corte de comunicaciones con su país. Soult levantó el sitio de Cádiz y se unió a Suchet en Valencia. Ante esta maniobra Wellington permitió a José entrar de nuevo en Madrid pero luego, aprovechando los sucesos europeos que auguraban el declinar de la estrella de Napoleón, atacó a los franceses que se retiraron hacia el norte. En Vitoria no tuvo José más remedio que presentar batalla. Arriaza cantó el último triunfo en tierra española contra el invasor:

Venid Ticianos a ilustrar pinceles
Fidias, llegad a eternizar metales,
prevenid plumas, cisnes inmortales
prodigad musas, cantos y laureles.
Seréis divinos cuando seáis más fieles
pintando, ya de Galia en los umbrales
al Cid britano, y de pavor mortales,
huyendo de él los vándalos crueles.

Unid al cuadro en mágicos colores
la independencia hispana y su alta gloria
como hermanas gozándose entre flores.
Y si queréis más timbre a su memoria
llamadle vencedor de vencedores
y a su triunfo, victoria de Vitoria.

CAPÍTULO XIV

FERNANDO VII.
ABSOLUTISTAS Y LIBERALES

La unidad española sólo existió mientras duró la guerra y el enemigo a rechazar fué tan peligroso como Napoleón. Pero, como se ha dicho muchas veces, la batalla que se ganaba al enemigo en el campo de batalla se perdía en la retaguardia, porque, entre los mismos encarnizados defensores de Cádiz estaban los que, imbuídos por las afrancesadas ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, habían jurado la Constitución obligándose a sí mismos a no reconocer como monarca a Fernando si éste no la acataba.

Al lado de esta minoría, la inmensa mayoría del pueblo que había luchado por la tradición esperaba entre vítores al rey que Napoleón se veía forzado a soltar por los acontecimientos transcurridos tanto aquí como allende fronteras. Desde su entrada en España vióse Fernando envuelto, por un lado en reticencias de los constitucionales que se negaban a reconocerle sin jurar, y por el otro, en las insinuaciones de los elementos absolutistas que le forzaban al golpe de Estado contra la Regencia. Convencido finalmente por éstos, ordenó la detención de

varios constitucionales y el pueblo le recibió entre constantes aclamaciones. En los carteles a su paso por las calles de Madrid, se leía:

Ven, oh deseado
príncipe clemente,
llena el voto ardiente
del pueblo español.

y Juan Bautista Arriaza entona su canto en un arco triunfal levantado por el Ayuntamiento:

Tinieblas y luz a un tiempo no es posible
ni estar vicio y virtud.
Cayó Napoleón, cometa horrible
y álzase y brilla el astro de Fernando.

Pero este astro traía consigo gran número de nubarrones. La escisión de España en dos bandos se hacía cada vez más declarada. Los liberales que vitoreaban al rey constitucional eran contestados agriamente por los absolutistas que aclamaban al rey neto. No había componendas entre ellos y la restauración de la Inquisición, por ejemplo, provocó, con la supresión de la libertad de imprenta, la mayor algarabía, una algarabía que había de durar todo el resto del siglo XIX y parte del XX.

Resonaba la lucha en la prensa. «El Diario de la Tarde», de Cádiz, enemigo de la constitución preconizaba:

De tanto tunante,
crítico escritor,
filósofo de moda:
líbranos, Señor.
De tanto sectario
como con error
extiende hoy su dogma:
líbranos, Señor.
Pues si de estas plagas
nos libra tu favor

saldrán Papa y Rey
del centro del horror
que yacen en Francia,
y os dará mi amor
con la Iglesia y patria
las gracias, Señor.

Otro periódico, «El Procurador general de la nación», arremetía igualmente contra las nuevas modas:

¿Quieres ser liberal?... Ten entendido
que has de traer muy compuesto el pelo
gran corbatín, y cual el mismo cielo
de las lucientes botas el bruñido;
con las damas serás muy atrevido,
habla de la Nación *con grande celo,*
y para gozar placeres sin recelo
echa la religión luego en olvido.
Siempre la Constitución *y* ciudadanos;
siempre la ley *resonará en tu boca,*
a los serviles llamarás villanos,
pancistas, pitancines, gente loca;
y serás sin empeños ni cohecho
un gran liberalón hecho y derecho.

En cambio, el «Diario militar, político y mercantil», de Tarragona, al defender moderadamente las ideas constitucionales, decía:

Si consiste el servilismo
en negarse a la razón
y preferir su opinión
a toda verdad sutil
yo detesto ser servil.

Fernando llevaba una política de absoluta vuelta a los principios que regían en España antes de la guerra de la independencia, relegando al olvido lo legislado por las Cortes de Cádiz y castigando severamente a los que se

habían distinguido por sus ideas liberales. Manejado a su antojo por las camarillas que había creado, repartió con igual prodigalidad e inconsciencia penas y favores. Entre los desterrados y presos por sus convicciones se hallaba, en 1819, Teodoro de la Calle, en un presidio africano; sus versos son la expresión de los liberales españoles que reprochaban al país haber olvidado su antigua energía para resistir tiranos:

¿Y a tal afrenta, tal baldón, abates
tu cuello, patria mía? ¿y tus guerreros
tus propios hijos son los que en coyunda
transforman los laureles? ¿Para esto
del fiero galo la sangrienta espada
con impávida frente resistiendo,
viste talar tus fértiles campiñas
y convertidos tus incautos pueblos
desde Pirene hasta la hérculea fauce
en sepulcros, escombros, ruinas, yermos?

¿Qué acerbos frutos coges de tu sangre
triste España? ¿Qué, tu intento
a mudar de verdugo se limita,
no a ser libre y feliz? Repasa el premio
con que el déspota al fin te galardona.
En cárceles, patíbulos, destierros
paga tu amor y ceba vengativo
su cólera en tus hijos predilectos.

Tantas muertes y prisiones, así como las gestiones de las logias masónicas que se iban organizando clandestinamente en España, produjeron a la larga el movimiento liberal que se conoce con el nombre de pronunciamiento de Cabezas de San Juan, mandado por el comandante Riego. Éste aprovechó el pésimo estado de espíritu con que se preparaba la expedición contra las colonias sublevadas de América. Porque ésta fué otra de las consecuencias del estado caótico de aquella España. Las colonias

americanas, que se alzaron en primer lugar en defensa de los legítimos derechos de Fernando y para no reconocer la autoridad del intruso, derivaron sensiblemente hacia la independencia declarada. Como lo narra el poeta Manuel de Grau e Iglesias:

Y pronto en las Américas retumba
grito de independencia y exterminio,
y pronto el plomo por los aires zumba
y el español, allí vendido, deja
de América el dominio,
y pronto el genio de Colón se aleja
y se encierra en su tumba.

Pero pronto las nuevas naciones guerrean entre sí:

Miradlos ¡oh dolor! huérfanos hijos
que en guerra cruel se hieren y destrozan,
sin pensamientos de gobierno fijos,
de marchar al abismo se alborozan.
Vedlos ahí rindiendo vasallaje
a la hidra feroz de cien cabezas,
que llena de furor y de coraje
les devora sus vidas y riquezas.

El grito de rebelión de Riego iniciaba una triste teoría de actos similares que habían de provocar en ese siglo XIX el descrédito de la nación en el extranjero. Al principio no logró su propósito, pero, al sumarse al movimiento varias guarniciones, Fernando VII reconoció el nuevo estado de cosas con su conocida frase: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional».

Los hombres que subieron al poder se empeñaron, simplemente, en deshacer todo lo que, bueno o malo, había hecho el régimen absolutista y reemplazarlo por las instituciones promulgadas por las cortes de Cádiz. En Madrid se produjo una alegría populachera muy parecida a la organizada cuando los absolutistas triunfaban. Rena-

cieron las sociedades llamadas patrióticas o liberales, como la de «La cruz de Malta», donde se dió un banquete al general Arco de Agüero, amigo de Riego. El poeta Gorostiza entonó su canto:

Esos gritos de plácida alegría,
gritos de libertad, vivas sinceros,
no los pronuncian labios embusteros,
ni los dicta servil hipocresía.
El odio hacia la infame tiranía
el amor a la patria y a sus fueros,
son de los españoles verdaderos,
la divisa tan sólo de este día.
Recibe pues, valiente ciudadano
(gloria eterna del cuerpo a que serviste)
de nuestra gratitud la fe sencilla.
Constitución y Rey firmó tu mano.
Constitución y Rey ganar supiste,
Constitución y Rey diste a Castilla.

Con frase menos ampulosa, pero más intencionada, cantaban los liberales por las calles su canción de mofa:

Por los serviles
no hubiera unión
ni, si pudieran,
Constitución.
Trágala o muere
tú servilón
tú que no quieres
Constitución.
Ya no la arrancas
ni con palancas,
ni con palancas
de la nación.

A los que los absolutistas, sospechando de la veracidad monárquica de sus enemigos contestaban:

Trágala, trágala
tú liberal
tú que no quieres
corona real.

El rey no se conformaba en ver su situación comprometida y menguados los que él creía sus legítimos derechos. Por otra parte, los liberales de primera hora, los exaltados, competían ferozmente con los moderados, y el partido dominante no se entendía en su mismo seno. Fernando aprovechaba el tiempo animando subrepticiamente a los partidos que se habían levantado en el campo por el rey absoluto y pidiendo la ayuda de los gobiernos extranjeros. Por fin, temiendo que el contagio liberal llegase a sus respectivos países, los monarcas de Austria, Prusia, Rusia y Francia, firmaron el acuerdo de Verona (1822); el 1 de marzo de 1823, ante la amenaza de la invasión, los ministros acordaron el traslado del gobierno a Sevilla y luego a Cádiz. Los Cien Mil Hijos de San Luis cruzaron la frontera al mando del duque de Angulema y fué el suyo un paseo triunfal porque, por todos lados, los absolutistas se apresuraron a recibirlos en triunfo. Sin ser hostilizados apenas llegaron a las puertas de Cádiz, donde se habían refugiado el gobierno y las Cortes, con el rey como prisionero. Viéndose perdido, el Gobierno le puso en libertad con garantías escritas, y la reacción triunfó. El mismo Arriaza, que tantas veces escribiera contra franceses, los saluda ahora en cambio, en un arco levantado en honor de Fernando a su regreso en Madrid:

Id valientes militares;
contad en vuestros hogares
que si vuestros triunfos bellos
nos dieron rey y quietud
nos dejáis también con ellos
ejemplos de gran virtud.

El duque de Frías remite en cambio a J. N. Gallego «El llanto de un proscrito», quejándose de la invasión:

...Pero hay, amigo, padecer que exceda
al ver que España a la francesa gente,
sin combatir el triunfo la conceda?

¡Sombra inmortal de Córdoba valiente!
¡Sombra inmortal de Carlos el Primero!
¡Y tú, sombra inmortal del Rey Prudente!

Vosotros, que con rostro lisonjero
visteis a España vencedora un día
blandir constante el indomable acero,

y del francés, postrando la osadía,
la gloria renacer esplendorosa
de San Quintín, Parténope y Pavía.

Ya en el campo feroz de la Barrosa,
ya de Bailén en la inmortal llanura,
ya en San Marcial, Tamames y Tolosa.

Pues veis que impune la fragosa altura
que debimos al Dios de las bondades
para guardar la independencia pura.

El vencido francés, que con maldades
nuestro suelo invadió, cruza atrevido
hasta embestir a la opulenta Gades,

A la tumba volved; no el dolorido
acento mío vuestra calma rompa.
— Mas, ¡ay! que escucho vuestro fiel gemido
viendo abatida la española pompa
y arrimado el acero fulminante
y enmudecida la guerrera trompa.

Pero la negra envidia devorante,
el ciego frenesí de las facciones,
la insensatez del bando gobernante

encendido el volcán de las pasiones
desoído el clamor del patrio suelo,
dieron paso de Francia a las legiones...

La reacción absolutista de 1823 fué tan extrema como lo había sido la primera. Se juzgó sumariamente y el mismo vulgo que aclamó a Riego al entrar vencedor en Madrid, aplaudió gozoso su suplicio aunque lamentó más el del Empecinado, célebre guerrillero al que no le valieron sus méritos patrióticos en la guerra de la Independencia. Pero todavía hubo en palacio quien, no gustando de la política fernandina, se situaba al lado del infante Carlos María Isidro, su hermano. Como los liberales, los absolutistas se dividían después del triunfo en «apostólicos» y fernandinos, que más tarde serían «cristinos».

La princesa de Asturias, Isabel, nació el 10 de octubre de 1830. Ventura de la Vega, el gran poeta, saludó su llegada :

Bajo tu imperio, religión sagrada,
otra Isabel, orgullo de Castilla
las rojas luces tremoló en Granada,
lanzando al moro a la africana orilla.
Esta que hoy nace, de la patria anhelo,
destina el cielo a la paterna silla;
sagrada religión, tu la acompaña
y el siglo de Isabel realza España.

Como en la época de Carlos II, las facciones se agitaban alrededor del monarca enfermo para situar en el trono al miembro de su partido. Fernando había hecho publicar la Pragmática sanción que daba a las hembras derecho al trono. Tras el nacimiento de la infanta Isabel,

Calomarde aprovechó una enfermedad del monarca para que su firma fuera puesta a una revocación de la Pragmática, con lo que correspondía el trono al infante Carlos. La intervención de la infanta Carlota, hermana de María Cristina, logró otro decreto por el que se daba de nuevo el poder de sucesión a la princesa Isabel con su madre en la Regencia. De este acto había protestado el infante don Carlos relegado en Portugal, cuando Fernando VII entregó su alma al Señor, el 29 de septiembre de 1833.

CAPÍTULO XV

MARIA CRISTINA Y LA GUERRA CARLISTA

Con María Cristina en el poder como tutora de su hija doña Isabel en minoría de edad, empezó la primera guerra carlista que había de durar siete años. En realidad, la rebelión en favor de Don Carlos obedeció al hecho de que María Cristina tomó el partido liberal enfrente de los Apostólicos o absolutistas, partidarios de la Inquisición. Su rebeldía tuvo más importancia moral que material. Se valoró más la intransigencia de sus principios y la tenacidad con que se lanzaron al campo a defenderlos que la eficacia de sus acciones bélicas. Porque, a pesar de haberse levantado tres veces en el transcurso del siglo XIX y de la bravura indiscutible de sus parciales, los carlistas no lograron hacerse con ninguna ciudad importante ni siquiera con la de Pamplona, centro natural de la Navarra sublevada por su Rey y sus fueros contra los liberales.

María Cristina contó, en cambio, con el apoyo general de la nación, que sintió desde el primer momento una compasión romántica hacia la madre y la niña. El poeta cubano «Plácido» (Gabriel de la Concepción Valdés), saludó a las dos con versos encendidos :

Salve, salve Isabel adorada,
nuevo sol que la Iberia ilumina,
salve, salve adorada Cristina,
nombres dignos de lauro inmortal.

La sublevación carlista tuvo desde el primer momento una gran figura al frente: Zumalacárregui. Éste venció varias veces a los generales cristinos y el gobierno apremiado tenía que hacer frente, además, a la facción exaltada de los liberales que hicieron posible las rebeliones en Cataluña, Murcia y Valencia, amén de las matanzas de frailes en Madrid. La guerra carlista continuaba y la falta de capitalidad que le hubiera granjeado a don Carlos el apoyo extranjero, obligó a su ejército a dirigirse a Bilbao. Allí fué derrotado el sitiador por el general Espartero, nuevo general en jefe de los cristinos. Los carlistas tuvieron que retirarse y Plácido, liberal, rememoró en su violenta diatriba contra los carlistas y en pro de Espartero, los manes del guerrillero Mina:

Mientras la fiera horda de canalla
con algazara súbita fulmina
a la invencible gente bilbaína,
lluvia horrenda de bombas y metralla.
Partió de sus numánticas murallas
la heroica sombra del heroico Mina,
pasó cual rayo de la luz divina,
tremendo como sol de las batallas.
"Añada en mi sepulcro el vate ibero
un triunfo más en mi brillante historia",
dijo la sombra del audaz guerrero.
Y fijando el laurel de la victoria
en las sienes del ínclito Espartero,
volvió severo al templo de la gloria.

El nombre de Espartero, llevado a la fama por este lance, había de resonar todavía más. La guerra carlista llegó a morir por consunción y los soldados de ambas

partes, cansados de luchar, pudieron llegar sin esfuerzo al convenio de Vergara. Este acto, ansiosamente esperado por la nación, fué cantado per H. Ribot :

No cargada de hierros infames
a la España se le ofrece la paz,
ni se debe a las armas extrañas
que tan cara la hicieran pagar.
¡Vedlos ya! los guerreros que un día
con la rabia del tigre lucharon,
y una vez y otra vez asestaron
en sus pechos el tiro mortal,
hoy las armas tiznadas desceban,
hoy se abrazan y besan y halagan,
hoy en llanto las mechas apagan
y enmudece el obús funeral.

...Es la paz que la gloria renueva,
que el pendón español clavó en Flandes,
y en Orán, en el Asia, en los Andes,
donde quiera que el viento sopló.
Es la paz que a Isabel asegura
ese trono cual ella preciado,
que en un mundo y un mar estrechado,
otro mar, otro mundo buscó.

Por él, las Cortes se comprometían a estudiar con todo cariño el problema de los Fueros de las Vascongadas, por cuya conservación tan celosamente habían velado los carlistas y se promulgaba un perdón bastante amplio.

Tras el triunfo militar, vino el político. El general Espartero se constituyó en jefe de un partido, el progresista, de significación liberal avanzada. Sus partidarios eran cada vez más numerosos y la Regente, que no le tenía simpatía, veía con profundo dolor que un día u otro tendría que entregarle las riendas del poder.

Su red de servicios iba envolviendo a la reina regente por todos lados. Por el popular, movía las asonadas calle-

jeras que asustaban a María Cristina, y por el otro presentaba su amenazadora espada y el ejército que había llevado a la victoria. Villergas define sagazmente su doble juego :

Ya no es la senda de la suerte angosta
porque empuña dos partes el tal brujo,
con Real Servicio en el primer oficio
y en el segundo Nacional Servicio.

Ante esa fuerza no tuvo más remedio la reina que nombrarle primer ministro. Levantó entonces el tono de sus peticiones exigiendo que fuera anulada la ley de Ayuntamientos y se pidiera responsabilidad a los ministros anteriores. La pureza constitucional de la reina se vió tan humillada ante estas exigencias, que planteó a Espartero inmediatamente el deseo de abandonar el trono. Villergas, enemigo de Espartero, interpreta así sus palabras :

Yo te colmé de honores, te hice conde,
yo te hice general, yo te hice duque,
siento y lo digo con afán sincero
no haber podido hacerte caballero.

Y embarcó en el puerto de Valencia marchando a Masella y dejando a su hija encomendada a los cuidados del poeta Quintana como ayo instructor. Ya estaba Espartero en el poder y los progresistas — los «ayacuchos» — demostraban su alegría por las calles. Villergas la define de esta manera :

Ya estalló la sociedad
¡Santa Bárbara que truena!
siga la barbaridad
y ande la marimorena
¡y viva la libertad!
Tal facultad es verdad
que da la Constitución,

más también da libertad
para hacerle algún jirón
¡y viva la libertad!

Como es lógico, ante regente tan rápidamente subido y de tan personalista carácter empezó a incubarse la oposición. Salas Quiroga y Alvarez Miranda ironizaron sobre su ascenso :

En tiempos de gloria llenos
con humildad y llaneza
deseó ser vuestra alteza
alcalde, ni más ni menos.
Pero os dijeron los buenos
de la progresista ley
que reclamaba la grey
vuestro auxilio soberano
y vos dijísteis ufano,
"el mejor alcalde, el rey"..

En cambio, el poeta H. Ribot entona su ditirambo del general Espartero :

Pero ya en vano por triunfar se afana
la audaz pandilla que las leyes mella;
no teme el pueblo su arrogancia vana
que de Espartero en el tesón se estrella.
Tú que abatiste el puente de Luchana
y humillaste los muros de Morella,
héroe inmortal; la ley es tu divisa...
¡Ay! ¡Ay! mil veces, si un traidor la pisa.

Pero eran más los enemigos. Por un lado, la aristocracia vieja hacía causa común con la reina gobernadora que, desde el extranjero, sostenía su derecho a tutelar a la niña Isabel ; por el otro, los liberales querían llevar más lejos el camino que el progresismo les había abierto con su subida al poder. Por todas partes se gestaban conspiraciones como las de O'Donell, que costó la vida al general León, conde de Belascoaín. Ante el triste fin de este héroe

de la guerra carlista no hubo más que elogios. En su corona poética se entonaron los versos de Nicomedes Pastor Díaz, que terminan :

Esa sangre que brota
que siempre invita a la marcial pelea
sagrado pabellón al aire sea
su noble lanza rota

Recordando su inmortal carga de caballería contra los carlistas en Villarrobledo. Eugenio de Ochoa le evoca también :

El primero en la lid, como torrente
precipitado de fragosa altura,
lanza en ristre, jinete armipotente
y entre los más valientes, el Valiente
Diego León, tu homérica figura
sobre sus negras páginas fulgura.

Mientras, los enemigos de Espartero hicieron creer en 1842 a los trabajadores catalanes que el regente perjudicaba las fábricas de hilados por estar vendido al oro inglés. Se sublevó Barcelona y Espartero, en el dilema entre su popularidad y su poder, escogió el último y bombardeó a la ciudad. Se dijo que esto produjo alegría en Inglaterra, y Villergas, aludiendo a la vecindad del edificio ocupado por Espartero y la casa del embajador británico, escribió :

Aquí vive el Regente,
el que manda vive enfrente.

Los emigrados españoles en Francia movían los hilos de la intriga y pronto Prim, Serrano y González Bravo provocaron levantamientos en la península. Sevilla sublevada fué atacada por el parcial de Espartero Van Halen y los sevillanos parodiaron la copla de los gaditanos ante el sitio francés :

Con las bombas que tiran
los de Van-Halen,
encienden los cigarros
los nacionales.

Por fin la coalición se hizo demasiado fuerte para el duque de la Victoria y éste tuvo que abandonar el país en un buque inglés; era el 12 de agosto de 1843.

CAPÍTULO XVI

ISABEL II Y LA GUERRA DE ÁFRICA

Con la declaración de la mayoría de edad de Isabel II empezaba otra vez la lucha entre los vencedores que no sabían cómo repartirse el botín de Espartero. Sin embargo, la figura aniñada de la joven reina había logrado atraer la atención y el afecto de su pueblo. Era natural el recuerdo de la otra Isabel, la grande, y por el conjuro del nombre, España imaginaba que volvería a puestos de antigua grandeza. Sin embargo, don Juan Valera no quería vivir de lo antiguo sino manifestarse en nuevas rutas. En su poema a la niña dice :

Esperemos de ti, reina Isabela,
que negando tu afecto y confianza
a los que sueñan hoy con lo pasado,
pongas la mira y cifres la esperanza
en el gran porvenir inexplorado.
Así tu noble acción será fecunda,
así en nuevos caminos,
y de Isabel Primera la Segunda,
no fuera de razón será la copia
sin rival por la grandeza propia.

Naturalmente, al ser vencido el progresismo en la persona del general Espartero, subió el moderantismo con el general Narváez — «el espadón de Loja» — que puso de relieve una política digna y seria, manteniendo el orden en el interior y logrando en cierto modo el respeto de las demás naciones para España. J. del Castillo ya había cantado su energía cuando pacificó la Mancha, liberada de grupos carlistas en 1839.

Inmarcesibles lauros, cien coronas
tus sienes ciñan, valerós *Caudillo;*
lució en la Mancha de tu espada el brillo
el Mundo te contempla... Tú perdonas
sarcásticos dicterios, ¡oh gran Narváez!
¡Lengua y mordaz! !y contra quien te enconas¡

...¿Do está el Pacificador
apoyo del liberal,
destructor de odioso mal,
y de perverso terror?

Tenéisle ahí, carpetanos,
al frente de los guerreros,
que tiñeran sus aceros
en vil sangre de inhumanos.

Sin embargo, al estar, como todos los gobiernos de su época, expuesto a ser derribado en las Cortes, el juego político no le permitía mantener un sistema; a cada momento se sublevaba gente de distinto partido y lugar, provocando una intranquilidad pública muy deplorable para nuestro prestigio.

Por fin llegó al poder el general O'Donnell. Conviene detenerse en esta figura porque, en su tiempo y en el del gobierno de la Unión Liberal que él presidía, cesaron momentáneamente todas las disensiones y rencillas particulares para lograr una empresa de interés nacional: la guerra del Africa.

Nuestras plazas en el norte africano, Melilla, Ceuta, Alhucemas, Chafarinas y Vélez, eran continuamente atacadas por los rifeños. Se habían efectuado diversas reclamaciones que, al no ser contestadas por el Sultán de Marruecos en su punto y hora, motivaron la declaración de guerra en 1859. Con ella España entera pareció recobrar aquel sentimiento que muchas veces a lo largo de este trabajo hemos señalado, es decir, que el mahometano es el enemigo principal de nuestro suelo. Toda la Reconquista parece reflejarse en los versos que los mejores ingenios de la época, tales como Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Campoamor, Tamayo y Baus, etc., compusieron como glosa de la expedición africana en el Romancero del marqués de Molins: éste empieza con la traición musulmana que ataca sin previo aviso nuestras fortificaciones:

¡España! fieros gritaron
los berberiscos infieles;
y el rencor antiguo brota,
y los odios reverdecen.
Fija su torva mirada
de nuestro campo en los fuertes;
lo que al valor no confían
dan a la traición aleve;
y los fieles castellanos
que aún entre moros son fieles,
del fronterizo enemigo,
reciben villana muerte...

El insulto:

...con satánica algazara
nuestros blasones ofenden
destrozan nuestros leones,
nuestros castillos demuelen,
del nombre español se burlan,
la santa cruz escarnecen.
"Sultana del mundo", gritan,
tu último sueño duermes;

tus armas cayeron rotas;
con el humo desaparecen
tus glorias; torna a mi yugo,
cautiva del Guadalete.
El Africa te lo manda,
humíllate, ¡Dios lo quiere!

Pero surge magnífica la reacción española (según el duque de Rivas) :

Tornad a España los ojos
miserables, sí tornadlos
y temblaréis, la tormenta
que os amenaza mirando,
y de guerra y de venganza,
grito que llena el espacio,
y que retumba en los cielos
escucharéis aterrados,
tenga pronto su castigo
el arrogante africano
¡Viva Isabel! ¡guerra al moro!
¡Santiago, España, Santiago!

El paso del Estrecho y la primera batalla es narrado por Alcalá Galiano :

Lánzanse con nuevo arrojo
a la canalla moruna
que aquella luz milagrosa
la senda del triunfo alumbra.
Ya ni fusil ni espingarda
son de utilidad alguna
pecho a pecho, brazo a brazo
se sigue la lid sañuda.
Al alfange damasquino
que cuellos y miembros trunca
la afilada bayoneta
da respuesta con su punta.

El camino de Tetuán ha quedado abierto. Por él se dirigen los soldados al mando de O'Donnell:

Esta noche es Nochebuena
porque vamos a Tetuán.
¡A Tetuán!, voz que pasando
desde el cabo al general,
de éste a aquél, de aquél a otro,
del otro al de más allá,
del valle asciende a la cumbre,
de la cumbre baja al mar;
discurre de tienda en tienda
y de vivac en vivac;
y cambiando la consigna
de el "¡Alerta! ¡alerta está!"
la voz de los centinelas
¡a Tetuán!, dice, ¡a Tetuán!

El ataque moro hace que Campoamor haga muestra del recuerdo histórico:

Mas vanamente el destino
quiere cual siempre arrostrar,
pues cuando el destino llega,
todo lo demás se va;
y así es que, dando los moros
recuerdos del cardenal,
les dice la artillería
"Hijos de Tarif, atrás"
y un ¡Viva Isabel Segunda!
alto, fiero, universal,
que en su tumba a la Primera
hizo de gozo saltar,
a bayoneta calada,
después con más claridad
repite la infantería
¡atrás! ¡mucho más atrás!

Llegan los voluntarios catalanes a reforzar las tropas. Prim, su paisano y jefe, les arenga :

A morir habéis venido,
o a vencer, que tanto da,
aquí la vida es lo menos
porque el honor es lo más.
No contéis con la victoria,
mas con la muerte contad,
viva el cobarde; el valiente
aún muriendo es inmortal.

Y recordando los héroes catalanes de la antigüedad heroica :

¡Ay si amenguáseis su nombre!
¡ay si tornaseis la faz
como viles al peligro!
¡Aquella loma es Tetuán!

Sobreviene la famosa batalla de los Castillejos. Los húsares cargan heroicamente :

¡Gritos lanzan de alegría;
el ávido acero aprontan;
afírmanse en los estribos
y al punto a la lid se arrojan
Como huracán desatado
que rugiendo el campo asorda
y cuanto a su paso encuentra
desgaja, trunca y arrolla,
sin tregua el hispano hierro
da estocadas matadoras;
sangre africana chorrea
de alquiceles y marlotas.

Prim los arenga :

"Esas mochilas, soldados,
son prendas de vuestra honra
venid conmigo o yo solo

corro a morir sin demora,
venid o en mano africana
pongo la enseña española''.

¡Qué horrenda lucha! las armas
ni al indefenso perdonan,
no hay quien por la vida ajena,
contento no dé la propia.

Triunfa España por fin. Tamayo y Baus, dice:

Cantemos a Dios que al moro
venció por mano española.

Con una curiosa similitud con la apología de la batalla de Lepanto, ganada contra los mismos enemigos de la fe y de la patria.

La vuelta fué apoteósica. Narciso Campillo no olvidó en su bienvenida a los heridos:

Si miráis unos soldados
que en su faz pálida muestran
las señales indelebles
del fuego que los alienta,
y escucháis en torno suyo
votos y plegarias tiernas,
con que el pueblo generoso
salud y bien les desea;
no preguntéis sus hazañas;
cada pecho los recuerda,
cada español los bendice,
y el eco doquier les lleva.
Soldados son de la patria,
cayeron por defenderla,
por ellos se alza triunfante
la castellana bandera.

Pocos años después, en 1865, unos incidentes diplomáticos ocasionaron la guerra con las repúblicas de Chile y el Perú. La escuadra española mandada por Casto Mén-

dez Núñez, atacó y bombardeó Valparaíso y Callao. Esta acción provocó el entusiasmo nacional y Francisco de Camprodón cantó la batalla y a su héroe:

...Del mar azul entre las bravas olas
ve el Perú de la popa en el remate
que están izando naves españolas
sus gallardas banderas de combate:
solo entre torres de granito, asoma
su cabeza el Perú, y en torpe mengua
espera allí el ataque del que toma
el mar por base y el cañón por lengua.

...después del zafarrancho, la campana
dió la oración, y en nombre de los cielos
el sacerdote de la nave hispana
bendijo enternecido a sus hijuelos.
Asoma el Almirante en el Alcázar:
y con la fe sencilla
puesta en el Dios que al bueno galardona,
también recibe hincado de rodilla
la bendición que lava y que perdona;
y dijo a los demás, aunque hoy espero
que cada marinero hará una hazaña,
rogad a Dios que hoy va a luchar España
y rogad por España lo primero.

Atacan el fuerte más artillado:

No se oyó respirar, los campeones
toman por blanco el formidable fuerte:
del seno de los cóncavos cañones
brota exterminio, destrucción y muerte.
Y desde aquella hora
la soberbia "Numancia" se convierte
en un volcán de lava abrasadora.
Retiembla el muro contra el cual asesta
la Capitana sus certeros tiros,
y creciendo la saña
del marinero de furor beodo,

dobla sus fuegos y lo arrasa todo;
y se escucha en los últimos suspiros
de algunos labios que la muerte enfría
al exhalar el alma en playa extraña,
"aunque nos llegue de morir el día
Victoria por España!"

Tras estos momentos de unión nacional, el país, como le sucede siempre tras la victoria, volvió a dividirse. Los mismos generales vencedores de Africa, como O'Donnell y Prim, huyeron a Francia desde donde dirigieron una serie de movimientos antiisabelinos; en la oposición se agrupaban, desde los partidarios del duque de Montpensier, casado con doña Luisa Fernanda de Borbón, hermana de la reina, hasta los demócratas más avanzados. Sus continuados esfuerzos prepararon la caída de la monarquía. Federico de Vega, representante del ánimo revolucionario, escribe en París su sátira: «Un Angulema, por el amor de Dios!»:

Dicen que doña Isabel
de Borbón a quien desvelan
los laureles que a su padre
ciñó el duque de Angulema,
conociendo que su trono,
a pesar de las carenas
que le dan a cada paso
González Bravo y Pezuela,
comienza a tambalearse,
como si el pobre tuviera
sus carcomidos cimientos
sobre movediza arena,
ha dicho a Napoleón:

(Napoleón III, ya emperador de los franceses)

Primo, yo soy una reina
«comme il faut», *buena cristiana,*
constitucional, libérrima,

virtuosa, agradecida,
y, aunque sufra mi modestia,
con un tacto prodigioso
para descubrir lumbreras
políticas...

...Los pícaros liberales,
a quienes tan grandes pruebas
de mi maternal cariño
tengo dadas, con las cuerdas
que he mandado a Filipinas
y otras muchas menudencias
que están proclamando a gritos
mi ternura, guerra abierta
le han declarado a mi trono.

Y solicita el apoyo napoleónico haciendo referencia a los famosos fusiles *Chassepot* adquiridos últimamente por el ejército francés :

Vuestra Majestad me auxilie
mandándome un Angulema
provisto de esos fusiles
que tanta maravillean.

y el poeta termina clamando por la libertad en forma típica :

¡Animo España! rompe tus cadenas
rasga las negras nubes
que tu cielo encapotan, y en ruinas
caerá un poder que se estremece y cruje!
No temas, no, que del segundo imperio
las águilas ayuden
a mantener el sambenito odioso
con que tu reina tus espaldas cubre.
Harto tienen que hacer hoy en su casa
sin que en la ajena busquen
abrojos que enlazar a su corona,
complicaciones que su estrella anublen.

Cristalizada la conspiración, el grito de Cádiz dado por Topete el 18 de septiembre y la batalla de Alcolea, dieron al traste con el reinado de Isabel II, que había durado treinta y cinco años sobrados de sucesos y faltos de grandeza moral.

CAPÍTULO XVII

DON AMADEO DE SABOYA. LA REPÚBLICA. LA RESTAURACIÓN

Con la revolución de septiembre de 1868 España se perdía más intentando vanamente recuperar el pulso histórico con nuevas formas de gobierno. Los republicanos intentaron, desde el primer momento, llevar el agua a su molino moviendo disturbios en varias poblaciones. Se alzaban los carlistas. En el «Romancero español de Carlos VII», se lee :

Vedlos como van llegando
en la bandera afiliarse;
todos son mozos aguerridos,
todos vieron a sus padres
por Dios, Patria y Rey morir
y abandonan sus hogares,
sus mujeres y sus hijos,
para derramar su sangre,
por la noble y santa causa
que la ventura ha de darles.

Las Cortes habían nombrado regente al general Serrano, duque de la Torre, que encargó a Prim formar go-

bierno. El conde de Reus procuró hallar monarca entre las familias reales de Europa y su gestión a favor de los Hohenzollern-Sigmaringen (que la ironía española bautizó con el de «ole, ole si me eligen»), fué el motivo inmediato de la guerra franco-prusiana del 70. Por fin, Amadeo de Saboya aceptó el trono.

Fué la suya una empresa arriesgada y sin éxito. Su sinceridad topó con la división y la malevolencia. A los dos años de estéril lucha, la abandonó, abdicando.

Le sucedió, con gran gozo de los extremistas, la república. Pero si la monarquía saboyana había durado poco más de dos años, la nueva expresión de gobierno no llegó a uno. Y en ese tiempo hubo cuatro presidentes: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. La escisión entre federales y unitarios, amén de la enemiga que a la república mostraban los monárquicos de don Carlos y de don Alfonso, convirtieron al país en aquel tiempo en un desastre continuo. Fué una época difícil, de luchas callejeras y algaradas. Patricio Aguirre de Tejada, la describió en la poesía «El Motín», en 1872:

Es el motín, es el motín; hirviendo
en gritos y amenazas,
desbórdase furioso discurriendo
por calles y plazas.
Ronca la voz, los trajes desceñidos,
como infernales seres,
en tropel bullicioso confundidos
van hombres y mujeres.
Sus manos el puñal del asesino
dejará de honra llenas;
la cólera mezclada con el vino
circula por sus venas.

Vedle trepar por rejas y balcones
con ímpetu salvaje,
injurias vomitando y maldiciones,
sediento de pillaje.

Seguid, seguid, inicuos campeones
de escándalo y maldades,
vituperio de todas las naciones
de todas las edades,
sin temores seguid y sin cuidados
que al despuntar el día
ya os guardarán cerrojos y candados
el sueño de la orgía.

Y con aire de ironía popular, los chistes versificados de la «Ilustración», satirizaban las conquistas revolucionarias:

SASTRE. —*Me está a mí que ni pintado.*
CLIENTE.—*Lo creo, pero en mis carnes...*
SASTRE. —*Y a usted le estará lo mismo*
hoy todos somos iguales.

Libertad de cultos:

BORRACHO.—*Yo defiendo mi derecho.*
GUARDIA. —*Vamos, al cajón, ¡borracho!*
BORRACHO.—*¿No hay libertad de cultos?*
Pues yo estoy por el de Baco.

La república fué liquidada por el general Pavía con su entrada napoleónica en las Cortes y el duque de la Torre volvió a encargarse del gobierno.

Mientras, el partido alfonsino iba ganando adictos. Desengañados de quienes les prometieron tantas dichas con la salida de los Borbones, las gentes se volvían hacia la solución dinástica, sobre todo porque la figura representativa de la restauración era el joven don Alfonso, y siempre — a lo largo de esta historia lo hemos visto — la juventud heredera del trono despierta grandes confianzas en los pueblos desdichados. Por ello el grito de Martínez Campos en Sagunto que hizo enlazar la historia añeja con la nueva, produjo especial satisfacción y ninguna reacción violenta.

Pedro Antonio de Alarcón glosó la esperanza de los españoles en un soneto apasionado :

¡Alfonso! ¡Hijo de España! ¡Llega! ¡mira!
¡contempla el haz de tu nativo suelo!
¡doquier devastación y sangre y duelo,
frutos de la soberbia y la mentira!

Cundieron los incendios de la ira
de América al Pirene en raudo vuelo,
y, escándalo del mundo, horror del cielo,
arde la patria cual inmensa pira.

¡Oh! Llega, nuevo Alfonso, y a tu nombre
cesen los odios en que hierve España...
Sé tú de amor y de justicia prenda;

soldado y rey que el universo asombre;
rayo en la lid contra invasión extraña;
iris de paz en la civil contienda.

Los primeros actos de Alfonso XII consistieron efectivamente en acabar con la guerra civil que todavía ardía en el Norte y mandar a Cuba un ejército que acabase con el movimiento separatista que comenzaba a dejarse sentir en aquella isla y en Puerto Rico a imitación de sus hermanas americanas. Por la paz de Zanjón se hizo un alto en la guerra que luego había de proseguir.

El rey Alfonso fué un rey romántico y popular. Le hizo más simpático al pueblo la muerte de aquella reina con la que se casara por amor, María de las Mercedes de Orleans. Todavía los niños españoles entonan la canción :

¿Dónde vas Alfonso Doce
dónde vas triste de ti?
Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.

Si Mercedes ya está muerta
muerta está, que yo la vi
cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.

Con lo que el pueblo se asociaba al luto que por su hermosa y dulce mujer llevara el monarca. Pero pronto hubo de sentir otra pérdida mayor. No había llegado al onceno año de poder el rey, cuando una enfermedad acabó con una vida que podía haber dado muchos beneficios a la patria.

María Cristina

Casado en 1879 con la archiduquesa de Austria, María Cristina, al morir Alfonso la dejaba en cinta y con dos hijas de corta edad, en parecidas circunstancias a como estuviera la también austríaca doña Mariana, madre de Carlos II. Sin embargo y afortunadamente para doña María Cristina, que contaba también con una discreción mayor que aquella antecesora, la oposición no se hizo tan fuerte ni enconada. Desde el primer momento su actitud reservada y discreta impuso a los detractores y logró una actitud de respetuosa adhesión incluso en sus enemigos políticos. Delgado Berbeo, sudamericano, glosó la atención que prodigó a nuestras tropas que al mando del general Martínez Campos habían vuelto a elevar el pabellón de España en Marruecos ante un ataque rifeño:

Si el cielo te protege, entusiasmados
llevarán victorias tus banderas
y trocados en héroes tus soldados;
o morirán gloriosos uno a uno
luchando con la rabia de las fieras
sin humillarse a vencedor ninguno.

y Fernández Estrada corea diciendo:

Vale más la corona
de su clemencia

que la que dió a sus sienes
la Providencia.
Porque de sus virtudes
con el ejemplo
hace del regio Alcázar
altar y templo.
Esos son los laureles
más codiciados,
de la que es reina y madre
de sus soldados.
Esas son las conquistas
que ella ambiciona,
y que tienen más oro
que su corona.
Ese es el gran consuelo
que el alma llena;
ese es el triunfo hermoso
de la que es buena.

La característica de bondad no le será nunca negada por nadie. Sus virtudes le ponían, por otra parte, a cubierto de la maledicencia de la que fué víctima su suegra Isabel.

Y realmente, era necesario para los españoles del tiempo el saberse asistidos de los reales consuelos, porque se avecinaba una triste lucha: La isla de Cuba se alzó de nuevo por su independencia. Al poco tiempo lo hicieron las Filipinas y la débil España del siglo XIX, tuvo que enfrentarse con dos terribles luchas de emboscadas y de guerrillas, ayudadas por la protección de la potente república de los Estados Unidos.

La impresión producida en la península fué muy intensa. De ella se hizo eco José Pablo Rivas en su poema «Cuba»:

¿Qué grito es ese amenazante y ronco
que cruza el mar y los espacios rasga,
y llega entre dicterios y blasfemias
al seno de la patria?

son nuestra misma sangre y nuestra raza;
¡Son ellos! ¡Otra vez! Son nuestros hijos,
son los que llevan nuestros mismos nombres
y cual nosotros hablan!

En nuestra misma lengua hermosa y rica,
por nuestras mismas madres enseñada,
al rostro el reto parricida y loco
de rebelión nos lanzan.

...La Habana es nuestra perla,
nuestro mejor florón;
primero que perderla
morir como nación.

La Habana se va a perder
la culpa tienen los yankees,
ayer cantaba ante el yunque
un herrero de mi calle.
¿No oyes Hércules patriota
esos ecos por los aires?
son de vítores y vivas,
son de músicas marciales.
Es que marchan nuestras tropas,
es que zarpan nuestras naves,
y mientras la silenciosa
paz de nuestra estrecha calle,
la turban con paso doble
las charangas militares,
y relumbran los fusiles,
y centellean los sables,
canta con tu voz de trueno,
canta con tu voz gigante.
Nada se me dan los yankees
pues La Habana no se pierde
mientras haya voluntarios
y empuñe la espada Weyler.

La amenaza es grave, sin embargo. Y hay un presentimiento de desastre :

Y si Cuba ha de perderse
que ruede al abismo y caiga
envuelta entre los fragmentos
de los escombros de España.

Pronto el apoyo subrepticio de la república americana se manifestó claramente. Habiendo volado en el puerto de La Habana el crucero «Maine», el Gobierno de Wáshington achacó toda la responsabilidad a España y declaró la guerra. Tan injusta se consideró aquí la declaración, que a pesar de la desproporción de fuerzas las páginas de los diarios y revistas se llenaron de indignadas manifestaciones en las que se llamaba a la nación a la empresa bélica. En abril del trágico año del 98, Carlos Luis de Cuenca se dirigía a la república «yankee» con estos versos:

¿Qué nos importa el insolente alarde
de tu poder, que la soberbia aumenta?
calcula el riesgo el mercader cobarde,
no el caballero al vindicar su afrenta.
Quien por las leyes del honor se rige
al reto acude sin pasión bastarda;
siempre por el decoro que lo exige,
nunca por el provecho que le aguarda.

y también apunta la posibilidad de la derrota :

Y con gloria ha de ser si sucumbimos
y con honor ha de ser como triunfemos,
que en Numancia y Lepanto lo aprendimos
y contra tu poder lo probaremos.

Se probó cumplidamente con harta desdicha para nuestras naves. El 1 de mayo, la escuadra de Dewey destrozaba a la nuestra en Cavite, y la de Hudson, el 3 de julio, hacía lo mismo y con la misma desproporción de fuerzas, con la de Cervera, en Santiago. A sabiendas que iban a

una muerte cierta, porque era imposible competir con los navíos enemigos en potencia o en velocidad de tiro, fueron saliendo los barcos españoles «al encuentro del enemigo», como rezaba la inconsciente orden comunicada desde Madrid. Y como natural resumen de la derrota naval cayeron, uno a uno, los fuertes terrestres. El 16 capitulaba Santiago de Cuba y una extraña desazón acometía a los españoles del tiempo que veían desaparecer las migajas del inmenso festín de antaño. Fernández Bremón se hace eco del ambiente :

Adiós, castillo del Morro
adiós, Pancha de la Regla.
Dicen que sois extranjeros
y no me avengo a esta idea.
Entre dos que fueron uno
no hay discusiones completas
y hay cosas que no se ceden
y aún perdidas se conservan.
La Alhambra sería moruna
aunque España no lo quiera,
y el Morro será español
si no desmontan sus piedras.

Pero esto es metáfora. Existe una cosa cierta, trágicamente cierta :

Sólo siento que en el Morro
arríen nuestra bandera

José Jackson, a pesar de su apellido extranjero, muestra, no ya la reacción peninsular ante la noticia, sino la de los mismos soldados que veían que, a pesar de todos sus esfuerzos, se les moría la patria en los brazos. Parece continuación de la anterior — todo el dolor nacional se concatenaba — y dice :

Cayó la roja bandera
de la guerra enseña santa
y en el castillo del Morro

que inexpugnable se alzaba,
como valeroso y fuerte
centinela de la patria,
pidiendo paz y clemencia
flota la bandera blanca.
Mudos están los cañones
y desiertas las murallas,
y ociosos van los soldados,
por la silenciosa plaza,
repleta la cartuchera,
útil sobre el brazo el arma,
y sintiendo avergonzados
no poderle dar a España
con la sangre que les sobra
esa gloria que les falta.

Este fué el último acto exterior de la nación en armas porque no contamos como tal las pugnas africanas de principios de siglo, pugnas que, por lo antiguas y familiares, son casi luchas civiles. La Paz de París de 1898 es, pues, la que ha cerrado el ciclo de nuestra historia a través de la cual hemos visto a nuestra tierra en muchas y contradictorias posiciones. Desde la más alta cúspide al barranco, desde la estrella al foso, pero siempre volviendo a levantar la cabeza cuando alguien excita la orgullosa sensibilidad de ese pueblo nuestro que, aún en las desgracias, sabe mantenerse señor como el escudero a quien sirvió el Lazarillo.

Sin embargo, no queremos echar el telón ante la escena última de nuestra derrota colonial. Y si América es la que se nos fué humillándonos, que sea precisamente América, en la persona de uno de sus hijos más preclaros, Rubén Darío, la que nos devuelva la confianza con la «Salutación del Optimista» :

Únanse, brillen. secúndense tantos vigores dispersos
formen todos un solo haz de espíritu ecuménico.

Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su
[triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía...

o en la tajante afirmación contenida en otro poema:

Mientras al mundo alimente un sueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España.

Así sea.

INDICE

Prólogo		.....	7
Capítulo	I.	Siglo xv. Castilla en trance de disolución. Juan II y Alvaro de Luna	11
—	II.	Enrique IV	27
—	III.	Aragón. Fernando I de Antequera. Alfonso V de Italia. Juan II, el príncipe de Viana y el rey Fernando	35
—	IV.	Los Reyes Católicos y sus famosas acciones	47
—	V.	El emperador Carlos	75
—	VI.	Felipe II. Turcos, portugueses, flamencos, franceses e ingleses ...	91
—	VII.	Felipe III	115
—	VIII.	Felipe IV y la privanza del conde duque	123
—	IX.	Carlos II y la sucesión española	135
—	X.	Felipe V. La guerra de Sucesión	141
—	XI.	Fernando VI y Carlos III	147
—	XII.	Carlos IV y Godoy	163
—	XIII.	La guerra de la Independencia ...	177
—	XIV.	Fernando VII. Absolutistas y liberales	195
—	XV.	María Cristina y la guerra carlista	205
—	XVI.	Isabel II y la guerra de África ...	213
—	XVII.	Don Amadeo de Saboya. La República y la Restauración	225

DEL MISMO AUTOR

CUANDO LOS GRANDES HOMBRES ERAN NIÑOS (1942)

TERESA CABARRÚS (Una española en los destinos de la Revolución Francesa) (1943)

HISTORIA UNIVERSAL DE LA CULTURA (1945)

LA VIDA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII (1946)

861 09 D542
DIAZ PLAJA F LA HISTORIA DE ESPANA EN

INSERT BOOK
MASTER CARD
FACE UP IN
FRONT SLOT
OF S.R. PUNCH

MASTER CARD

GLOBE 901144-0

SIGILLVM VNIVERSITATIS ARIZONENSIS
SVRSVM
ESTABLISHED
1885

UNIVERSITY OF ARIZ
LIBRARY

274